

Antonio Ribera

ELLOS

E.D.H.A.S.A

ELLOS

ELLOS

E. D. H. A. S. A.

BAKCELONA BUENOS AIRES

Depósito legal. B. S072. - 1959

Imprenta Moderna - París, 132 – Barcelona

A Eduardo, Buelta
y a... «Ellos»

PREFACIO

Este libro, amigo lector, que sólo es novela en cuanto que sus personajes son seres de ficción, *pretende ocuparse de* Ellos. *¿Quiénes son* Ellos? *De saberlo el autor, este libro dejaría de ser una fantasía basada en unos cuantos hechos reales, para convertirse en un tratado de historia contemporánea, donde se expondrían unos hechos más trascendentales para el porvenir de la Humanidad que el descubrimiento de América y se abordarían temas de una amplitud, no ya terrestre, sino tal vez cósmica.*

Ellos *son una incógnita todavía, pero al propio tiempo una presencia real, una fascinante esencia parte de cuyo origen creemos haber adivinado. Silenciosos, dijérase ingrávidos, desplazándose a veces a velocidades aterradoras, apareciendo y desapareciendo como fantasmas de otro mundo,* Ellos *nos observan, estudian este loco planeta, mientras nosotros nos entregamos a nuestras habituales frivolidades, revestimos nuestra ignorancia de frases grandilocuentes, cubrimos nuestra codicia con nombres pomposos, o nos destrozamos unos a otros en nuestras matanzas periódicas.*

Mientras no sepamos más acerca de su naturaleza, serán para nosotros simplemente Ellos. *Muévense todavía en la zona imprecisa, nebulosa, que separa la leyenda de la historia, la fantasía de la realidad. Nos han proporcionado sólo unos breves indicios de su existencia, unos testimonios inexplicables, unas cuantas fotografías no amañadas y desconcertantes, unas rápidas apariciones, ante las cuales ha fallado toda explicación racional. Las Fuerzas Aéreas de algunos países, orgullosos de su fuerza y su pujanza, han abierto encuestas, recogido datos, proporcionando explicaciones al público, que a veces han sonado a falso, a excusas, a disimulo. Los espíritus sensibles de todo el mundo presienten que* algo *ocurre, algo extraño y fenomenal, inaudito y fabuloso, que deja chiquitos los mayores hechos de la Historia.* Algo, alguien *nos espía; son* Ellos, *a bordo de sus naves, que recorren metódicamente, desde hace muchos años, tal vez siglos, la atmósfera de nuestro planeta. Sentimos posados sobre nosotros unos ojos fríos, inteligentes, escrutadores, pero que pertenecen a unos seres animados, al parecer, de intenciones pacíficas. Sin embargo, lo ignoramos todo de* Ellos... *empezando por su misma apariencia corporal. Mas un alto presentimiento, que se apoya en varias observaciones-reales, nos hace creer que su forma es humana; que estos hermanos del Cosmos, que estos hijos de Urano poseen en su estructura física la forma soberana que Dios hizo a su imagen y semejanza. Hermanos del Espacio, Ben-Eloines, ¿habrá así que llamarlos?*

De Ellos *no sabemos casi nada, pero lo esperamos todo. Algún día, el fabuloso encuentro se realizará. En esta novela, lector, se ha realizado ya, anticipándonos a unos acontecimientos que el Arcano nos reserva, según mi parecer, inexorablemente. Quede por último bien claro que todos los datos de tipo científico e informes acerca de* Ellos *son*

rigurosamente ciertos y verídicos. Han emanado, asi como la idea general de la novela, de nuestro gran especialista Eduardo Buelta (1) uno de los hombres que en nuestra patria, y quizás, en el mundo, sabe más acerca de Ellos, *sus naves, sus desplazamientos, sus puestos de observación y su casi seguro origen extraplanetario. Da, lector, a la novela lo que sea de la novela, pero a la Verdad lo que es única y exclusivamente de la Verdad. Verdad que un día será Historia.*

ANTONIO RIBERA, Barcelona, verano de 1958

(1; Autor de la obra *Astronaves* sobre la Tierra, Ed. Oromí Barcelona, 1954. Presidente y fundador, conmigo, del «Centro de Estudios Interplanetarios» (Apartado de Correos 1015, Barcelona).

CAPÍTULO PRIMERO

EL CAMBIAZO

Debo pedir perdón al lector por principiar una obra de carácter tan serio, grave y trascendental como ésta con el relato de hechos de una innegable comicidad. La Historia, sin embargo, tiene sus paradojas, y «ellos» resultaron ser, en más de un aspecto, unos verdaderos humoristas. Cuando se decidieron a intervenir, no lo hicieron de una manera truculenta, al estilo de los marcianos de Wells o los marcianos de ficción que yo mismo creé en mi obra «El Gran Poder del Espacio», sino que empezaron gastándonos bromas, tomándonos el pelo, en una palabra.

En realidad, si no fuese por el soldado de primera clase Johnny Brown, un vulgarísimo norteamericano medio que hasta aquel instante había llevado una existencia de lo más corriente, no sabríamos nada de «ellos». Lo poco que sabemos se lo debemos a Brown... y aún sigue habiendo quien no lo cree del todo y le confunde con un Adamski cualquiera. Pero yo le creo, pues su caso es muy distinto del de Adamski, y no se entrevistó, como éste, con un hipotético venusiano descendido de un platillo volante, sino que... Aunque antes hubo casos muy curiosos y reveladores, como por ejemplo el del impresionable Monsieur Pflim... Y como para muestra basta un botón, escogeremos éste, para empezar.

El gendarme tomó las dos hojas mecanografiadas, se sentó detrás de su mesa y sacó unas gafas del bolsillo superior de su guerrera para ajustarías sobre su nariz.

En la comisaría se hallaban únicamente otros dos gendarmes y Monsieur Rene Pflim, digno funcionario de los ferrocarriles franceses, hombre joven aún pero que gozaba de una gran reputación de seriedad entre sus jefes. En aquellos momentos aparecía visiblemente nervioso y se mantenía de pie, dando vueltas a la gorra.

—¿Es que van a retenerme todavía mucho tiempo, señor gendarme? —preguntó —. Mi mujer me espera para comer.

—¿No quiere usted que le leamos su propia declaración antes de firmarla?

—Hombre, verá...

—Es lo que se acostumbra a hacer. Siéntese, por favor.

Monsieur Rene Pflim lanzó un suspiro y, resignado a lo inevitable, tomó asiento en una silla próxima. En su fuero interno se maldecía por haber ido con aquel cuento a los gendarmes (1). Preveía que, a partir de entonces, ya nadie le quitaría el sambenito de chiflado en toda Alsacia, y en particular en Berentzwiller. Más le hubiera valido callarse, y no contar a nadie, y menos a los gendarmes, lo que había tenido la mala suerte de ver.

(1) La observación que sigue —de la que únicamente se han cambiado nombres y fechas— es rigurosamente auténtica y fue publicada por «L'Alsace» el 9-10-1954. siendo reproducida por Jimmy Guieu en su obra *Black Out sur les Soucoupes Volantes* pág. 147. Ed. Fleuve Noir, París, 1957. Jimmy Guieu es el jefe de los Servicios de Encuesta de la Comisión Internacional de Encuesta OURANOS. (N. del A.)

El gendarme carraspeó, miró a Pflim por encima de las gafas, y se dispuso a empezar su lectura.. También, en su fuero interno, maldecía a aquel chiflado que les había tenido ocupados toda la mañana con su absurda declaración y el *procés verbal* consiguiente.

—¿Empezamos ?

Monsieur Pflim hizo un gesto afirmativo. Con voz campanuda, el gendarme leyó:

—«Yo, Rene Pflim, de 35 años de edad, casado y con domicilio en Berentzwiller, funcionario de segunda clase de la S. N. C. F., bajo mi completa responsabilidad y en pleno uso de mis facultades mentales — el gendarme dirigió una significativa mirada de soslayo a sus dos colegas, sentados en el fondo de la pieza — DECLARO: que con fecha de hoy, y aproximadamente a las 5,30 de la madrugada, yo salía de mi domicilio de Berentzwi11er para dirigirme, como todas las mañanas, a Altkirch, donde tomo el tren para Mulhouse. Iba montado en mi *scooter* cuando, a la salida del poblado en dirección a Jettingen, a unos 3 metros a la izquierda de la carretera D. 16, en un prado, distinguí claramente a la luz de mi faro, un aparato en forma de disco o de seta. Medía unos tres metros de alto por unos cinco o seis de ancho y era redondeado en la parte superior, formando como una cúpula en la cual se abría una puerta que daba al interior, de una altura de 1,50 metros y una anchura de unos 60 centímetros.»

El gendarme carraspeó y prosiguió la lectura con voz de aburrimiento:

—«El pánico se apoderó de mí y aceleré, pero apenas había recorrido cincuenta metros cuando por detrás me alcanzó el resplandor de un poderoso faro, cuya luz blanca iluminaba perfectamente hasta doscientos metros. Pocos segundos más tarde, vi levantarse de repente ante mí, a unos tres metros de distancia y a unos seis metros por encima de la carretera, un aparato de forma cónica cuyo brillo tornasolado me cegaba, iluminándome al propio tiempo como en pleno día. Instintivamente, puse el faro de mi *scooter* en cruce. En el momento en que me alcanzó, oí claramente el susurro del aparato. Este me precedió a partir de entonces, siempre a la misma distancia y a la misma altura y de esta manera ambos recorrimos muchos centenares de metros, hasta llegar a las primeras casas de Jettingen.

»Una vez allí, me detuve, pues me sentía más tranquilizado. Fue en aquel momento cuando el disco luminoso ascendió verticalmente y a una velocidad alucinante tras las primeras casas de Jettingen, para desaparecer rápidamente en el cielo. No oí absolutamente el menor sonido, aunque es posible que yo nada oyese por tener en marcha el motor de mi *scooter* y el casco puesta En ningún instante percibí hombres o seres vivientes alrededor del aparato o dentro del mismo, ni siquiera sombras fugaces. El disco era opaco cuando se encontraba al lado de la carretera y completamente luminoso, cegador casi, cuando me precedía a seis metros del suelo.

»Berentzwiller, a 17 de agosto de 1960.»

El gendarme dejó las hojas sobre la mesa.

—¿No tiene nada más que añadir a lo dicho? — preguntó el gendarme con voz monótona.

—No, nada más — respondió Monsieur Pflim. ¿Puedo irme ya?

—Sí, puede irse.

Monsieur Pflim partió hacia la puerta como alma que lleva el diablo.

—¡Eh, espere! Tiene que firmar la declaración.

Monsieur Pflim volvió sobre sus pasos, tomó la pluma que le tendía el gendarme, garrapateó «Rene Pflim» al pie de la página, hizo una preciosa rúbrica y dos borrones, y salió corriendo.

Los gendarmes se miraron significativamente, y uno de ellos se llevó el índice a la sien, haciéndolo girar de adelante atrás y de atrás adelante. Luego volvió a enfrascarse en la lectura de la página deportiva de *L'Alsace,* donde se describían con gran lujo de detalle los partidos de fútbol celebrados la víspera, que era domingo.

De este modo ciegan los dioses a los que quieren perder. Porque este caso no era único, sino uno entre centenares, entre millares quizás. Pero pasemos a relatar lo que le sucedió al soldado de primera clase Johnny Brown, pues aunque ambos casos puedan parecer dispares, habrá entre ambos una oculta y profunda correspondencia...

La mañana del 8 de agosto de 1960, un innegable nerviosismo dominaba los altos mandos de la Marina norteamericana. Ahí es nada: aquél era el día previsto para el lanzamiento del cohete «Super-Vanguard» de tres etapas, que debía situar en órbita, a dos mil kilómetros sobre la superficie terrestre, a un satélite artificial que pesaría una tonelada y media. Con ello se intentaba contrarrestar la abrumadora ventaja que les llevaban los rusos, cuatro satélites de los cuales se paseaban en torno a nuestro planeta, amén de los dos primeros, que al parecer se habían desintegrado ya. El segundo «Sputnik» ruso, como se recordará, contenía a la perra esquimal *Troika,* que pereció por causas aún no bien conocidas, cosa de seis días después del lanzamiento del satélite. Éste permaneció luego invisible por espacio de un mes, para reaparecer poco antes de su muerte, según comunicaron los astrónomos ingleses de Jodrell Bank, poseedores del mayor radiotelescopio del mundo. Noticias contradictorias de su caída fueron publicadas en la prensa mundial varios días después; y digo contradictorias, porque al parecer se le vio caer casi simultáneamente en sitios tan alejados entre sí como la costa de Noruega, las Antillas y el Golfo Pérsico. El lanzamiento que iba a efectuar la Marina norteamericana, el que hacía el número setenta y dos de su serie — formada casi toda ella por fracasos — era trascendental, porque, caso de salir bien, situaría a un *ser humano* en órbita alrededor de la Tierra. El «Super-Vanguard», en efecto, estaba tripulado... pero no por un perro, como el segundo Sputnik ruso, sino por un hombre, el *marine* Johnny Brown, elegido tras minuciosísimas pruebas entre los doscientos voluntarios que se presentaron. Una de las cualidades que confirieron el triunfo a Brown fue su extraordinaria flema. Era un hombre que no se inmutaba por nada, de nervios de acero y sangre tan fría que casi era helada. En una ocasión cayó una avioneta particular a seis metros de donde él se encontraba, produciendo un choque aterrador, incendiándose y pereciendo carbonizados sus ocupantes. Esto, que hubiera causado una tremenda impresión en un ser humano cualquiera, dejó a Johnny más fresco que una lechuga. Se limpió con la mano el polvo que le había caído encima como consecuencia del tremendo impacto, y luego se fue tranquilamente a buscar un cubo de agua, «para ver si podía hacer algo». Luego dijo, a los que le interrogaron asombrados, que si el avión le hubiese caído encima, la cosa ya no hubiera tenido remedio, pero, que al caer a cierta distancia y no hacerle nada, no había porqué alarmarse. Johnny era así.

Johnny medía un metro sesenta y cinco de estatura y pesaba sesenta kilos. Esto también influyó en su elección. Además, era muy delgado pero de una

musculatura de acero. Su cara redonda y rubicunda tenía una expresión inocente y cándida, aumentada por sus ojos azul claro y su nariz respingona y algo pecosa. Su cabello, como correspondía, era rubio pajizo. En cuanto a sus gustos particulares, su pasión era la pesca con caña en los arroyos de montaña. Contaba veintitrés años y no se le conocía novia, siendo notable su indiferencia ante el bello sexo. Sus reflejos eran rapidísimos, su estado de salud perfecto y su corazón era una potente bomba aspirante-impelente, que distribuía la sangre en pulsaciones lentas y regulares por su joven organismo.

Estas y otras muchas cosas fueron las que averiguaron los médicos y los psiquíatras de la Armada después de medir, pesar, analizar, radiografiar y psicoanalizar cuidadosamente a Johnny. La prueba final consistió en encerrarle durante una semana en una cabina hermética, que reproducía en todo la cabina del satélite, y donde fue sometido a diversas pruebas. Se principió por centrifugarlo a espantosa velocidad, haciéndole soportar aceleraciones de hasta 11 G. Luego se le frenó bruscamente, se hizo caer a la cabina desde un segundo piso sobre una superficie acolchada, se la sometió a temperaturas elevadísimas y luego a fríos polares, se la sacudió durante siete horas seguidas y luego se la hizo vibrar hasta casi desintegrarla. Por último fue radiactivada.

Entre tanto, Johnny permanecía encerrado en su interior, ingiriendo alimentos líquidos y mascando bebidas sólidas. Terminadas las pruebas, se abrió la cabina para sacar a Johnny o lo que quedase de éste después de siete días de encierro. Ante el asombro de todos, Johnny apareció tranquilo e imperturbable, mascando chicle y preguntando si ya habían empezado *de verdad* las pruebas.

Después de esto, se le eligió por unanimidad; (Varios de sus predecesores aún permanecían en el hospital; tres estaban en una casa de salud, y uno en el cementerio, y no precisamente de visita.)

El 7 de agosto, la Armada difundió el siguiente comunicado:

«Mañana, 8 de agosto de 1960, la Navy lanzará al espacio su primer satélite tripulado. No nos gusta que se paseen satélites de potencias extranjeras sobre nuestras cabezas. El territorio de los Estados Unidos es el de una nación libre y soberana. No estamos dispuestos a soportar desafíos para nuestra seguridad nacional. Los satélites artificiales pueden constituir graves amenazas para la paz y seguridad, y no estamos dispuestos a dejarnos vencer en esta carrera bélica. No creemos en la Ciencia pura, y creemos que los demás tampoco creen en ella. No cejaremos hasta alcanzar el equilibrio técnico indispensable en las fronteras del espacio exterior. El «Super-Vanguard» que mañana se elevará desde el terreno de pruebas del Cabo Cañaveral, es un cohete gigante en tres etapas, en cuyo morro, que luego será el satélite artificial propiamente dicho, se alojará el soldado de primera clase Johnny O. Brown, que ha resultado seleccionado para este honroso cometido. El cohete, después de describir varias vueltas en torno a la Tierra, a lo largo de una órbita cuyo apogeo se hallará a dos mil doscientos kilómetros de altura y su perigeo a doscientos, descenderá a las capas inferiores de la atmósfera aproximadamente a los siete días después de su lanzamiento. El roce con las capas atmosféricas actuará como un suave frenado, y en el momento oportuno se desplegarán varios paracaídas, que terminarán de frenar su caída y lo harán descender suavemente. Esperamos que Johnny O. Brown resista felizmente la prueba. En ese caso, será el primer «hombre del espacio», y la Historia tendrá un lugar distinguido para él. Tanto Brown como los aparatos de medición de a bordo podrán proporcionar valiosos datos científicos.»

Entre tanto, el Ejército estaba a la expectativa, en espera de asistir al fracaso número setenta y tres de la Navy, frotándose de antemano las manos y preparándose para lanzar su «Viking» tripulado por «una forma de vida»

(probablemente, colibacilos y neumococos). Pero esta vez, el disparo salió bien, y el satélite con su pasajero se colocó perfectamente en órbita, empezando a girar alrededor de la Tierra como una Luna en miniatura. Unos astrónomos australianos comunicaron haber observado «un cuerpo brillante, que parecía preceder al satélite a unos 700 kilómetros de distancia». (Idénticas observaciones se habían hecho para el segundo Sputnik soviético.) Pero aparte de esto, nada sucedió. Los aparatos de a bordo funcionaban perfectamente, transmitiendo a la Tierra, por la emisora del satélite, datos sobre los rayos cósmicos, temperatura, densidad de la ínfima atmósfera que atravesaba en el perigeo, impactos meteóricos, etc., así como otros datos sobre el estado de salud de Johnny, número de pulsaciones de su corazón, tensión arterial, y otros igualmente importantes. Al parecer, Johnny se encontraba perfectamente... hasta el quinto día, dos antes de su previsto aterrizaje, en que de pronto se dejaron de recibir datos del satélite. Los aficionados de radio de todo el mundo dejaron de percibir el familiar Bip, bip, bip, y un silencio sepulcral se extendió sobre el satélite y su ocupante.

En algunos periódicos aparecieron tímidos artículos de protesta porque se hubiese enviado a un hombre a aquellas alturas. Sin embargo, después del histérico guirigay que armaron las sociedades protectoras de animales cuando los rusos lanzaron a la perra *Troika,* aquellas protestas apenas hallaban el menor eco. La suerte de un ser humano no interesaba al mundo como interesó la suerte de una perra. Como las únicas que hubieran podido armar revuelo hubieran sido las Sociedades Protectoras de Animales y Plantas, y Johnny no era ninguna de ambas cosas, su hipotética suerte no conmovió a los sectores sensibles de la población como hubiera sucedido caso de ser Johnny un pequinés, por ejemplo.

Así llegó el día previsto para el aterrizaje y recuperación del morro del cohete con su tripulante. Los técnicos que lanzaron el «Super-Vanguard» calcularon una órbita muy excéntrica, para que el frenado en su perigeo fuese mucho mayor, y la estancia en el espacio se redujese considerablemente. Se había calculado que el satélite caería en algún lugar del Atlántico meridional, poco más o menos a la altura de la Argentina, en un amplio cuadrado de unas doscientas millas de lado. El día fijado, docenas de barcos de la US Navy patrullaban por dicha zona, y desde el puente de todos ellos se escrutaba ansiosamente el cielo. A las 11,16, tres barcos que patrullaban en las proximidades de la solitaria isla de Tristán de Acunha, vieron claramente una bola de fuego que cruzaba el cielo, muy baja, hacia el oeste, en una dirección general noroeste-sudeste. Por los cálculos, correspondía a la ruta que debía seguir el satélite en su caída. Los barcos comunicaron por radio al resto de la flota lo que habían observado. El USS «Thunder», un dragaminas que se encontraba ochenta y siete millas más al oeste, vio cruzar casi por encima de su cabeza la bola de fuego, a las once y diecisiete.

Pero fue «USS «Minnesota», un crucero, quien vio caer realmente el objeto. Patrullando bastantes millas más al sur a las 11,20, este barco comunicó haber observado «un objeto blanco que parecía estar suspendido en el cielo». Examinado con ayuda de potentes instrumentos ópticos, resultó ser un gran paracaídas que descendía lentamente, y del cual pendía un objeto negro fusiforme. Era sin ningún género de dudas el satélite y su sistema de paracaídas, que había funcionado perfectamente después que aquél sufrió el frenado atmosférico, durante el cual sus paredes, revestidas de una cerámica especial capaz de soportar elevadísimas temperaturas, se pusieron al rojo vivo.

El día era radiante, el mar estaba azul y tranquilo y la recuperación de la cápsula fue un juego de niños para los marineros del «Minnesota». Cuando el

satélite fue izado a bordo por medio de una grúa, la emoción de todos era indescriptible. ¿Viviría aún el pobre Johnny? Sobre todo, entre los dos centenares de *marines* que transportaba el «Minnesota», la emoción llegó a extremos indecibles. Algunos no podían contener el llanto. Otros miraban el satélite, con los ojos muy abiertos, mientras dos técnicos procedían a la apertura de la escotilla, de acuerdo con las instrucciones que -todos los barcos llevaban a bordo. Tras un cuarto de hora de ímprobos trabajos, la escotilla se abrió... y por el negro orificio saltó al exterior, meneando alegremente la cola y lanzando gozosos ladridos, una perra esquimal...

He aquí algunos de los titulares que aquella noche publicó la prensa mundial:

¡LA PERRA «TROIKA» NO HA MUERTO! SALIÓ, VIVITA Y COLEANDO, DEL INTERIOR DEL SATÉLITE AMERICANO.

¿QUE HA PASADO CON JOHNNY O. BROWN?

EL HECHO MAS INEXPLICABLE DE TODOS LOS SIGLOS: «ALGUIEN» CAMBIO A JOHNNY POR «TROIKA».

DESPUÉS DE HABERLA DADO OFICIALMENTE POR MUERTA, TROIKA REAPARECE.

LOS SABIOS SOVIÉTICOS GUARDAN SILENCIO.

UN PORTAVOZ DEL KREMLIN DICE QUE SE TRATA DE UNA MANIOBRA PROPAGANDÍSTICA DE LOS IMPERIALISTAS.

Etcétera, etc.

Pero Johnny había desaparecido. Esta era la verdad. ¿Dónde estaba? Esto es lo que se verá en el próximo capítulo.

CAPÍTULO II

DONDE ESTABA JOHNNY

Al principio, Johnny no notó ninguna diferencia. Quiero decir que le pareció estar aún en el cohete de pruebas, sometido a centrifugaciones, aceleraciones bruscas, frenados, etc.

No es que aquello resultase muy agradable, en verdad, pero tampoco muy molesto. Cuando Johnny tenía quince años, su pasión eran las montañas rusas. Cuando a los demás les parecía que una mano les arrancaba el estómago, Johnny se encontraba en el mejor de los mundos y sonreía satisfecho, sin que se le cayese ninguna de las patatas fritas que iba comiendo. Verdaderamente, aquel muchacho no tenía nervios.

Así es que llegó a la órbita fijada sin inmutarse mayormente. Se encendió un disco verde en el tablero que tenía enfrente y en letras blancas leyó *Órbita: O.K.* Entonces cambió ligeramente de posición, y sin ninguna sorpresa por su parte observó que ya no pesaba. Inmediatamente, se encendió otro aviso verde: *Gravedad O.* Lo que resultaba más molesto era estar tendido en aquel cuchitril, sin espacio apenas para estirar las piernas. A un palmo de su nariz tenía el tablero, lleno de esferas y aparatos indicadores, que le decían en todo momento lo que ocurría. Durante los siete días que duraría su encierro, él no tenía que hacer absolutamente nada. Embutido en su apretado traje de aviador estratosférico, todas sus necesidades fisiológicas estaban previstas y resueltas de antemano, mediante dispositivos adecuados. En el interior de su casco de plexiglás había dos tubitos, colocados al alcance de su boca, que le proporcionaban alimento líquido bajo la forma de caldos nutritivos y vitamínicos. El flemático Johnny se dispuso a pasar lo mejor posible los siete días que duraría su encierro. Como medio de distraerse, los psiquíatras le habían aconsejado que realizase mentalmente sencillas operaciones aritméticas o que se dedicase a recordar momentos agradables de su vida.

De esta manera transcurrieron monótonamente las horas y los días, que para el solitario pasajero del espacio no tenían la menor diferencia entre sí. Le parecía estar en una absoluta inmovilidad y le rodeaba un silencio que hubiera sido enloquecedor, si Johnny hubiera sido de los que se vuelven locos por tan poca cosa.

Cuando no dormía, Johnny efectuaba operaciones de regla de tres, dividía hipotéticas manzanas entre hipotéticos hermanitos, elevaba cantidades al cuadrado o recordaba las horas de placer que pasó con su primera caña de pescar en las manos. Precisamente hacia el quinto día de su encierro, según le indicaba el cronómetro de esfera luminosa que contaba el tiempo ante sus ojos, y cuando Johnny se hallaba medio amodorrado, reviviendo en su interior una lucha feroz con una descomunal trucha de montaña, el silencio constante que lo rodeaba se rompió. Fue algo insignificante, un simple susurro, pero en aquel silencio de tumba faraónica adquirió las proporciones de un cañonazo. El espíritu de Johnny se quedó con la trucha en el aire, y terminó por tirarla definitivamente al arroyo cuando el susurro se volvió a repetir. Johnny se incorporó a medias en su litera, y aguzó el oído. Nada. Aproximó la cara a la portilla de plexiglás, de un diámetro de cinco centímetros, que le permitía echar

fugaces vistazos al mundo exterior, y escrutó por ella. Unos puntos de luz rojos, azules y blancos, increíblemente brillantes y fijos, parecían clavados sobre una superficie de terciopelo, tachonada de otros puntos más pequeños, que a veces se reunían formando grandes nubes luminosas. Las estrellas, el Universo, contemplado cara a cara, sin el filtro protector de la atmósfera terrestre. Johnny miró con indiferencia un espectáculo sublime que ya le parecía vulgar. La posición del satélite no le permitía ver otra cosa. Animado de un lento movimiento de rotación sobre sí mismo, el satélite le mostraba entonces únicamente el vacío exterior. Tenían que transcurrir algunas horas antes de que apareciese la opalina y gigantesca superficie de la Tierra. Johnny consultó los aparatos de a bordo. Todo parecía en regla. Sin embargo, si algo ocurría, él sería totalmente impotente. Su papel a bordo era meramente pasivo: Aquellas esferas luminosas sólo servían, en realidad, para distraerle y tranquilizarle. El delicado cerebro electrónico albergado en las entrañas del satélite se encargaría, a su debido tiempo, de realizar todas las maniobras necesarias para el aterrizaje. Los aparatos regeneradores de aire funcionaban también automáticamente; en realidad, de la perra *Troika* a Johnny había muy poca diferencia. El susurro se reprodujo. Esta vez Johnny creyó identificarlo. Era como si «alguien» arañase las paredes exteriores del satélite. Reinó un breve silencio, y a continuación se oyeron distintamente unos «pasos». Johnny contuvo el aliento. Sí, no había duda: «alguien» parecía andar sobre la superficie exterior. A continuación resonaron dos tremendos martillazos, que casi perforaron los tímpanos de Johnny, acostumbrados al silencio total. El satélite tembló de pies a cabeza, y de pronto Johnny experimentó una sensación que había dejado de serle familiar desde hacía cinco días: pesaba. Su cuerpo se hundía visiblemente en la colchoneta, de espuma de neoprene; intentó levantar un brazo, y el esfuerzo dejó sus músculos doloridos. ¿Sería aquello una caída prematura hacia la Tierra? Esto no era posible, pues sólo estaba en el quinto día.

La aceleración — pues indudablemente se trataba de una aceleración — iba en aumento. Johnny, clavado en su litera, experimentaba una dolorosa opresión en el pecho. Súbitamente le pareció que era mucho peor que las montañas rusas... y además tiraban de él hacia abajo con una fuerza descomunal. Sus oídos empezaron a zumbar... aquello más sin patatas fritas... Su visión se nubló, y el cerebro, falto de riego sanguíneo, pues ni el poderoso corazón de Johnny podía luchar contra una aceleración de 15 G, se negó a funcionar. El espíritu del muchacho, con la trucha y la raíz cuadrada de Pi, cayó dando tumbos en una negra sima

* * *

Johnny trataba de seguir durmiendo, mientras su yo consciente le regañaba por haberse dejado las persianas abiertas la noche anterior. Con aquella luz era imposible dormir. Sin embargo, aún intentaría hacerse el remolón un rato. Abajo, en la cocina, su hermanita Peg estaría preparándole ya el desayuno. Su padre se habría ido a la oficina y su madre estaría en el jardín, de charla con la señora Simmons, la vecina, mientras ambas tendían la colada. En cuanto a él, después de desayunar no tendría más remedio que irse a la Universidad. ¡Qué aburrimiento! Trató de no pensar en ello, e intentó taparse la cabeza con las sábanas. ¡Dichosa claridad! Pero sus manos sólo asieron el vacío. Colérico, dio media vuelta y se tendió de bruces, para enterrar la cara en la almohada. Pero su nariz se aplastó contra algo duro. Abrió los ojos, y contempló una superficie achocolatada que tenía el brillo y la consistencia del cuero. Con la nariz pegada a ella, la fue siguiendo hasta que de pronto terminó y se encontró mirando a un pavimento gris mate, a un metro por debajo de él. Entonces Johnny pegó un brinco y se puso de rodillas, con los ojos desmesuradamente abiertos. ¿Dónde

estaba? Aquello no era su cuarto... De pronto hubo un relámpago de luz en su cerebro. ¡El satélite! La última vez que estuvo consciente, se hallaba en el satélite. ¿Y ahora?

Se hallaba en el centro de una habitación perfectamente circular, de techo y paredes gris mate, que se unían sin formar ángulos rectos. Él estaba de rodillas sobre una especie de litera, cubierta toda ella por la materia achocolatada parecida al cuero, dura pero al propio tiempo elástica. Una luz cegadora iluminaba la estancia, *sin salir de ninguna parte ni provocar sombras.* Paseó la mirada en torno suyo, tratando de descubrir una puerta, pero no lo consiguió. Su idea inmediata fue la de que el satélite había caído a tierra y él se encontraba en un hospital de la Armada. Sin embargo, aquella luz sin sombras... Johnny se sentó en el borde de la litera y saltó al suelo. Aquel pavimento era firme y elástico a la vez; apagaba por completo el ruido de las pisadas. Se acercó a una pared y la palpó. Parecía hecha del mismo material, suave al tacto, tibio y sin mostrar ningún poro. Alguna clase de plástico, pensó. Entonces alguien tosió a sus espaldas. Johnny se fue volviendo poco a poco, como un gato a punto de saltar, y vio a una esbelta figura de pie junto a la litera, contemplándole con expresión afable.

Dicen que la primera impresión es la que cuenta, y la que se llevó Johnny de aquel hombre había de influir mucho en sus ulteriores relaciones con los que le eran semejantes. Inmediatamente se sintió ganado por la simpatía y poder que irradiaba aquella personalidad. De elevada estatura, casi dos metros, cara delgada y pálida, coronada por una frente extraordinariamente alta, y cabellos negros, le miraba con unos ojos grises que parecían penetrar hasta el fondo de su alma. Un ajustadísimo maillot negro cubría todo su cuerpo desde el cuello a los pies, dejando únicamente libres la cara y las manos. Johnny no observó costuras perceptibles ni bolsillos; aquel hombre parecía cubierto de una segunda piel, que se amoldaba exactamente a su musculatura.

Como las heroínas de novela rosa, lo primero que preguntó Johnny fue:

—¿Dónde estoy?

El hombre vestido de negro sonrió imperceptiblemente.

—Estás entre amigos — respondió con una voz grave y musical —. No te preocupes.

—Bien, pero ¿dónde estoy?

Johnny no era de los que renunciaban fácilmente a saber una cosa.

—Lo importante es saber que estás bien — respondió el desconocido, sin contestar directamente —. ¡Ah! No me he presentado. Soy el doctor Linn Muir.

Al tiempo que pronunciaba estas palabras, avanzó hacia Johnny y le tendió la mano. El muchacho se la estrechó, un poco receloso y molesto porque su interlocutor no hubiese respondido a la pregunta que le había hecho.

—Bueno, si estoy bien, supongo que eso querrá decir que el aterrizaje ha sido un éxito y que podré irme a casa.

El doctor Linn Muir acentuó su sonrisa.

—Me temo que de momento esto no sea posible. Tu... casa queda un poco lejos de aquí. A propósito, debes de estar hambriento. Tantos días comiendo únicamente extractos nutritivos y otras porquerías semejantes... ¿Qué te parecería una buena cena a base de pollo y champaña?

La idea no le pareció mala del todo a Johnny, que en aquel mismo instante recordó que tenía un estómago, por los gritos silenciosos que éste profería.

—Acepto su invitación. Pero antes será necesario que me explique cómo se entra y se sale de aquí. Aún no comprendo como usted lo ha hecho.

El doctor Linn Muir, sin responder, se dirigió hacia la pared opuesta.

—Sígueme — dijo.

Johnny le obedeció, y avanzó detrás de él hacia la pared, esperando que de un momento a otro le vería detenerse, para no chocar de narices con ella. Pero no fue así. El doctor Muir siguió avanzando y pasó limpiamente «a través de la pared». Johnny se quedó boquiabierto, deteniéndose a medio metro de ella. Ante él tenía la misma superficie lisa, gris mate, que antes había palpado. De pronto surgió de ella una mano y un brazo enfundado en negro, que le hizo un gesto invitador.

—Sígueme, por favor — resonó de nuevo la voz del doctor Muir, viniendo «del otro lado de la pared».

Seguro de que iba a pegarse un coscorrón, Johnny avanzó... para encontrarse, ante su gran sorpresa, junto al doctor Muir, que le esperaba sonriente al otro lado del «muro».

—¿Cómo es posible? — preguntó estupefacto Johnny —. Hemos atravesado la pared.

—Este… local está dotado de algunos adelantos — respondió el doctor Muir — Esas puertas no son materia, sino energía pura, que quizá sepas que son en el fondo una misma cosa. Pero por el otro lado, te hubieras pegado un coscorrón. *Aquella* pared era real. La diferencia apenas se nota, y así se consigue dar una mayor intimidad a las habitaciones.

—Por lo visto, en este... local, como usted dice, están al orden del día.

El doctor Muir rió suavemente.

—Por aquí, haz el favor.

Ambos avanzaron por un corredor circular, de curvatura muy amplia, pero que parecía ascender, e iluminado por la misma luz misteriosa e indirecta. La temperatura era muy agradable. «No hace frío ni calor», pensó Johnny. En el aire flotaba un vago olor a ozono, que confirmó la creencia de Johnny dé que se encontraba en una clínica dotada de los últimos perfeccionamientos.

—Es muy curioso el traje que usted lleva, doctor — dijo a su acompañante.
Este volvió a sonreír.

—Muy práctico para el trabajo que realizamos aquí. ¡Ah! Olvidaba decirte que cenarás en compañía. Como mis ocupaciones no me permitirán acompañarte, he escogido a un... compatriota tuyo para que lo haga en mi lugar.

—¿No es usted norteamericano?

—No.

Con esto el doctor Muir se detuvo e indicó la pared de la izquierda.

—Por aquí. Pasa. No temas. Es una puerta como la anterior.

Johnny avanzó resueltamente hacia la pared, y de pronto se encontró cara a cara con un hombrecito arrugado, de pelo canoso y revuelto, que le miraba irónicamente tras de unas gruesas gafas de carey, mientras sonreía de oreja a oreja, mostrando cuatro dientes amarillentos.

—¿Cómo estás, chico? ¿Qué tal ha ido ese viajecito por el espacio?

Se necesitaba ser un cretino o un salvaje — y Johnny no era ninguna de ambas cosas — para no reconocer aquella cara, que se había asomado reiteradamente a las páginas de las revistas de más circulación mundial. El profesor Alexis Semenov, sabio ruso naturalizado en Francia, que dio mucho que hablar con sus atrevidas teorías científicas, sólidamente presentadas, y que aún dio más que hablar cuando desapareció súbitamente sin dejar el menor rastro, hacía cosa de un año.

— ¿Usted, profesor Semenov?

—El mismo que viste y calza, muchacho — respondió Semenov en un pésimo inglés.

El doctor Muir intervino.

—Bien, ahora voy a dejarles solos. ¿Han traído ya la cena, profesor?

Semenov hizo un gesto afirmativo, e indicó una mesa preparada con cubiertos para dos. En una mesita auxiliar anexa se veía un pollo asado, dos botellas de champaña puestas a refrescar, una ensalada y otras cosas que hicieron que la boca de Johnny se convirtiese en agua.

—Buenas noches, señores. Que les aproveche. El doctor Muir hizo un gesto de despedida con la mano, y desapareció como tragado por la pared. Johnny no acababa de acostumbrarse a aquellas puertas.

El doctor Semenov se frotó satisfecho las manos.

—Vaya, vaya, jovencito... ¿De modo que eres el primero de la serie? —No le entiendo, profesor. —Ya me entenderás. Cenando hablaremos. Johnny no se hizo rogar. Se sentó en el lugar que le indicó el profesor y desdobló la servilleta. A invitación de Semenov, Johnny trinchó el pollo y sirvió al profesor. Mascando a dos carrillos, se dedicó a observar la cara del sabio, que le miraba con expresión algo burlona, mientras comía muy despacio.

—Vaya, vaya... — repitió Semenov —. Conque ya han empezado, ¿eh? ¿Te gusta ese champaña? Es francos, no te creas. Aquí todo es siempre de lo mejor.

—Así parece — respondió Johnny —. Pero me gustaría poder irme a casa.

El profesor Semenov no respondió a esta observación.

—¿Te acuerdas del revuelo que armé con mis artículos?

—Desde luego, profesor. No es que me interesasen mucho esas cuestiones, pero la verdad es que usted se las arregló para que hablasen de ellas hasta las porteras.

—En efecto, hijo, así fue. Pero cuando un tema científico apasiona a las porteras, los sabios punen el grito en el cielo y se rasgan las vestiduras.

—¿Es que estaban contra usted los sabios? — preguntó Johnny, blandiendo un muslo de pollo en una mano y levantando la copa de champaña en la otra.

—Lo menos que pedían era mi cabeza. Afortunadamente, yo me consolaba pensando en unos ilustres predecesores míos que se llamaron Galileo Galilei, Miguel Servet y otros, que fueron el escarnio de la ciencia oficial de su tiempo.

—Si no recuerdo mal, usted afirmaba que los «platillos volantes» existen y provienen de otro mundo.

—En síntesis, esa era mi doctrina. Pero lo que les fastidiaba más era mi categoría indiscutible en el terreno científico, que fuese miembro de varías sociedades astronómicas mundiales, uno de los primeros astrofísicos del planeta y el descubridor de la ley que hoy se conoce por el nombre de Semenov-Fradin. Mi solvencia científica era precisamente lo que los sacaba de sus casillas. Me consideraban como un desertor, pasado al campo de la literatura sensacionalista, pero los muy mentecatos no se daban cuenta de que yo era el primero de ellos que había visto claro y los salvaba del más espantoso de los ridículos como clase. — Se retrepó en su silla e hizo chasquear los dedos —. ¡Ahí es nada! Un astrofísico de prestigio internacional, un cerebro matemático de capacidad einsteniana, dedicado a contar historias de marcianos. *E pur si muove!, les* repetía yo. No soy yo quien los ha creado; son ellos que han venido. Yo estaba muy tranquilo hasta el día que los hallé en mi camino. Desde entonces, ya no pude hacerles caso omiso.

—¿Pero, existen realmente, profesor? La verdad, yo no soy quién para discutir con usted, pero me parece un poco fuerte...

—¿Y las pruebas abrumadoras que presenté? — dijo Semenov, frunciendo el ceño.

—Sí, claro... Pero creo que hubo explicaciones oficiales...

—¡Al cuerno con las explicaciones oficiales! Hace un momento decías que querías volverte a casa, ¿eh? Anda, te invito a hacerlo. Vete.

—Lo siento, profesor. No tenía intención de ofenderle.

—No, si no estoy ofendido. Además, no tienes que irte inmediatamente. Primero termina de cenar. Nos falta aún el café. Entre tanto, te invito a echar una miradita por esa... ventana.

Y el profesor indicó una especie de portilla oval que se destacaba sobre una de las paredes grises de la estancia.

—Acércate a ella.

Johnny se levantó y pegó su rostro a una superficie que le pareció cristal negro. De pronto no comprendió nada. Unas esferitas, rojas, azules y blancas brillaban intensamente ante sus ojos. Muy lentamente, se volvió hacia el profesor.

—¿De modo que...? — preguntó.

—Sí. Eso mismo. La prueba definitiva para los Santos Tomás que aún quedan. Y ahora, vayamos a la habitación de al lado para tomar café.

CAPÍTULO III

REVELACIONES

—Estamos en una base espacial — dijo el profesor Semenov dejando la taza de café sobre la mesa —. O, si lo prefieres, en un satélite artificial de la Tierra.

—¿Un satélite artificial de la Tierra? — repitió Johnny.

—Eso mismo, hijo. Exactamente, a 36.000 kilómetros sobre su superficie. En esta órbita, tarda veinticuatro horas en dar la vuelta completa al planeta.

—¿Un satélite artificial? ¿Pero, de quién?

—De «ellos», Johnny.

—¿Y quiénes son «ellos»?

El profesor suspiró

—Hace exactamente siete años que trato de averiguarlo. Y no creas que aquí he sabido más. Algo más he sabido, desde luego, pero no mucho.

—¿Y qué hace usted aquí?

—Me trajeron «ellos». Fíjate que no he dicho «me raptaron». Estoy en calidad de invitado voluntario. Sucedió un poco como en las películas de *gangsters.* Yo era el hombre que «sabía demasiado», pero, en vez de eliminarme, me trajeron aquí con ocultas finalidades; desde luego, no para hacerme el menor daño. «Ellos» son unos verdaderos caballeros.

Johnny se rascó el cogote y luego miró perplejo a su alrededor. Se encontraban en una estancia de proporciones más reducidas que la anterior y el «quirófano», como había bautizado Johnny a la primera estancia. Por todo mobiliario, había varios escabeles bajos recubiertos de la materia parecida a cuero, dos butacas, que ahora ocupaban ellos, y una mesita donde les aguardaba un servicio de café completo. A diferencia de las estancias anteriores, en ésta había una verdadera puerta de tipo moderno en uno de los lados. Sin embargo, los ángulos rectos seguían brillando por su ausencia, la iluminación era misteriosamente indirecta y el piso y las paredes de la sustancia gris elástica.

—Pero vamos a ver, profesor — dijo el muchacho, dejando también su taza de café a medio apurar — ¿qué sabe usted en concreto de «ellos», y qué pretenden?

—Me has hecho dos preguntas, hijo, y trataré de responderte por el mismo orden en que las has formulado.

Semenov se retrepó en su butaca, y del bolsillo superior de la chaqueta sacó un habano, cuyo extremo mordió antes de encenderlo. Mientras daba las primeras chupadas, dijo:

—Mi interés por este tema, tan viejo como la Humanidad — no pongas esa cara, Johnny: tan viejo como la Humanidad — se despertó a raíz de la lectura del libro del Mayor Donald Keyhoe.

—Sí, ya sé de qué libro se trata — le atajó Johnny —. Mi padre lo compró y yo leí algunas páginas.

—Tanto mejor. En ese libro, Johnny, el Mayor Keyhoe afirmaba que lo que se conoce vulgarmente por «platillos volantes» proviene del espacio exterior de nuestro planeta. A instigación de la revista *True,* comenzó una encuesta sobre la cuestión, con un escepticismo total, para terminar convencido de su existencia a causa de los descubrimientos sensacionales que realizó en el curso de su

encuesta. Keyhoe tuvo acceso a los archivos secretos de la Aviación norteamericana y del «Air Technical Intelligence Center», organismo creado *exclusivamente* para investigar esta cuestión, y en su libro publicó una cantidad de casos verdaderamente impresionante. El A. T. I. C. por ejemplo, a fines de 1953 había examinado nada menos que 44.000 observaciones, de las cuales se descartó un 85 por ciento por carecer de garantías suficientes o por tener cualquier otra explicación (espejismos, globos sonda, ionización de las capas atmosféricas, aviones a reacción, etc.). Quedaba, empero, un 15 por ciento irreducible a nada conocido (1), formado por observaciones perfectamente claras, presentadas por testigos de la máxima solvencia, muchas veces aviadores de las propias Fuerzas Aéreas, y en ocasiones refrendadas por impresionantes fotografías. Para estos casos, para este quince por ciento, que representaba seis mil observaciones sobre un total de 44.000, sólo cabía la explicación extraterrestre: lo que habían visto aquellos observadores eran aparatos que no habían sido fabricados en nuestro planeta por manos humanas. Astronaves, en una palabra.

Johnny tragó saliva. Luego preguntó:

—¿Y por qué las Fuerzas Aéreas o el A. T. I. C. no previnieron al Gobierno, y éste al público?

—Aquí nos tropezamos con uno de los aspectos más irritantes de la cuestión, hijo: el *black-out* oficial sobre el problema de los U. F. O., o «Unidentified Flying Objects», que así denominó el A. T. I. C. a las astronaves extraterrestres... a pesar de haberlas identificado sobradamente. Temor al ridículo, al pánico colectivo que tal declaración pudiera originar... qué sé yo... O sencillamente, la política del avestruz, que suelen adoptar con tanta frecuencia las culturas condenadas a la desaparición. Es más cómodo no ver, no preocuparse, negarlo todo, principalmente aquello que se aparta de los cánones establecidos. Esa ha sido también la actitud de los científicos, que siempre se han distinguido por su pereza mental. Los mismos hombres que condenaron a Galileo y se mofaron de Schliemann, son los que ahora tratan de visionarios a los que pretenden que astronaves de otros mundos nos visitan asiduamente.

—Admitiendo que así sea, profesor...

—¿Aún dudas, hijo? ¿No te basta con encontrarte donde te encuentras?

—Verá usted; es que ha sido todo tan repentino... pero, en fin, admitiendo que sea así, ¿cuál es el origen de estas astronaves?

El profesor Semenov clavó la mirada en el techo, pensativo.

—Voy a hablarte ahora de mi gran descubrimiento. En realidad, este caso podría compararse a un rompecabezas, del que poseíamos todas las piezas pero nadie había acertado a montarlo. Yo lo hice. Descubrí que las grandes oleadas de discos *y* otros «Objetos No Identificados» tenían un ritmo bianual, coincidiendo *matemáticamente* con las oposiciones de Marte. Como tú sabrás, cada dos años y dos meses, en promedio, Marte está a la mínima distancia de la Tierra. Pero no era eso todo. La cosa era todavía más espeluznante.

—Pero usted, profesor... — interrumpió Johnny

—¡Déjame hablar! Las grandes oleadas de discos *tienen* lugar en los alrededores de cada oposición. ¿No te dice nada esta coincidencia?

—Pues...

(1) 27 por ciento, si hemos de creer al capitán Edward J. Ruppelt, jefe del Proyecto Bluebook, la famosa «Comisión Platillo» de la U. S. Air Forcé. (N. del A.)

—¿No recuerdas los gráficos que publiqué, basados en las más rigurosas estadísticas de las comisiones de encuesta mundiales, y que tanta polvareda produjeron?
—Sí, creo que sí... ¿Entonces, «ellos» vienen de Marte, son marcianos?
—Que vengan de Marte es una cosa, y que sean marcianos es otra. También podrían venir de Venus, y sé con seguridad que algunos de ellos viven en la Luna, en bases acondicionadas, sin que eso quiera decir que sean selenitas. Limítate a considerarlos, de momento, como a los Señores del Espacio.
—¿Pero, qué pretenden, profesor? ¿A qué se deben sus reiteradas visitas? Ha dicho usted antes que se remontan a la más grande antigüedad.
—En efecto. Quien les dio estado *oficial,* por así decirlo, fue el piloto civil norteamericano Kenneth Arnold, que en 1947 vio una formación de nueve discos que sobrevolaba el Monte Rainier. De él es también el desdichado nombre de «platillos volantes», *flying saucers.* Pero los romanos ya los conocían, y les aplicaban el más bello nombre de *clipei ardentes,* «escudos llameantes». En todas las épocas han visitado este mundo loco. Pero nunca como ahora sus visitas habían menudeado tanto...
—¿Y a qué se debe este hecho, profesor?
—Posiblemente a nuestra reciente penetración en el espacio exterior. Lo que han hecho contigo, Johnny, puede ser un saludable aviso, un «de aquí no se pasa». Por lo menos, hasta que la Humanidad haya llegado a su mayoría de edad... en lo cual es posible que «ellos» nos ayuden.
—¿No traen intenciones agresivas, pues?
—Rotundamente, no. Antes bien, cabe considerarlos como unos guardianes benévolos, quizás como unos educadores del género humano. Y, afortunadamente, creo que son más fuertes que los odiosos «djinni».
El rostro del profesor se ensombreció.
—¿Es que hay *otros,* profesor? — preguntó Johnny.
—Sí. Estos no tienen forma humana. Son unos repulsivos monstruos verdes, que, por el hecho de respirar una atmósfera de metano, quizás procedan de alguno de los planetas exteriores o de alguno de sus satélites... Por el momento, «ellos» los mantienen a raya.
El profesor Semenov guardó silencio. Johnny carraspeó y dijo:
—El... doctor Muir, es uno de «ellos», ¿verdad?
—Sí. Es una de las mentes que dirigen el satélite. Conocerás a otros. ¡Es decir! Aquí están.
La puerta se abrió y entró el doctor Muir precediendo a otros dos hombres. Los recién llegados vestían todos el ajustado maillot negro, y de momento a Johnny le pareció que los tres eran hermanos. Los tres eran altos, de rostro alargado, frente elevadísima, tez pálida y miembros esbeltos. Johnny se dijo para sus adentros que este efecto era natural, pues se hallaba en presencia de tres miembros de una raza extraterrestre. Dentro de la misma Tierra, las características raciales ya borraban en apariencia los rasgos individuales. Sólo después de un trato continuado se diferenciaba a un chino de otro, a un negro de otro negro. ¡Cómo no había de ocurrir esto aún más con aquellos hombres, que ni siquiera habían nacido en la Tierra!
—Buenas noches, profesor; buenas noches, Johnny — dijo afablemente el doctor Muir —. Johnny, te presento a los doctores Katos y Olkios.
Johnny se levantó para estrechar las manos de los recién llegados. «Esos nombres parecen griegos», pensó.
—Te preguntarás por qué te retenemos aquí — prosiguió el doctor Muir —. Supongo que el profesor Semenov ya te habrá dicho algo acerca de nosotros.

El profesor Semenov asintió.
—Ahora, somos nosotros los que debemos ofrecerte una explicación. En primer lugar, no tenemos nada contra ti, puedes estar seguro de ello, pero la... seguridad general exige que, de momento, permanezcas con nosotros —. Atajó la réplica de Johnny con un gesto cortés —. No te faltará nada, te lo aseguro. Además, te darás frecuentes paseos en nuestra compañía, si lo deseas. Serás uno de los primeros humanos que viaja en un «platillo volante» —. Sonrió irónicamente al decir esto —. Por otra parte, tu internamiento, por decirlo así, no durará siempre. De momento, tu presencia aquí conviene a nuestros planes, pero más adelante no habrá el menor inconveniente en que regreses con los tuyos.
—¿Y el satélite en que yo viajaba? — preguntó Johnny —. ¿Qué ha sido de él?
Fue el doctor Olkios quien contestó:
—Precisamente traemos noticias frescas de él. Aquí tienes, Johnny. Y éste es para usted, profesor.
Y, al tiempo que pronunciaba estas palabras, tendió sendos periódicos doblados a los dos terrestres. Johnny tomó el que le ofrecían, asombrado, y lo desdobló. Era un ejemplar impreso en papel Biblia del *New York Herald Tribune.* Su presencia allí, desde luego, resultaba un poco incongruente. Johnny miró la fecha: 15 de agosto de 1960.
—¡Caramba! — no pudo por menos de exclamar —. ¡Están ustedes completamente al día!
—Nuestra «quinta columna» — intervino el doctor Katos, risueño — es bastante eficiente. ¿La llaman quinta columna, verdad, Muir? — preguntó, volviéndose hacia su compañero.
—Sí, muy bien, Katos — asintió el interpelado —. El doctor Katos sólo lleva una semana en la base, y aún no domina del todo su idioma — dijo a guisa de explicación. En efecto, el doctor Katos tenía un marcado acento extranjero.
—Lee, hombre — dijo el profesor a Johnny —. Yo ya lo sabía, pero es verdad que tú aún no te habías enterado.
Can grandes titulares, en la primera plana del periódico Johnny leyó:

INEXPLICABLE DESAPARICIÓN DEL SOLDADO JOHNNY O. BROWN. EN SU LUGAR, LA PERRA «TROIKA» OCUPABA EL SATÉLITE NORTEAMERICANO.

—¡La perra *Troika...*! — exclamó Johnny. Y se puso a leer, mejor a devorar, lo que ya conoce el lector.
Los tres hombres vestidos de negro le contemplaban sonrientes, con los brazos cruzados. El profesor Semenov, en su butaca, leía el periódico lanzando grandes bocanadas de humo de su cigarro. El doctor Muir suspiró e indicó al profesor:
—No le hemos podido hacer renunciar a esa costumbre. Afortunadamente, la base tiene un buen sistema de purificación del aire.
Se abrió de pronto la puerta, que los tres hombres habían vuelto a cerrar, y un cuarto individuo enfundado en un maillot negro entró corriendo en la estancia. Sin saludar, se acercó al doctor Muir y le susurró algo en una lengua incomprensible para Johnny. El semblante de Muir asumió una expresión grave. Cambió una mirada de inteligencia con sus compañeros, y se volvió luego hacia Johnny.
—Sentimos tener que dejarles. Cuando desees retirarte a descansar, Johnny, puedes hacerlo. Tu dormitorio está allí. — Y señaló a la pared opuesta a aquella

donde había la puerta. — Es una puerta de las que tú ya conoces. Buenas noches, señores.

Los tres hombres se retiraron. Johnny se volvió hacia el profesor.

—¿Qué les habrá dicho ese hombre, profesor?

—Algo que ocurre con cierta frecuencia. Los *djinni* han vuelto.

CAPÍTULO IV

«HAY MAS COSAS EN EL CIELO Y EN LA TIERRA, HORACIO...»

Johnny, sentado en su butaca, contemplaba pensativo al profesor, que leía tranquilamente el *New York Herald. Tribune* como si se hallase en un piso de la Quinta Avenida y no a 36.200 kilómetros sobre la superficie de la Tierra. Johnny meditaba en silencio acerca de todo lo que le había dicho Semenov, y, aun contra su voluntad, tuvo que rendirse a la evidencia: se hallaba en una base espacial, donde permanecería por tiempo indefinido, prisionero de unos hombres surgidos de las profundidades del Cosmos. Lo único que le tranquilizaba era que el profesor los había presentado como animados por intenciones benévolas, lo cual concordaba con la primera impresión que se llevó Johnny del doctor Muir. Aquellos hombres de rostro sereno y noble no podían ser unos malvados. De ello no había duda. De todos modos, sería fastidioso que lo retuviesen allí durante meses, años quizás

Para sus adentros, se dijo que, a la primera ocasión que se le presentase, intentaría escapar. Luego bostezó, y notó que sus párpados se cerraban.

—Si usted me lo permite, profesor — dijo — me retiraré a mis habitaciones particulares.

Semenov levantó la vista del periódico y sonrió,

—Como tú quieras, hijo. Mañana continuaremos hablando de «ellos». Aquí hay tiempo para todo, ya verás.

«Como en las cárceles», pensó Johnny. «Si al menos pudiera pescar con caña...»

Bostezando nuevamente, se levantó y se dirigió arrastrando los pies hacia la pared opuesta. Como era propio de él, se lo tomaba todo con la mayor filosofía, comprendiendo que nada conseguiría dándose de cabeza con las paredes... y menos *con* aquellas paredes, pensó irónicamente. Sin embargo, esto es lo que hizo esta vez, cuando se lanzó decidido contra el muro... para darse un coscorrón regular. El profesor Semenov oyó el golpe sordo.

—Por allí, Johnny. El doctor Muir te ha indicado «esa» pared.

Contrariado y rascándose el chichón, Johnny se dirigió hacia la pared indicada, que esta vez tanteó prudentemente. Cuando vio que su mano y su antebrazo desaparecían en ella, avanzó con cuidado... para encontrarse en la habitación contigua.

«¡Vaya! Un dormitorio marciano», pensó. Una cama bajísima y sin sábanas se extendía en el fondo de la pieza. Estaba provista de una especie de almohada gris, como gris era su superficie. Johnny la tanteó y su mano palpó una superficie tibia y blanda, verdaderamente deliciosa al tacto. «No está mal!», se dijo. A los pies de la cama, un poco a la derecha, había una especie de armarito, provisto de una pantalla en el lado que daba a la cama. «¡Televisión y todo», se dijo Johnny. Examinó el armarito y en su parte inferior derecha descubrió un botón. Lo oprimió, y al instante la pantalla se iluminó con un lechoso resplandor azulado. Johnny esperó un rato, y viendo que no aparecía nada en la pantalla, dejó el aparato conectado y se dedicó a inspeccionar la pieza. Salvo dos escabeles y una mesita baja, ésta no contenía nada más. Como se sentía muy

cansado, Johnny se despojó de su chaqueta y pantalones, quedándose en ropa interior y se tendió sobre el lecho, durmiéndose casi inmediatamente y olvidándose de cerrar la «televisión».

—¡Vamos, despierta, hombre! — decía el profesor Semenov, zarandeando rudamente a Johnny, que dormía con expresión beatífica y sonriente. De pronto se apercibió de la pantalla iluminada que había a los pies de la cama y corrió junto a ella para oprimir el botón. La pantalla se apagó y al propio tiempo Johnny dio un respingo, incorporándose sobresaltado y restregándose los ojos.

—Pro... profesor — dijo —. ¡Qué pasa! ¿Y las truchas?

El profesor Semenov lanzó una gran carcajada.

—En primer lugar, has dormido veinticuatro horas de un tirón. En segundo lugar, «eso» no es la televisión, como tú sin duda te imaginabas —. Volvió a reír y prosiguió —. Para que *fuese* algo parecido a nuestra televisión, había que oprimir el botón del lado izquierdo y no el derecho, como tú has hecho.

Uniendo la acción a la palabra, oprimió el botón del lado izquierdo. La pantalla volvió a iluminarse, e inmediatamente apareció en ella un hombre vestido de negro, hablando con gestos suaves y persuasivos en una lengua desconocida.

—¡El doctor Muir! — exclamó Johnny.

—Nada de eso, hijo. Este caballero se encuentra a 78 millones de kilómetros de distancia, en lo que nosotros llamamos Marte. Tú no puedes entender lo que dice, pero habla de algo de mucho interés para ellos, la *sluintización* de los grandes *orpis.*

—¿Qué?

—A su debido tiempo lo sabrás. Ahora no puedo explicártelo. Haría falta todo un curso de geología marciana para que lo entendieras.

El profesor Semenov volvió a reír a mandíbula batiente.

—Perdona, hijo, pero es que tiene mucha gracia. Dime, ¿has tenido hermosos sueños?

—¿Cómo? Pues... sí, creo que sí. Muy agradables.

—¿Y qué has soñado?

—Verá... que pescaba ingentes cantidades de truchas en los arroyos de Montana.

—¡Vaya! Conque la pesca de truchas es tu afición favorita, tu *hobby.* Menos mal que tienes aficiones honestas — suspiró.

—¿Por qué dice usted eso?

El profesor Semenov indicó el aparato.

—Porque este aparato, hijo, además de un televisor ultraperfeccionado, es un «evocador de sueños», por traducir de alguna manera el «anngok» marciano. Excita suavísimamente los centros cerebrales donde se originan los sueños, y hace que la persona sometida a su influjo realice en sueños su más cara aspiración en la vida. Este aparato haría verdaderos estragos en la Tierra, donde más de la mitad de las personas tienen apetitos inconfesables. Su utilización sólo es posible entre una raza de gran elevación moral y espiritual, como son «ellos». Además, no sé si te habrás dado cuenta del realismo que tienen los sueños.

—En efecto — dijo Johnny, muy impresionado —. Hubiera jurado que era de verdad. — Miró al profesor con rostro compungido. — ¡En toda mi vida he pescado tantas truchas... y pensar que todas eran soñadas!

El profesor Semenov volvió a reír, dando al propio tiempo unas palmaditas en el hombro de Johnny.

—Eres un buen muchacho, Johnny. Me gustas. Con hombres como tú, «ellos» podrían entenderse. Perteneces a la estirpe de los sencillos de corazón de que habla el Evangelio. ¿Te imaginas lo que hubiera soñado un hombre cualquiera de la Tierra, en tu lugar... un capitalista, un banquero, un fabricante de armamentos... incluso un político sin escrúpulos, como hay tantos? Y los sueños son la voz del subconsciente, como sabrás si has leído a Freud.
—No lo he leído, profesor. Mi autor predilecto es Kipling, y los libros de viajes y aventuras son los que me gustan más.
—Lo comprendo. Y has tenido suerte, porque te has convertido en el protagonista de una aventura excepcional, que muchos te envidiarían. Pero ahora vente conmigo a desayunar.
El profesor cerró el aparato televisor, y ambos salieron de la estancia... Johnny caminando cuidadosamente detrás de Semenov, para no pegarse un nuevo coscorrón.

A los pocos momentos, los dos terrestres se sentaban ante un suculento y abundante desayuno, que no hubiera desmerecido en ningún hotel de primera categoría.
—¿Cómo se las arreglan para conseguir estas cosas? — preguntó Johnny indicando la mantequilla, la mermelada y las tostadas.
—Para «ellos», esto es un juego de niños. Consiguen cosas mucho más difíciles.
Johnny comió un rato en silencio. De pronto dijo:
—Ayer decía usted — ¿o era anteayer? — que se hallan animados de intenciones benévolas. Sin embargo, recuerdo haber leído un caso en el libro del Mayor Keyhoe...
—El del capitán Mantell, ¿eh?
—Sí, creo que así se llamaba, ¿No dicen que su avión fue abatido por un enorme disco o platillo volante?
El rostro del profesor Semenov adquirió una expresión grave.
—El caso del capitán Thomas A. Mantell, de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, ha sido causa de auténtico pesar para nuestros amigos del espacio. En efecto, el capitán Mantell pereció al tratar de aproximarse a una astronave de «ellos», que sobrevolaba Fort Knox, donde, como tú sabes, se guardan las reservas de oro de los Estados Unidos. El *dossier* de Mantell se consideró mucho tiempo como *top secret*, y Keyhoe tuvo grandes dificultades para que se lo permitiesen consultar. Recordarás las memorables palabras de Mantell: «Voy en seguimiento de un disco metálico de dimensiones gigantescas. Si rebasa mi techo, abandonaré la persecución.» Mantell, un veterano de la última guerra mundial, era un aviador expertísimo y con muchas horas de vuelo en su haber. En aquella ocasión no se hallaba equipado con careta de oxigeno y se proponía abandonar la persecución a los 6.000 metros de altura. Nunca sabremos con certeza lo que sucedió, pero lo cierto es que, poco después de esto, él y su aparato aparecieron completamente desintegrados sobre una amplia zona. Es decir, yo sí sé lo que sucedió: Mantell penetró en el campo magnético de la astronave, y esto provocó un cortocircuito en la parte eléctrica de su avión, el cual entró inmediatamente en barrena. Este fenómeno — el apagado — es idéntico al registrado repetidamente en tierra, sufriendo esta vez sus efectos los automovilistas. Es clásico ya el caso del automovilista que viaja de noche, y de pronto se queda parado en mitad de la carretera y con los faros apagados. Cuando desciende para averiguar lo ocurrido, no es raro que vea elevarse, a un centenar de metros, un enorme disco que emite un fulgor

anaranjado. Podría citarte varios casos de este tipo, todos auténticos (1). En ocasiones, el apagón se acompaña de un extraño cosquilleo y a veces incluso de una paralización del conductor. Esto, en tierra, no tiene importancia, pero en el caso del pobre Mantell sí la tuvo.

—¿Es que ha habido... aterrizajes, profesor?

—Sin duda alguna. Uno de los más clásicos, por ejemplo, es el que sucedió una noche en el aeródromo de Marignane, cerca de Marsella. Esto ocurrió a las dos y cuarto de la madrugada del día cuatro de enero de 1954. El único testigo del hecho fue el aduanero Gachignard, quien, pálido de emoción, comunicó haber visto un aparato discoidal de unos siete metros de diámetro posado sobre una de las pistas, de la que se elevó a los pocos segundos. Otro aterrizaje es el que presenció el ex comandante de la Wehrmacht Oscar Linke, en el claro de un bosque. En esta ocasión, el testigo distinguió a dos de los tripulantes, de pie al lado del disco. Vestían un extraño traje metálico y sobre el pecho de uno de ellos un aparato emitía una luz intermitente. Cuando Linke llamó a su hija, que se había quedado atrás, los dos seres corrieron hacia su astronave, penetraron en ella y ésta se elevó, desapareciendo. Aquella misma noche, muchos habitantes de la región vieron una «bola» incandescente que tomaron por un meteoro.

—¿Cuántos tipos de astronaves existen, profesor Semenov?

—Existen tres, o mejor dicho, cuatro categorías de «Objetos No Identificados», para utilizar la terminología del A. T. I. C. Los primeros son las astronaves propiamente dichas, enormes discos de unos setenta metros de diámetro, provistos de un abultamiento circular — en realidad un corredor tubular animado de un movimiento de rotación, mediante el cual se crea una centrifugación o gravedad artificial. En este corredor se hallan los tripulantes, con la cabeza apuntando al centro del disco y los pies hacia la periferia del mismo. En el centro de la astronave se halla el reactor iónico. Estas grandes astronaves no son muy aptas para los desplazamientos atmosféricos. Su posición de crucero no es la horizontal, sino la vertical, ya que en el vacío interestelar no sufren frenado alguno. Los fotógrafos brasileños Keffer y Martins sacaron cinco impresionantes clisés de una de estas astronaves, cuando sobrevolaba Río de Janeiro. Los negativos fueron adquiridos por las Fuerzas Aéreas norteamericanas por 20.000 dólares. Supongo los habrás visto en alguno de mis artículos. Desde luego, las Fuerzas Aéreas estadounidenses no se gastan el dinero en fraudes, ¿no crees?

—Desde luego. Pero siga usted. Esto es muy interesante.

—Tenemos después las navecillas discoidales de exploración, aparatos en forma de gran campana invertida, de «sopera», de un diámetro de unos seis o siete metros. A pesar de la prevención que me inspira Adamski, reconozco que éste sabía algo cuando publicó sus célebres fotografías de este tipo de aparatos. Por último, existen las grandes naves portadoras, enormes cilindros de extremos ahusados, de una longitud de hasta doscientos metros. Estas grandes naves patrullan siempre a gran altura, en plena ionosfera. Una de estas grandes naves portadoras era lo que vieron centenares de personas en Ibiza y Mallorca el año 1952. En forma de punto extraordinariamente brillante, de una magnitud aparente semejante al planeta Venus, esta nave permaneció *tres días* entre Ibiza

(1) Efectivamente: todos los casos que citamos son ciertos y comprobados por diversas Comisiones de Encuesta. (N. del A)

y Mallorca. Fue examinada al teodolito por oficiales del Ejército español, que por triangulación calcularon su altura en unos 80 kilómetros. A esa altura no se ha conseguido aún colocar ningún objeto fijo; los globos sonda alcanzan a duras penas los 30 kilómetros, y el Mayor Simmons, como recordarás, sólo llegó a 36 kilómetros en su célebre ascenso. La altura *record* de los aviones a reacción es algo menor. Se trataba pues de un ingenio extraterrestre; de una nave portadora, similar a la observada en el mismo año en Oloron, Francia (quizás era la misma nave) también por docenas de personas, entre ellas todo el personal de un Instituto de Segunda Enseñanza. Desde estas naves portadoras — espero que ya visitarás alguna, como yo he hecho — se lanzan las navecillas de observación que antes te he citado. Pero esto no es todo.

—¿No?

—Ya te he dicho que había *cuatro* tipos de aparatos. El cuarto es completamente inmaterial. Son las «bolas luminosas», de diámetro inferior a un metro, que en ocasiones han seguido a los aviones terrestres. Fueron vistas por primera vez durante la Segunda Guerra Mundial — finales de 1944 y principios de 1945 — sobre Alemania. Los aviadores aliados vieron extrañas esferas o discos luminosos que seguían a sus aviones, los adelantaban o evolucionaban a su alrededor completamente indiferentes al fuego de ametralladora que se les hacía e igualmente, a los disparos de los cañones antiaéreos. Su velocidad era aterradora. Por otra parte, los aviadores alemanes los vieron igualmente, lo que descarta la hipótesis de que se tratase de algún arma de cualquiera de los dos adversarios. » También fueron vistos en el Pacífico, siempre con la misma forma redonda y brillo extraordinario. En determinada ocasión una de estas misteriosas «bolas luminosas» atravesó silenciosamente la carlinga de un avión de la Air Force: apareció delante de los pilotos dentro de la cabina, visitó zigzagueando lentamente todo el interior del bombardero, y desapareció por la cola. Además, en el curso de la batalla de Okinawa, en 1945, los radar señalaron la proximidad de aparatos desconocidos que no llegaron a ser visibles. El caso se repitió varias veces, provocando estados de alerta entre todas las fuerzas combatientes del Pacífico. Empezaban a observarnos seriamente, muchacho. Pero luego el radar señaló varias veces presencias misteriosas. ¿Recuerdas el famoso «fantasma de Orly»?

—Creo que leí algo a ese respecto, profesor.

—Durante «toda la noche», *algo* de grandes dimensiones se cernió sobre el aeródromo parisiense de Orly, siendo captado perfectamente por el radar del aeropuerto, que le asignó unas dimensiones de unos ochenta metros. Los aviones que entraban y salían, veían una luz roja en el lugar correspondiente del cielo. En ocasiones, *aquello* siguió por un trecho a uno de los aviones salientes. De pronto pegó un fantástico brinco y desapareció a tres mil kilómetros por hora. Una luz roja fue vista pasar sobre varias localidades francesas, pudiéndose reconstruir así el itinerario de la astronave sobre Francia.

—Muy interesante. Pero, volviendo a las misteriosas «bolas luminosas», ¿qué son exactamente, profesor?

—Telecaptores. Ojos televisores o, si lo quieres más claro, concentraciones, haces de rayos de una naturaleza similar a nuestro radar, pero ultraperfectos. Se utilizan para examinar objetos terrestres desde la base en que nos encontramos o desde una de las portanaves. Los americanos los llamaron *foo-fighters,* cazas de fuego.

El profesor hizo una pausa y rebuscó en sus bolsillos.

—¿Dónde habré dejado el encendedor? ¡Ah, ya sé! Lo he olvidado sobre tu aparato de «televisión» — y soltó una risita.

Johnny se levantó. —Voy a por él, profesor.

—Gracias, muchacho.

Johnny se dirigió hacia la «puerta» de su dormitorio, con la cabeza llena de bolas luminosas, naves portadoras, discos y bases espaciales. Ante la pared tuvo una momentánea vacilación y, para cerciorarse, acudió a su procedimiento de introducir la mano. Esta desapareció en la sustancia gris, y entonces Johnny se decidió a penetrar en ella. Pero él no sabía que en aquella pared, existían dos puertas contiguas y él se coló de rondón por «la otra»...

CAPÍTULO V

LO QUE FALTABA

Johnny atravesó la pared como el mismísimo fantasma del Comendador... y se quedó boquiabierto al encontrarse en una habitación distinta... y en presencia de una bella joven rubia, que se contoneaba ante un espejo, pasándose las manos por el ajustadísimo maillot negro que le cubría el cuerpo.

—¡Oh — exclamó la joven, dando un respingo —. ¡Salga usted en seguida de aquí, atrevido!

—Pe... perdone — tartamudeó Johnny, azorado. (Nunca había sido lo que se dice un Don Juan, y el bello sexo era lo único que le hacía perder su invariable aplomo.)

Y se dispuso a esfumarse de nuevo a través de la pared.

Pero la joven también le miraba, estupefacta. Y de pronto gritó:

—¡Oye! ¡No te marches! Tú no eres uno de «ellos», ¿verdad?

—¿Uno de «ellos»? No... soy Johnny O. Brown, soldado de primera clase de los Marines, para servirla a usted.

—¡Un americano!

Y en menos que canta un gallo, la joven saltó sobre Johnny, le echó los brazos al cuello y estampó dos sonoros besos en sus mejillas.

Johnny creyó experimentar de nuevo una espantosa aceleración; su vista se nubló, y creyó que sobre su pecho se sentaba todo el Pentágono, de teniente coronel para arriba. Luego empezó a ver estrellitas verdes, rojas y blancas, y se desvaneció.

Volvió en sí para encontrarse tendido sobre el lecho de la joven. Ésta, de pie a su lado, le daba cariñosas palmaditas en la mejilla

—¡Vamos, hombre, que no hay para tanto! Yo también llevo dos semanas sin ver a un terrestre y no por eso me he desmayado. Oye, no me he presentado: Chantal Dupré, de París. Estudiante de Ciencias Naturales. Y, además — se puso un dedo sobre los labios — quintacolumnista de primera. Supongo que tú también lo serás, ¿eh?

—Yo iba en el satélite que lanzó la Armada —dijo Johnny con voz ronca.

—¿Qué tú... eres el del satélite?

La joven le miró con ojos muy abiertos, y luego fue presa de un verdadero ataque de hilaridad. Rió hasta que se le saltaron las lágrimas, mientras Johnny la miraba, algo amoscado.

Cuando por último pudo hablar, la joven dijo:

—Ho... hola, *Troiko.* Tanto gusto en conocerte. Ya he leído tu odisea en los periódicos. ¡Ay, qué gracia tiene!

Aquella chica le recordaba a Johnny su hermana, porque su mayor placer era tomarle el pelo. La irritación le devolvió el aplomo perdido. Abandonando su poco digna posición sobre el lecho de la joven, se puso en pie de un salto.

—Bueno, ya está bien. Ya basta. Si quieres reírte de alguien, ríete de tu abuelo. Yo me marcho.

Y con paso digno y mesurado, se dirigió hacia lo que creía la puerta... para darse de narices contra la pared.

—¡Condenadas puertas invisibles! — gritó, furioso —. ¿Quieres decirme dónde está la puerta de esta pocilga? — chilló volviéndose hacia Chantal. Ésta acudió solícita a su lado. De su rostro había desaparecido toda expresión de hilaridad. Poniéndole suavemente una mano sobre el brazo, le dijo:

—Perdóname, Johnny. Debiera haberlo comprendido. Soy muy estúpida. Algo ablandado, Johnny depuso su enojo.

—Bueno, es que verás... — refunfuñó —. Aquí todo es tan distinto...

—Tienes razón. No intentaba reírme de ti. Sólo me hacía gracia la idea que tuvieron «ellos» de cambiarte por la perra. Comprenderás que no deja de tener gracia.

—Sí, desde luego — admitía Johnny, notando que su enfado se fundía como nieve primaveral bajo el sol —. Desde luego.

—¿Por qué no te sientas y charlamos un rato, Johnny? — dijo la joven —. Hoy tengo día libre. Además, te prepararé un café, si quieres.

—No, gracias, acabo de desayunar —. De pronto dio un respingo —. ¡El encendedor! ¡Lo había olvidado!

—¿Qué encendedor?

—El del profesor Semenov. Iba a buscarlo a mi dormitorio... está al lado del tuyo... cuando me colé aquí por equivocación.

—Anda, ve pero luego vuelve. — ¡Pero espera un momento! — la joven se dirigió hacia un armarito que había en un ángulo. Abriéndolo, tomó algo de su interior —. Toma, ponte esto. No hagas el ridículo con tus ropas terrestres. Además, pueden ser incluso peligrosas.

Y tendió a Johnny un objeto negro que de momento él tomó por un calcetín.

—¿Qué es eso? — preguntó, estupefacto.

—Un traje como el mío. Llévatelo y póntelo.

Johnny dio vueltas entre sus manos a un pequeñísimo maillot negro, de tacto suave y agradable, pero que hubiera convenido, por sus dimensiones, a un muñeco de veinte centímetros de altura.

—¡Oye, qué te has creído! — gritó, indignando —. ¿De modo que ya empezamos otra vez?

La joven hizo un mohín de impaciencia.

—Perdona, chico, tienes razón. Dame eso.

Tomando el traje, lo extendió con ambas manos, hasta poner los brazos en cruz.

—Es de una elasticidad increíble. Me dijeron que, entre las pruebas que hacen sus fabricantes, hay una que consiste en estirarlo a todo lo largo de una nave de doscientos metros, sin que se rompa. Es una trama molecular tan increíblemente elástica y coherente, que el hombre vestido con esta llamémosla «tela», puede resistir disparos de ametralladora sin que las balas horaden su traje. Te lo pondrás sin ninguna dificultad sobre tu piel desnuda, y luego te parecerá que no llevas nada. Sin embargo, no tendrás ni frío, ni calor y el traje te protegerá contra cualquier accidente. Después de esto, ¿sigues sin querer ponértelo?

—Dámelo — dijo Johnny, convencido, sin embargo, de que le sería imposible ponerse aquel traje de muñeco —. Lo intentaré.

Chantal le acompañó hasta la «puerta», y Johnny salió al salón comedor, donde le esperaba el profesor, sentado en su butaca.

—¿Traes el encendedor, hijo? — le preguntó.

—Perdone usted, profesor; me he equivocado de cuarto. Ahora voy a por él.

Johnny volvió a desaparecer por la pared como un alma en pena... para salir a los pocos momentos de ella, cubierto de pies a cabeza con su flamante traje negro ajustadísimo, y con el encendedor del profesor en la mano.

—¡Caramba! — exclamó el profesor —. ¡Vas a la última moda interplanetaria!

Johnny le tendió el encendedor, poniéndose colorado como un pimiento.

—Me lo ha dado... esa chica... Chantal... la del cuarto de al lado.

—¡Ah, Chantal Dupré! — y el profesor rió de buena gana —. Conque has ido a dar a su habitación. No está mal. Chantal es una chica muy simpática e inteligente, que tiene un brillante porvenir en Biología.

—De Anatomía tampoco está mal — dijo Johnny, sonriendo.

—¡Ah, pillín! — dijo el profesor —. ¿Ves cómo tu estancia aquí no resultará tan aburrida como tú suponías?

—Así parece, en efecto — convino Johnny, mirándose y contoneándose dentro de su ajustadísimo traje, que subrayaba perfectamente su cuerpo pequeño pero fuerte y armónico —. Me siento como un miembro cualquiera del cuerpo de baile del Marqués de Cuevas. ¿Me permite usted?

Y Johnny hizo dos impecables *entrechats,* rematados por un *grand écarté.* En el fondo de la estancia sonaron aplausos. Muy confuso, Johnny se volvió. Los doctores Muir, Olkios y Katos le contemplaban sonrientes, con los brazos en jarras.

—¡Muy bien, Johnny! Espero que nos darás lecciones de ballet en tus horas libres — dijo Muir —. Pero no ahora, pues venimos a invitarte a dar una vueltecita en una de nuestras naves de observación.

—¡Esperen! Es que tenía un compromiso. Me esperaba Miss Chantal para tomar café... por lo menos debo darle una explicación...

—No hace falta, Johnny — dijo Chantal, surgiendo como un fantasma de la pared —. Puedes ir. Así tendremos algo de qué charlar a tu vuelta.

—Dentro de tres horas lo tendrás aquí, Chantal — dijo Muir —. Cuando tú quieras, Johnny.

El muchacho hizo un gesto de despedida y se alejó con el doctor Muir. A los cinco minutos ambos se detuvieron a la entrada de una vasta sala cilíndrica curvada. Su interior se hallaba ocupado por lo que a Johnny le pareció de momento un servicio de té de proporciones gigantescas. Observándolo mejor, vio que se trataba de media docena de aparatos coronados por una cúpula o *cockpit* de una materia brillante y translúcida, que parecía descansar sobre el cuerpo propiamente dicho del aparato, de forma discoidal.

—Nuestras navecillas de exploración — dijo Muir, sonriendo —. Ahora se hallan en la base aproximadamente una mitad de ellas. Sígueme.

Con paso elástico y firme, avanzó hacia las navecillas, pasando luego entre ellas para dirigirse al lado opuesto de la sala. Johnny observó que estaban alineadas cuidadosamente. Su altura sería de unos tres metros y su diámetro en la base de unos cinco o seis. Pasó la mano sobre la lisa y bruñida superficie plateada de una de ellas, pero no supo identificar el metal. Muir se detuvo ante la primera nave de la fila, en el fondo mismo de la vasta sala, ante una lisa pared gris. Johnny observó que la nave parecía hallarse en equilibrio sobre una rampa descendente, cuya parte inferior se jun taba con la pared. Muir saltó ágilmente sobre la periferia del disco y se dirigió hacia la cúpula. Johnny se quedó en el suelo, esperando.

—Sígueme — dijo Muir.

Johnny trepó a su vez sobre el disco y vio como Muir se inclinaba para oprimir algo en la base de la cúpula. Una sección de ésta se deslizó a un lado, formando una puerta de 1,50 metros de altura por 60 centímetros de ancho. El interior de la cúpula se iluminó de repente con una luz blanca. Johnny entrevió una butaca de cuero rojo que le recordó a las que emplean los

dentistas, un tablero de mandos provisto de esferas y luces de colores, y un volante oval provisto de dos asas a cada extremo. Muir se introdujo con soltura por la escotilla y Johnny tras él. El interior de la cúpula era muy reducido: Había otro sillón además del que había visto Johnny, pero de espaldas a éste. El muchacho ocupó el segundo sillón, Muir se sentó en el del piloto y oprimió un botón situado en el ángulo inferior izquierdo del tablero de mandos. Sin poder evitar un estremecimiento, Johnny vio con el rabillo del ojo como la escotilla se cerraba lentamente. Casi en el mismo instante, notó una pequeña sacudida y tuvo la sensación de que el aparato se ladeaba. Podía ver perfectamente el exterior a través de la cúpula transparente, y se dio cuenta de que la pared gris avanzaba hacia ellos... no, eran ellos quienes se movían hacia la pared. «¡Vamos a chocar!», pensó Johnny. Pero de pronto vio como el borde del disco penetraba en la pared para hundirse en ella, y entonces lanzó un suspiró de alivio, al recordar la existencia de aquellas maravillosas paredes de energía pura. Aquello era una «puerta»... pero ¿de dónde?

La respuesta la tuvo a los pocos momentos, cuando la cúpula atravesó también la pared y Johnny se encontró con todo el cielo estrellado sobre su cabeza... Pero no, aquello no era el cielo estrellado, sino el espacio cósmico, sin trazas de atmósfera, a 36.000 kilómetros sobre la superficie de la Tierra... que se veía asomar por el borde del disco como una inmensa esfera azul turquesa, empañada por las sombras pardas de los continentes. Desde luego, la Tierra vista desde aquella tremenda distancia parecía más un mundo líquido que un mundo sólido; impresionado, Johnny recordó entonces que los mares cubrían casi las tres cuartas partes de la superficie del planeta.

El ala circular del disco pareció animarse de pronto. La recorrió de un extremo a otro una pulsación verde, ambarina, como si se tratase de una sustancia viva y no de metal inerte. De pronto aquel resplandor se volvió anaranjado y luego tornasolado. Pero, ¿por qué permanecían inmóviles?

Como si adivinase su pensamiento, Muir dijo sin moverse:

—Mira hacia tu derecha, Johnny.

Éste obedeció y casi se quedó sin respiración: A una distancia que le pareció enorme, una gigantesca rueda gris de cuatro radios que se cruzaban en ángulo recto parecía flotar en el espacio. Observándola atentamente, Johnny notó que se hallaba animada de un movimiento de rotación bastante rápido.

—Nuestra base permanente, Johnny. Ese movimiento de rotación que observas crea una fuerza centrífuga que equivale a la gravedad que reina sobre la superficie de... nuestra patria. ¿No te has notado más ligero que sobre la Tierra?

Johnny recordó entonces que, efectivamente, así era, pues en la Tierra nunca consiguió hacer un *entrechat* de doce *battus,* más de lo que había conseguido en cualquier momento de su vida el desventurado Nijinsky.

—Tiene cuatrocientos metros- de diámetro —prosiguió Muir, manipulando en el tablero de mandos. — Por la hora y la posición, colijo que aterrizaremos en la Europa Central o en el Nordeste de Francia. Si dispusiésemos de más tiempo, nos iríamos a Norteamérica, a tu patria, pero dentro de tres horas tienes que estar de regreso para tomar café con Chantal.

A pesar de que Johnny no tenía la menor sensación de movimiento el disco cruzaba vertiginosamente el espacio, primero en caída libre y luego con una aceleración forzada, en un enorme impulso opuesto a la marcha del satélite, y de nuevo en caída libre. El único ruido que percibía Johnny era un suavísimo ronroneo... al que pronto se unió un amedrentador silbido cuando la nave penetró en la ionosfera Un verdadero halo anaranjado la rodeó entonces.

Johnny no sabía que la nave de observación avanzaba protegida por un verdadero escudo de partículas ionizadas, que evitaban que se ejerciese directamente sobre ella el tremendo roce con la atmósfera. Cualquier observador terrestre hubiera visto entonces a la nave como una bola de fuego que cruzaba la atmósfera; como un bólido o un aerolito procedente del espacio exterior.

La nave descendía a una velocidad aterradora, como si fuese a chocar contra la superficie del planeta. Muir accionó los mandos y el aparato se detuvo instantáneamente, para permanecer inmóvil, cerniéndose a doscientos metros sobre el suelo de Alsacia y girando lentamente sobre su eje central, como una enorme peonza que oscilase antes de detenerse. En una aeronave terrestre, aquel brusco frenazo hubiese significado la muerte por aplastamiento de sus tripulantes, pero la maravillosa nave extraterrestre generaba un poderoso campo magnético, mediante el cual anulaba la atracción de la gravedad terrestre. Ello le permitía realizar despegues y paradas fulminantes, pues hasta la última molécula del aparato y de sus tripulantes se hallaba sometida a los efectos del propio campo gravitatorio artificial (1).

—Estamos sobre Alsacia — dijo Muir —. Pronto amanecerá. ¿Quieres que nos posemos sobre el suelo?

Johnny apenas pudo articular un ronco «sí, señor», tan grande era la emoción que lo embargaba. A los pocos segundos la nave se detenía *a 50 centímetros del suelo,* sobre un prado sumido en sombras.

—¿Te gustaría respirar un poco de aire nocturno? — preguntó Muir a Johnny. Éste contestó con otro «sí, señor» tan ronco como el anterior.

—Antes apagaremos las luces — dijo Muir.

De pronto la cabina se quedó a oscuras. A su derecha, Johnny vio como se iba abriendo poco a poco una rendija por la que entró débil claridad. Unas estrellitas parpadeantes se asomaron tímidamente al interior de la cúpula, mezcladas con un olor de hierba fresca y el agudo cri-cri de los grillos. En la lejanía ladró un perro, insistentemente.

—¡La Tierra! — pensó Johnny. — ¡Mi patria! — No importa que no sea Norteamérica... — Y aunque no era un romántico, no pudo evitar que unas lágrimas acudiesen a sus ojos. Así permanecieron un rato en silencio, aspirando ambos la fresca fragancia de la Tierra e impregnándose de aquel temeroso silencio que precede al alba.

Súbitamente una claridad blanca y oscilante penetró por la escotilla abierta y al propio tiempo se oyó la desagradable tos de un motor de dos tiempos. Johnny se incorporó sobre su asiento para asomarse por la escotilla. Volviéndose hacia Muir, dijo:

—Es un hombre en un *scooter,* que viene por la carretera.

Muir respondió:

—Siéntate. Vamos a seguirle un rato. Aunque en general no deseamos que nos vean, también conviene que de vez en cuando se enteren de nuestra existencia. Eso se adapta a nuestros planes.

La escotilla se cerró y el interior de la cúpula se iluminó de nuevo. Elevándose a unos seis metros de altura el disco empezó a seguir al motorista, que pronto fue perfectamente visible gracias al potente resplandor de la nave, que lo iluminaba

(1) Hipótesis sustentada por el capitán aviador Rene Plantier, y los científicos canadienses, entre otros. (N. del A.)

de pleno. Johnny, muy divertido, veía como el pobre hombre levantaba hacia ellos su semblante aterrorizado, para hacer guiños y muecas bajo aquella luz cegadora. En dos ocasiones estuvo en un tris de salirse por la cuneta. De este modo llegaron hasta las primeras casas de una población, donde el infeliz motorista se apeó del *scooter* y huyó a escape por una calle.

Dando la broma por terminada, Muir hizo girar la palanca ovalada hacia arriba y la nave ascendió con velocidad de vértigo, en lo que al pobre Monsieur Pflim le pareció un tremendo salto...

—Han transcurrido dos horas y 55 minutos, Johnny, desde que salimos de la base — dijo Muir después de largo rato —. Dentro de cinco minutos estarás en ella para atender a tu cita.

La Tierra fue quedando atrás y Johnny no tardó en distinguir un puntito brillante, que pronto se convirtió en una rueda de cuatro radios. Acercándose al borde exterior, el disco se situó ante la lisa pared convexa. Poco a poco se fue acercando a ella, y Johnny contempló una vez más, maravillado, como la nave desaparecía en el interior del muro. A los pocos instantes se encontraban de nuevo sobre la rampa de lanzamiento. Muir apagó las luces de la cabina, oprimió el botón de la izquierda y la escotilla empezó a abrirse. Casi al mismo instante, un espantoso hedor llegó a las narices de Johnny. Muir se precipitó sobre el tablero de mandos y oprimió de nuevo el botón. La escotilla volvió a cerrarse.

—¿Te encuentras bien, muchacho? — preguntó, volviéndose hacia Johnny. Éste se quedó sorprendido ante la expresión extraordinariamente grave de Muir.

—¿Qué ocurre, doctor Muir?

—Son ellos... los *djinni,* que han vuelto. Esta vez han conseguido penetrar. Temo que algo malo haya sucedido.

—¿Y este hedor tan espantoso?

—Estos seres respiran una atmósfera de metano, pues proceden del sexto satélite de Saturno. Este hedor es producido por sus exhalaciones; por el *aire* ya respirado y expulsado al exterior de su escafandra. Es un olor insoportable, pero no mortal. Aunque esta vez...

—¿Esta vez, qué?

—Esta vez hay *algo más* en este hedor, que por desgracia conozco muy bien. *Algo más* que nos obliga a ser precavidos.

Inclinándose hacia el suelo, Muir extrajo dos globos transparentes de bajo los asientos.

—Son videoscafos, Johnny — dijo —. Este es para ti. Fíjate en como yo me lo coloco.

Muir introdujo su cabeza en la esfera transparente y oprimió su borde inferior contra el cuello de su traje negro. Johnny vio entonces que el videoscafo tenía una cápsula rectangular de color pardo por la parte interior. Esta cápsula quedó situada junto al cogote de Muir. La voz de éste le llegó apagada pero perfectamente audible.

—Tenemos aire para veinticuatro horas, Johnny-

Entonces oprimió de nuevo el botón que abría la escotilla, después de cerciorarse de que Johnny se había colocado debidamente su casco.

—Utilizamos los videos para respirar en atmósferas extrañas. Cuando es necesario, se complementan con unos guantes, pero ahora no nos hacen falta.

Johnny no pudo evitar establecer una comparación mental entre aquel ligerísimo equipo y los molestos *y* engorrosos trajes de los aviadores estratosféricos. Aún serian peores las primeras escafandras espaciales. En

cambio, aquel ligerísimo maillot negro y su misteriosa trama molecular no sólo le aislaban completamente del exterior, sino que permitía la normal transpiración de su piel. Resultaba incomprensible, pero así era. Y con aquel pequeño cartucho pardo que llevaba en el casco, podría respirar durante veinticuatro horas, sin perecer asfixiado por el anhídrido carbónico de sus propias exhalaciones. Desde luego, estaba entre gentes que poseían una técnica fabulosamente superior a la técnica terrestre. Por suerte, parecía que su increíble adelanto científico corría parejas con su elevación moral, o de lo contrario...

Lo contrario, eran los *djinni.*

Muir y Johnny irrumpieron a paso de carga en el corredor tubular que contoneaba toda la base. Resultaba curiosísimo correr por un pasadizo que siempre se levantaba ante ellos pero por el que nunca tenían que subir. Era aquello una indefinida carrera en terreno llano... la ascensión de una cuesta imposible... el descenso por una bajada inexistente. En dos o tres ocasiones, Johnny volvió la cabeza, para ver lo mismo que tenía delante: un corredor tubular que se elevaba hasta desaparecer.

De pronto Muir torció hacia la izquierda y penetró, atravesando una pared de energía, en el salón donde Johnny había cenado con el profesor. La estancia estaba vacía. Johnny corrió hacia la habitación de Chantal. Atravesando la puerta, entró para encontrar a Chantal tendida en el lecho con medio cuerpo fuera de él, sus rubios cabellos esparcidos por el suelo, la boca entreabierta y los brazos en cruz, exánime...

CAPÍTULO VI

LOS URANIDAS

Johnny se precipitó hacia la yacente Chantal y la tomó en brazos, para colocarla tendida sobre el lecho. Una oleada de ternura por aquel cuerpo desvalido le invadió, su experiencia con las truchas no le había revelado a Johnny que aquello era, pura y simplemente, amor en estado bruto, amor tan inocente, cándido y completo como el que experimentó Adán por nuestra madre Eva. Johnny aún no lo sabía, entonces, pero no había de tardar en darse cuenta de ello.

Lleno de desesperación, contempló el semblante apacible de la joven, que parecía dormir. Acercando su casco transparente a la cara do Chantal, escrutó ansiosamente su expresión. Y de pronto advirtió que la superficie esférica de su casco se empañaba regularmente, frente a los labios de Chantal. ¡La joven vivía! ¡Respiraba! Una voz resonó a sus espaldas, apagada por el video:

—Está únicamente aletargada, Johnny. No te inquietes por su estado. Está inconsciente, como los demás miembros de la base, supongo. Vamos a verlo.

Dejando a la joven tendida en el lecho, Johnny siguió a Muir. Era la primera vez que visitaba la base espacial, cuya circunferencia exterior medía más de un kilómetro. En distintas dependencias, Johnny vio a hombres iguales al doctor Muir, tendidos inertes por el suelo Algunos yacían ante complicados y extraños aparatos brillantes, cuyo uso Johnny no fue capaz de adivinar. La narcosis los sorprendió entregados a las más diversas tareas. En una sala, Johnny vio a seis hombres de bruces sobre una enorme tarima, en la-que se alineaban unos objetos oblongos de color negro mate, provistos de pequeñas antenas. Lo más parecido a algo terrestre fue una sala, que a Johnny recordó vagamente la torre de control de un aeropuerto, por las pantallas y cuadros de mando que vio en ella. En varios dormitorios, encontraron a hombres tendidos en el lecho, sorprendidos al parecer cuando descansaban. Por lo visto, Chantal era la única mujer que se encontraba en la base. Johnny calculó que habría en ella como un centenar de individuos. No fue capaz de identificar a los dos extraterrestres que ya conocía, además de Muir, por parecerse todos entre ellos y llevar el mismo indumento negro. Por parte alguna apareció el profesor Semenov.

—Han hecho dos cosas, Johnny — dijo Muir, cuando ambos se detuvieron, terminada la inspección de la base. Muir llevó durante todo aquel tiempo un tubo brillante, que tomó del interior de la nave de exploración, y que entonces dejó sobre una mesa —. Primero, se han cubierto de una pantalla protectora, que ha absorbido las ondas de nuestro *radar* — te digo radar para que me entiendas, Johnny, pero no lo es exactamente. Luego, han inyectado un narcótico al interior de la base, para penetrar en ella con toda impunidad y raptar al profesor Semenov. Pues has de saber que era al profesor a quien buscaban.

—¿Por qué precisamente al profesor?

—Seria muy largo de contar ahora, Johnny. Te diré únicamente que a los *djinni* les interesa también la Tierra, pero sus propósitos son muy distintos de

los nuestros. Ellos quieren, simplemente, convertirla en una colonia suya y hacer de los humanos sus esclavos... en el mejor de los casos. Nuestros fines son muy distintos, y a su debido tiempo se sabrán. Puedo adelantarte, sin embargo, que no nos hallamos animados de las menores ansias de conquista y que sólo deseamos el bien de la Humanidad... que por desgracia ha tomado un sendero equivocado, que puede acarrearle funestos males.

—¿Pero, qué tiene que ver con esta lucha cósmica el profesor Semenov?

—El profesor Semenov constituye una baza importantísima en este juego. Su presencia aquí, como sabrás, no es casual, sino que responde a un plan preconcebido. A su debido tiempo, el profesor Semenov, con todo su enorme prestigio científico y moral, se podría convertir en nuestro... emisario, legado o como quieras llamarle. De ahí el interés de los *djinni* por arrebatárnoslo. Saben que nosotros sólo apelamos a la violencia en el último extremo, cuando nos vemos obligados a defender nuestras vidas. Para nosotros, incluso la existencia de un *djinn* es preciosa. En realidad, ellos no son malos. Son únicamente distintos y no nos comprenden ni os comprenden a vosotros. Para ellos, somos una forma de vida molesta y repugnante, que hay que apartar de su camino. Y este camino, *ahora,* por una serie de causas históricas e incluso cósmicas que sería largo enumerar, son los planetas interiores, o sea los que se encuentran rodeados por el cinturón de asteroides.

—Pero esto puede significar una guerra interplanetaria — observó Johnny.

—De momento, no. Los *djinni* no son todopoderosos. Por ahora se limitan a tantear nuestras fuerzas, pues en el fondo temen nuestra superioridad técnica.

—¿Sois superiores a ellos?

—Todo cuanto saben y poseen se lo enseñamos y se lo dimos nosotros. ¿Comprendes? Es un caso de desagradecimiento fabuloso; es el perro que muerde la mano que lo alimentó. Para nosotros constituyó una severa lección, que de ahora en adelante nos hace desconfiar de todas las razas no humanoides. — Muir hizo una pausa —. Pero no perdamos tiempo hablando. Vamos a poner en funcionamiento los purificadores de aire de la base, que en pocos minutos limpiarán su atmósfera del gas narcótico.

La conversación sostenida a través de los videos había resultado algo engorrosa para Johnny, quien tenía que aguzar mucho el oído para oír las palabras que pronunciaba Muir. Sin embargo, tuvo que hacer un esfuerzo para no continuar haciendo más preguntas y seguirle. Empezaba a comprender algo de las finalidades ocultas de aquellos hombres del espacio. Muy vagamente, entreveía las líneas de una grandiosa política interestelar y de una acción noble y caballeresca, junto a la cual las mezquinas rivalidades políticas y nacionales de la Tierra parecían disensiones entre diversas bandas de golfillos mal educados.

Muir avanzó con paso rápido y elástico por el corredor tubular exterior y se detuvo ante un gran cuadro de mandos del que emergían diversas palancas. Accionó varias de ellas y, aun a través del casco, Johnny pudo oír un bordoneo continuado. Ambos permanecieron a la expectativa ante el cuadro, hasta que transcurrido cierto tiempo, se encendió una luz verde en lo alto del mismo. Entonces Muir se quitó con ambas manos el casco esférico transparente, levantándolo sobre su cabeza. Johnny hizo lo propio. Inmediatamente percibió de nuevo el familiar olor a ozono, que el primer día de su estancia allí le hizo pensar en una clínica. Todo rastro del espantoso hedor había desaparecido. Del fondo del corredor les llegaron voces. Un grupo de hombres vestidos de negro pareció descender hacia ellos por la larguísima rampa tubular. El que iba a su frente se acercó a Muir. Su rostro reflejaba preocupación.

—¿Qué ha pasado, Muir? ¿Han sido ellos? —En efecto, Altios; han utilizado el *raszwill* para cubrirse. Creía que nuestras entregas se terminaban con el anticampo.

—Pero hubo aquel grupo apresado, ¿recuerdas? Los que fueron a Plutón.

—¡Ah, claro! Entonces, fueron los *djinni* sus captores, no seres ajenos al Sistema, como se dijo entonces.

—A la vista está, Muir. ¿Cómo se explica si no que no los hayamos detectado?

Johnny escuchaba maravillado esta conversación, que se sostenía en un correctísimo inglés. La corrección de aquellos hombres era tan grande, que consideraban una indelicadeza hablar en su lengua ante un extranjero. Este era uno sólo de los innumerables y bellos rasgos que adornaban su carácter, y que Johnny había de ir descubriendo en el transcurso del tiempo, para terminar sintiendo verdadera veneración por aquellos nobles caballeros errantes del Cosmos, que perseguían siempre los fines más elevados y altruistas en sus empresas.

A los pocos instantes se celebraba consejo en una sala de la Base. Johnny, muy colorado y confuso, se sentaba en un escabel al lado de Chantal.

—¿De modo que fuiste tú quien me encontró desvanecida? — preguntó Chantal a Johnny.

Éste asintió en silencio.

—Tiene gracia. ¿No te diste cuenta de las dos tazas de café preparadas?

—No.

—Estaba esperando que llegases de un momento a otro, cuando de repente me dio mareo, y apenas tuve tiempo de llegar hasta la cama. No recuerdo nada más.

Muir se hallaba deliberando con varios compañeros suyos en un extremo de la sala. Levantándose, se acercó a los dos jóvenes.

—¿Estaríais dispuestos a realizar un viajecito conmigo? — les preguntó.

Chantal y Johnny se miraron. La joven contestó:

—Por mí no hay inconveniente. ¿Y tú, Johnny? —¿Adonde iríamos? — preguntó éste.

Muir los contemplaba afablemente,

—En primer lugar, a la Luna.

Los ojos de Johnny se abrieron desmesuradamente. Muir prosiguió:

—Una vez allí, y a la vista de los informes de que dispongamos, veremos qué curso de acción vamos a seguir. Se trata del profesor Semenov, muchachos. Su vida está en juego. Es probable que de momento los *djinni* lo hayan respetado. Para ellos viene a ser algo así como un precioso rehén, con el que pueden intentar negociar. Su técnica les permite disponer un lugar habitable para el profesor a bordo de sus astronaves. En la Luna sabremos qué rumbo ha tomado la nave que lo lleva prisionero. Disponen allí de aparatos mucho más potentes que los que tenemos aquí en la Base.

—¿Tienen también bases en la Luna? — preguntó Johnny, muy interesado.

Muir sonrió.

—¡Cómo no íbamos a tenerlas! La Luna, por sí misma, ya es una magnífica base natural. Sólo hemos tenido que habilitar algunos de sus cráteres más pequeños, como tendrás ocasión de ver —. Hizo una pausa y prosiguió: —Iremos en este viaje únicamente Chantal, tú, Olkios, a quien ya conoces, y yo, en una de nuestras naves interplanetarias, pues para un viaje a esa distancia las navecillas exploradoras no sirven. Vamos, no hay tiempo que perder.

A los pocos momentos los cuatro se hallaban en el hangar o depósito de navecillas exploradoras, donde, a indicación de Muir, Chantal y Johnny se pusieron un videoscafo y unos guaníes ajustadísimos. Luego Muir les indicó la pared por donde salió antes la navecilla.

—Por aquí. Vamos. La nave que ha de llevarnos ya ha sido advertida y nos aguarda.

Johnny tragó saliva y miró con recelo la pared de energía pura.

—¿No... nos caeremos al vacío, doctor Muir? Además, ahí fuera debe de hacer un frío espantoso.

Muir sonrió dentro de su videoscafo transparente.

—En primer lugar, no puedes *caerte* porque ahí fuera no hay arriba ni abajo. Y si algo te atrae, será precisamente la Base. En segundo lugar, el traje que llevas te protegerá completamente, aunque a ti te parezca imposible. Mira, yo iré delante, tú no te separes de mí.

Uniendo la acción a la palabra, Muir avanzó hacia la pared. Johnny miró a Chantal. Ésta le sonreía dentro del globo transparente.

—No temas, Johnny — dijo —. Yo ya he ido dos veces. Es muy divertido... aunque al principio asusta un poco.

—¡Haberlo dicho antes! — pensó Johnny —. ¡Me hubiera evitado hacer el ridículo y pasar por miedoso! — Y echó a andar resueltamente detrás de Muir, que se había detenido a esperarle junto a la pared en compañía de Olkios. Los cuatro atravesaron casi simultáneamente el muro de energía-para encontrarse acto seguido flotando en el vacío exterior, junto a la inmensa rueda que era la Base espacial extraterrestre. Con sorpresa, Johnny observó la presencia en las proximidades de un enorme disco obscuro, con una protuberancia central en forma de cúpula y otro abultamiento tubular que lo rodeaba a la mitad de su diámetro, el cual era muy considerable: setenta u ochenta metros, calculó Johnny.

El muchacho buscó con su mano la de Chantal, que estaba a su lado, y la oprimió fuertemente. Sus ojos también se buscaron, y por primera vez, en pleno espacio sideral dos seres humanos cambiaron un mudo mensaje de amor. En aquel absoluto vacío y en el silencio eterno, rodeados del frío absoluto, sus miradas hablaron con cálida elocuencia. El frío sideral era tan espantoso, que a Johnny le pareció que atravesaba la delgada coraza molecular que revestía su cuerpo. Sin embargo, después de aquella mirada de Chantal se sentía capaz de arrostrar todos los fríos del espacio, tan intenso era el fuego que se había encendido en su corazón, y que competía con el espantoso ardor de la radiación solar, no atenuada ni filtrada por atmósfera alguna. En el lado de su cuerpo expuesto al sol, Johnny soportaba un calor abrasador, y en el contrarío, el frío sideral más espantoso. Sin embargo, él estaba inmune a ambos.

Muir le tocó en un brazo. Johnny le miró y vio que le indicaba con el índice la astronave. De la cúpula central de ésta parecía surgir algo, como una delgada serpiente que se dirigía hacia ellos. Con matemática precisión, el extremo del cable de remolque llegó junto a Muir, el cual lo sujetó. Indicándoselo a sus compañeros, éstos se asieron al mismo, para ser remolcados por el espacio hasta la astronave, que parecía acercarse hacia ellos, negra e impresionante. El cable surgía de una obscura escotilla redonda de unos dos metros de diámetro, por la que todos penetraron. Muir buscó a tientas en la pared, junto a la escotilla, y ésta empezó a cerrarse lentamente. A los pocos instantes Johnny percibió un siseo continuado y una luz azulada le cegó, haciéndole cerrar momentáneamente los ojos. Cuando los abrió se encontró en una estancia circular, en uno de cuyos lados empezaba a abrirse lentamente una puerta

corredera. Muir, de pie junto a ella, se quitaba el casco transparente, que Olkios ya llevaba debajo del brazo. Johnny y Chantal hicieron lo propio. Muir les invitó a penetrar en la astronave, pues aquello no era más que un *airlock* o compuerta neumática de acceso a la misma.

Johnny y Chantal se encontraron en un corredor toroidal de proporciones más reducidas y curvatura mucho más pronunciada que el de la Base, al que llegaron después de descender por la escalerilla de una especie de pozo que comunicaba con la compuerta de entrada. En realidad, se descolgaron en el corredor tubular por una abertura practicada en el «techo» del mismo, pero Johnny comprendió que las nociones de alto y bajo eran completamente relativas. La enorme astronave discoidal se hallaba animada de un movimiento de rotación, como la propia Base, pero más rápido a proporción, que creaba en ella una gravitación artificial. Al penetrar en la misma por su centro, habían tenido que «descender» hacia su periferia por un pozo radial, notando a cada peldaño como la gravedad — en realidad la fuerza centrífuga — iba siendo mayor. Así pues, un cuerpo colocado en el centro matemático de la astronave no pesaría nada en absoluto.

Johnny contempló aquel tubo curvado de tres metros de diámetro, y pensó en lo curioso que resultaba que, en aquellos mismos momentos, hubiese quizás otros hombres de *pie* como él en los «antípodas» de la astronave, apuntando con sus cabezas hacia el centro de la misma. Era exactamente lo contrario de lo que sucedía en la Tierra. A pesar de que la sensación de inmovilidad era total, la astronave ya se había lanzado en su viaje a la Luna, avanzando hacia ella no de canto, sino de plano, ya que no tenía que vencer ninguna resistencia atmosférica. Iba impelida por sus poderosos reactores iónicos, que utilizaban como masa de eyección, según tenia que saber Johnny más tarde... únicamente agua.

Muir se volvió hacia los dos terrestres:

—Johnny, Chantal, os presento al capitán Mirkios, que se halla al mando de esta astronave.

Los jóvenes estrecharon la mano de otro hombre vestido de negro, de la misma estatura que Muir. Por primera vez, Johnny empezó a reconocer rasgos personales en aquellos hombres. Desde luego, a Muir le costaría ya mucho trabajo confundirlo con otro.

—El doctor Muir me ha hablado de un café interrumpido — dijo el capitán Mirkios, sonriendo afablemente —. ¿Y si lo tomásemos aquí?

Todos sonrieron, y el capitán de la astronave les acompañó hasta su cabina, que no era más que una división del corredor tubular, provista de una mesa metálica, varios escabeles... y una humeante cafetera acompañada de varias tazas.

Mientras los cuatro recién llegados y el capitán tomaban café como si se hallasen en un bar de Brooklyn, la poderosa astronave cruzaba los espacios a una velocidad de vértigo, aproximándose cada vez más a la base lunar de donde había partido pocas horas antes.

Muir dijo:

—Entre los productos de vuestro mundo, el café es uno de los más agradables. En nuestro planeta no existen las condiciones propicias para su desarrollo. Sin embargo, tenemos otras cosas. ¿Os gustaría probar una comida marciana? Cuando lleguemos a la Base, os llevaré a cenar a un restaurante donde se sirven las mejores especialidades de nuestra cocina.

—Ofréceles un asado de *tarpoil* — intervino el capitán de la astronave —. Hay que ser un *djinn* para que no te guste el *tarpoil.*

—¿Qué es eso? — preguntó Chantal, paladeando lentamente el aromático café.

—El *tarpoil* es un animalillo de seis patas, que vosotros llamaríais un mamífero. Habita en las estepas australes de Marte. Creo que recuerda algo a vuestro pollo, pero el profesor Semenov lo encontró mucho más delicado y sabroso.

—¡Pobre profesor! — observó Chantal —. ¿Qué habrá sido de él?

—No temo por su integridad física — observó Muir —, pero sí por su salud mental. Sólo quien ha convivido con los *djinni* sabe cuan repugnantes son. Tienen dos patas más que los pobrecillos *tarpoils-*, es decir, ocho. Existen en el universo unos cuántos tipos vivientes fundamentales que permiten combinaciones casi infinitas en cuanto a tamaño, forma e inteligencia en los más distintos mundos. Para un zoólogo terrestre, los *djinni* serían gigantescos arácnidos con un metabolismo basado en el silicio en lugar del carbono. Sin embargo, presentan características reptiloides, como su piel verde y escamosa, y un gran desarrollo cerebral, que les confiere una inteligencia casi humana, aunque de signo y manifestaciones totalmente opuestos. Como ya he dicho antes, no son malos; sólo distintos. Lo que para ellos es bueno, para un terrestre puede ser mortal. La bondad o la maldad se puede apreciar únicamente entre seres de una misma especie. Por esto nosotros no sentimos odio hacia los *djinni;* únicamente queremos evitar que penetren en los mundos interiores. Fuera del anillo de asteroides tienen campo más que suficiente para sus actividades; en realidad, no desesperamos de llegar a un acuerdo con ellos para el reparto de lo que un político terrestre denominaría zonas de influencia.

—Lo que ahora ocurre es culpa de Zrill — intervino Olkios.

—¿Quién es Zrill? — preguntó Johnny.

—Zrill es el actual jefe supremo de los *djinni* — contestó Muir —. Es hijo del descubridor de los mundos interiores, el cual llevaba su mismo nombre. Este ya intentó colonizar la Tierra, pero nosotros supimos impedirlo entonces, igual que lo impediremos ahora. Existe entre los *djinni,* afortunadamente, un sector contrario a estas aventuras imperialistas, y que propugna la expansión de su raza únicamente por los mundos dotados de una atmósfera de metano.

—¡Qué interesante! ¿Verdad, Johnny? — dijo Chantal, dando un codazo al muchacho.

—La verdad, a mi esos *djinni* no me hacen la menor gracia — respondió Johnny.

—Hace bastantes años, una expedición nuestra que intentaba llegar a Plutón se perdió — dijo Muir —. Poco después, los *djinni* empezaron a dar señales de actividad. Nosotros creímos entonces que la nave exploradora fue apresada por seres procedentes de nuestra misma Galaxia — nos han visitado esporádicamente, y nunca en forma amistosa. Pero fueron los *djinni,* por lo visto, que entonces estábamos intentando civilizar, y que nos atacaron con nuestras propias armas. Sin embargo, todavía no desconfiamos de hacerles entrar en razón. La violencia es el último medio que emplearemos contra ellos.

—¿Hay otras razas en la Galaxia? — preguntó Johnny.

—Infinitas — respondió Muir —. Y por desgracia, no todas pacíficas. Nuestro Sol, ante la totalidad de la Galaxia, es como un suburbio urbano habitado únicamente por obreros. Hay en la Galaxia los barrios aristocráticos, por utilizar este símil terrestre, los barrios poblados por los ricos y los poderosos. Y éstos no somos nosotros, ciertamente. En cuanto a vosotros, no sois más que una joven raza, llena de vida y energía, que apenas ha salido de la barbarie. De todos

modos, tenemos confianza en vosotros... aunque vuestros recientes descubrimientos científicos os han deslumbrado y la técnica — vuestra rudimentaria técnica — se os ha subido a la cabeza. Aunque todo esto pasará. Son, como el sarampión, enfermedades de la infancia, que nosotros también hemos pasado hace muchísimo tiempo, hasta que comprendimos que el único progreso válido era el moral. Sólo entonces supimos dar a la técnica su verdadero lugar, inferior siempre.

—Dígame, doctor Muir, ¿se conocen también razas extragalácticas? — preguntó Chantal.

—Los soles y sus planetas son ciudades; las galaxias, islas; y el Universo es un océano infinito que ha sido surcado ya por algunos atrevidos navegantes. Pero todo se repite eternamente; las naves que abordaron en islas desconocidas hallaron los mismos paisajes y el mismo espíritu que todo lo vivifica. Bástete con saber eso, Chantal. Algún día, cuando tu raza haya llegado a la madurez, quizás te sea dado saber más.

Impresionados por el tono solemne de Muir, Chantal y Johnny guardaron silencio. Los tres hombres extraterrestres, sentados ante ellos, también permanecían mudos. Una indefinible corriente de fraternidad unía a aquellos cinco seres, surgiendo de quién sabe qué remotas profundidades del Tiempo y el Espacio. Johnny se sintió como el pariente joven e inexperto en presencia de los parientes sabios y poderosos... y tuvo el presentimiento, que arraigó profundamente en su ser, de que una misma sangre corría por las venas de los cinco. Había entre ellos algo más que una simple identidad física. Aquella raza superior era también de la estirpe de Adán.

El capitán de la nave consultó una esfera brillante que llevaba en la muñeca.

—Disculpadme, pero tengo que ir a dirigir la nave.

Levantándose, el capitán se alejó por el corredor toroidal. Quedaron solos en la reducida cabina los dos terrestres y los dos hijos de Urano.

—¿Tardaremos mucho en llegar a la Luna? — preguntó Johnny a Muir.

—Unas ocho horas terrestres —respondió éste—. Esta nave utiliza únicamente reactores iónicos. No está dotada de campo antigravitacional, como las pequeñas navecillas de exploración.

—¿Por qué?

—Porque su aplicación sólo es posible en naves de pequeñas dimensiones.

—¿Hace mucho que perteneces a la «quinta columna»? — volvió a preguntar Johnny, dirigiéndose esta vez a Chantal.

—Estás hecho un preguntón incansable — respondió ésta —. Te pasas la vida haciendo preguntas a diestro y siniestro.

—Supongo que, las primeras veces que te encontraste aquí entre nuestros amigos, tú también debías hacer preguntas.

—Sí, desde luego — admitió Chantal —. En cuanto a lo que me preguntabas, formo parte del servicio de Inteligencia marciano de la Tierra desde, noviembre del año pasado. Una compañera mía de la Universidad me «captó». Nuestra misión, aparte de suministrar informes, es preparar a la gente para el día que el encuentro se realice, y los Señores del Espacio salgan de su anonimato y su misterio.

Las horas que faltaban para la llegada a la Luna, transcurrieron para Johnny casi sin darse cuenta, sobre todo las últimas, en que Muir y Olkios le dejaron a solas con Chantal. Los dos jóvenes, muy juntos, se hallaban enfrascados en una

de esas conversaciones misteriosas que los enamorados sostienen en susurros y cogiéndose las manos, cuando entró en la cabina el doctor Muir.

Sobre la mesa se veían aún los restos del pequeño refrigerio que habían tomado los jóvenes un par de horas antes. Muir les dijo:

—Muchachos, estamos llegando. La nave ha entrado en órbita alrededor de la Luna. Si queréis acompañarme a la cabina de mando, os mostraré algo que os gustará.

CAPÍTULO VII

EN LA LUNA

El doctor Muir, seguido por Johnny y Chantal, trepó por una escalerilla que se dirigía desde la periferia de la astronave hasta su centro, donde estaban instalados los motores y la cabina de mando. En ésta, situada muy cerca del eje de rotación de la astronave, los cuerpos perdían casi totalmente su peso. Una pared de la estrecha cabina se hallaba ocupada por complicados aparatos y esferas; en las restantes paredes, había asas colocadas a intervalos, como asideros para quienes se desplazasen por ella, flotando casi en su atmósfera. «Esto es una astronave de verdad, pensó Johnny, y no las astronaves que aparecen en las novelas de fantasía científica o las que intentan construir en la Tierra.» ¡De qué manera tan sencilla y lógica, en efecto, se había resuelto el problema de la falta de gravedad para los tripulantes del aparato, mediante el corredor toroidal animado de un lento movimiento de rotación, que equivalía a la misma gravedad marciana! La forma aerodinámica, a que tan aficionados eran los diseñadores terrestres de astronaves, no tenía en realidad ninguna razón de ser para una nave destinada a moverse únicamente por el vacío interplanetario, por el que avanzaba «de plano» y girando sobre su eje a razón de siete u ocho revoluciones por minuto. En realidad, aquella nave no era más que un gigantesco cohete provisto de un motor de una potencia infinitamente superior a los reactores terrestres, rodeado de la cabina toroidal para sus tripulantes y de los planos giroscópicos estabilizadores representados por la periferia exterior del disco propiamente dicho, todo él macizo, lo cual convertía a la nave en una gigantesca peonza del espacio cósmico. Los problemas que obsesionaban desde hacía años a los astronautas terrestres, estaban allí resueltos con suprema maestría y sencillez. Era aquella una nave absolutamente funcional, donde cada parte respondía al cometido para el que había sido creada. Destinada a cruzar los espacios interestelares, aquella nave se movía con cierta dificultad en la atmósfera. Algunas veces, sin embargo, se veía obligada a descender hasta la superficie del planeta, para proveerse de agua marina, utilizada como masa de eyección durante sus cruceros cósmicos. En tal caso, navegaba horizontalmente y su cabina toroidal permanecía inmóvil. Los tripulantes, entonces veían convertirse en «suelo» donde apoyarse, no la zona más próxima al borde del disco, como durante las travesías interplanetarias, sino los puntos más bajos en relación con la vertical, variable según la inclinación del aparato y también según la brusquedad de los virajes. Los objetos del interior de la cabina se podían deslizar libremente por la circunferencia del tubo para encontrar por sí solos su posición de equilibrio, con lo que apenas se notaban dentro los cambios de posición de la nave.

El capitán de la astronave se hallaba sentado ante los mandos en un asiento parecido al del piloto de un gran avión de pasajeros. El doctor Muir indicó a Johnny una enorme pantalla televisora que se veía en la pared izquierda. En ella vio Johnny algo así como un gran cigarro plateado, colocado en posición oblicua, y a cuyo alrededor sé movían puntitos brillantes. El conjunto se destacaba sobre el impresionante fondo constituido por el espacio cósmico, tachonado de centenares de astros azules, rojos y blancos.

—Es una gran nave portadora, «fondeada» en su órbita alrededor de la Luna. Nosotros acabamos de fondear también. ¿Ves esos dos puntitos luminosos que avanzan hacia nosotros? Son dos navecillas exploradoras que nos envía la nave nodriza, para recogernos y llevarnos a nuestra base del Mare Imbrium.

«El Mare Imbrium... el Mar de las Lluvias..», pensó Johnny, notando que se le ponía involuntariamente la piel de gallina.

—¿Y la Luna, dónde está?'— preguntó ingenuamente.

Muir sonrió.

—Ahora no podemos verla. La oculta nuestra propia nave. La verás cuando salgamos afuera.

Y esto es lo que hicieron a los pocos minutos, después de despedirse del capitán Mirkios. Provistos de su videoscafo, salieron con Muir y Olkios por la compuerta neumática. En el exterior, permanecieron flotando junto al borde del enorme disco, viendo como las dos navecillas se aproximaban raudas. Volviendo la cabeza, Johnny quedó sobrecogido de espanto; un inmenso disco plateado parecía ocupar medio firmamento. Sobre él se distinguían con todo detalle grandes circos, mares lisos y sombríos, abruptas cadenas montañosas. Faltaba poco para la Luna llena, y el borde del terminador coincidía casi con el borde del satélite, que ofrecía toda su inmensa y deslumbradora superficie, de un brillo que en algunos lugares casi dañaba la vista, a los admirados ojos de los terrestres.

Las dos navecillas exploradoras estaban ya muy próximas y se agrandaban a ojos vistas. Cuando se detuvieron junto a ellos, Johnny observó con estupefacción, a través de la cúpula transparente, que estaban vacías. Poniendo en contacto su videoscafo con el de Muir, gritó: —¡Están vacías!

Muir asintió, sonriendo.

—Son teledirigidas — dijo.

—¿Y cómo entraremos en ellas? — preguntó a continuación Johnny.

—Muy sencillo. Sígueme — oyó que decía la apagada voz del doctor Muir a través del videoscafo. Si bien el sonido no se propaga en el vacío, los videoscafos puestos en contacto vibraban al unísono, permitiendo de este modo sostener conversaciones en el espacio, de un modo semejante a como hacen los buzos en el fondo del mar, juntando sus cascos de bronce.

Tomando a Johnny de la mano, el doctor Muir volvió a la escotilla o sala circular de entrada a la astronave, que había quedado abierta. Desde su interior, Johnny vio como la navecilla se acercaba lentamente, hasta que su cúpula circular se encajó *exactamente* con el orificio circular de la cámara neumática. Al propio tiempo percibió un- tenue silbido y comprendió que ésta se estaba llenando de aire. Cuando cesó el silbido, el doctor Muir se despojó del videoscafo y abrió la escotilla de la pequeña nave exploradora. Una vez él y Johnny hubieron entrado en la misma, Muir volvió a cerrar la escotilla e inmediatamente la navecilla se separó de la astronave. La operación se repitió para Olkios y Chantal con la segunda navecilla, y pronto las dos se alejaron a toda velocidad hacia la superficie de la Luna. Johnny tenía la sensación de que no eran ellos quienes caían hacia la Luna, sino ésta que subía hacia ellos. Las dos navecillas se dirigieron hacia el hemisferio septentrional de Selene, aparentemente en dirección de los grandes cráteres Arquímides, Autólico y Aristilo. En realidad, se dirigían hacia un grupo de pequeños cráteres situados en las riberas occidentales del Mare Imbrium, bastante más al norte de los tres cráteres citados, que desde la altura de algunos miles de metros a que se encontraban, parecieron a Johnny colosales circos o anfiteatros construidos por

una raza de titanes. Poco tiempo después las dos navecillas se inmovilizaron a algunos centenares de metros sobre un grupo de misteriosas cúpulas translúcidas, que se extendían sin orden ni concierto en la región de los Montes Cassini, a orillas del Mare Imbrium, cuya negra superficie, formada por polvillo basáltico, se extendía hasta perderse de vista tras el horizonte lunar, de curvatura mucho más pronunciada que el horizonte terrestre y que se unía sin transición con el negro firmamento.

—Hemos aprovechado para nuestras bases pequeños cráteres naturales ya existentes — dijo Muir — que hemos cubierto con cúpulas de energía pura. Actualmente tenemos tres bases principales en la Luna, todas ellas en el hemisferio septentrional: una, al occidente del Mare Imbrium, que contemplas en estos momentos; otra, situada en el Mare Crisium, o Mar de las Crisis, y la tercera en el Gran Circo de Aristarco. En Linneo y Platón tenemos algunos observatorios, y otros esparcidos poco más o menos en esta misma latitud.

—¿No han instalado ustedes bases en el hemisferio sur de la Luna? — preguntó Johnny.

—No, y te diré por qué. Cuando nuestras naves llegaron por primera vez a la Luna, eligieron para su aterrizaje las regiones menos fragosas y accidentadas, y éstas se encuentran precisamente en el hemisferio norte.

—¿En los grandes mares? — preguntó Johnny.

—Exactamente, en sus orillas. En el centro de los mares, corríamos el riesgo de hundirnos en ellos.

Johnny abrió desmesuradamente los ojos.

—Pero yo tenía entendido que no eran tales mares, sino llanuras sin una gota de agua.

—En efecto; pero estas llanuras están formadas por un polvillo tan fino, que te hundirías en él hasta el cuello. En realidad, incluso tenemos «embarcaciones» para navegar por ellos; ya las verás a su debido tiempo. Elegimos una zona de latitud alta y en el hemisferio norte por dos razones: en primer lugar, nuestras bases son menos visibles desde la Tierra que situadas en el ecuador, por ejemplo — y al decir esto sonrió —. Además, en esta faja reinan temperaturas más *moderadas* que en la faja ecuatorial, donde la temperatura pasa de los 100 grados centígrados durante el día, para descender a 150 bajo cero por las noches, las largas noches lunares.

— |Brrr! ¡Qué frío! — exclamó Johnny, estremeciéndose involuntariamente.

—Lo peor no es el frío, muchacho, sino el calor. Contra el frío podemos defendernos muy bien. ¡Ali! Olvidaba decirte que hemos instalado hace poco tiempo una base experimental cerca del borde oriental del hemisferio sur. Pero no es más que una prueba. ¡Mira! Olkios ya desciende.

Después de permanecer un rato inmóvil como ellos sobre la base lunar, la navecilla de Olkios y Chantal pasó del anaranjado al verde esmeralda y picó verticalmente hacia la superficie de la Luna. Muir accionó los mandos y descendió también. Las grandes cúpulas translúcidas se iban agigantando a los ojos de Johnny. Vio una veintena de ellas, de todas dimensiones, desde las que sólo medían un par de centenares de metros de diámetro, hasta cuatro enormes hemisferios de un diámetro superior a los mil quinientos metros. Hacia una de estas enormes cúpulas se dirigió la navecilla. Johnny se encogió involuntariamente en su asiento al ver crecer amenazadoramente la gigantesca cúpula, creyendo que la navecilla iba a chocar con ella. Pero cuando el choque parecía inevitable, la nave no modificó su curso y atravesó limpiamente la pared de energía, para descender luego suavemente hacia el interior de la base y posarse a pocos centímetros sobre el suelo lunar.

Maravillado, Johnny vio extenderse sobre su cabeza un gigantesco dosel ambarino, recorrido por constantes pulsaciones y ondulaciones: la cúpula de energía. La navecilla descansaba junto a la de Olkios, en el centro de una vasta plaza circular formada por edificios de paredes brillantes y de un solo piso. A su alrededor, Johnny vio ir y venir a muchos hombres, vestidos con túnicas anaranjadas sujetas a la cintura por un amplio ceñidor rojo. Llevaban unos pantalones semejantes a los de los esquiadores, de un tejido obscuro, y unas botas igualmente obscuras. Por lo visto, los ajustados maillots negros sólo los utilizaban en el espacio.

Muir abrió la escotilla y ambos saltaron al exterior. Johnny se apresuró a reunirse con Chantal y ambos se estrecharon fuertemente las manos. Nadie parecía hacerles caso. La llegada de una navecilla de exploración parecía ser algo tan vulgar y corriente como la llegada de un automóvil a la plaza de un pueblo terrestre. Sin embargo, Johnny advirtió que Muir y Olkios saludaban amistosamente con la mano a algunos conocidos. Este último se disculpó y, después de un «Luego nos veremos» se alejó en compañía de un viandante, al que sujetó afectuosamente por el brazo.

Muir contempló risueño a los dos jóvenes:

—Bienvenidos a nuestra Base selenita del Mare Imbrium. Mañana podréis visitarla detenidamente, e incluso dar un paseo por el exterior. Pero según la hora oficial de la Luna, ahora tenemos que ir a cenar. Además, debéis de estar cansados después de vuestro viaje de ocho horas. Por aquí, muchachos.

Muir les indicó una calle que arrancaba de la plaza circular. Con gran sorpresa, Chantal y Johnny vieron *parterres* con extrañas flores rojas y azules en el centro de la calzada. También observaron unos pequeños vehículos para dos personas, que se deslizaban sin producir el menor ruido a unos treinta centímetros sobre el suelo.

—Son pequeñas aplicaciones prácticas de la antigravedad — dijo sonriendo Muir —. Creo recordar que en la astronave, el capitán Mirkios os recomendó especialmente el asado de *tarpoil.* Vamos a ir al restaurante que él nos mencionó.

Los tres se detuvieron ante una mansión baja de paredes plateadas y brillantes, desprovistas de ventanas. Tenía una puerta de energía ambarina, traspuesta la cual Johnny y Chantal se encontraron en un salón acogedor, de paredes verdes, iluminación indirecta y atmósfera llena de risas y rumores de conversaciones. El centro de la pieza se hallaba ocupada por varias mesitas colocadas caprichosamente, junto a las cuales había una especie de divanes en vez de sillas. En casi todos ellos había hombres semitendidos, comiendo y charlando amigablemente. Johnny no observó la presencia de ninguna mujer, y constató que ellos tres eran los únicos que llevaban traje del espacio. Algunos hombres miraron con curiosidad a Chantal, para enfrascarse de nuevo en sus animadas conversaciones, sostenidas en una lengua incomprensible para los dos muchachos, pero muy melodiosa y aguda.

Muir les indicó una mesa libre con tres divanes. Johnny y Chantal se sentaron juntos en uno mientras Muir se recostaba en otro.

—¿No hay mujeres entre ustedes? — preguntó Chantal.

Muir sonrió.

—En general, se quedan en casa. Aunque a veces viene aquí alguna, con una misión determinada.

—¿En casa... quiere decir usted Marte? — preguntó Chantal.

Muir hizo un gesto de asentimiento.

—En casa, cuidando de nuestros hijos. Un momento. Vamos a escoger la minuta

Los dos jóvenes se dieron cuenta entonces de que, al lado de su diván, estaba de pie y en actitud respetuosa un individuo de aspecto extraordinariamente raro. De los hombros le colgaba una especie de larga hopalanda gris que se arrastraba por el suelo. Tenía la cabeza totalmente calva, su estatura era mediana y sus facciones, si bien humanas, tenían algo remoto y extraterrestre. Sus orejas, nariz y boca eran grandes, sus ojos pequeñísimos y su tez... ¡de un verde cadavérico! Con voz gutural, aquella estantigua pronunció unas palabras incomprensibles. El doctor Muir respondió en la misma lengua, y entre todas sus palabras Chantal y Johnny sólo entendieron claramente *tarpoil.* El sujeto de la hopalanda se inclinó ceremoniosamente y se alejó sin producir el menor ruido. Viendo la mirada de interrogación muda de los dos jóvenes terrestres, el doctor Muir se apresuró a explicar:

—Es un camarero *murki.* Los *murki* son una raza poco desarrollada culturalmente. Puede considerarse la raza autóctona de Marte.

—¿No son ustedes también de Marte?

Sin responder a esta pregunta, Muir prosiguió:

—Se encuentra a los *murki* en casi todos los menesteres serviles que aún subsisten. Su religión les prohibe la creación de objetos materiales. Por lo tanto, tienen vedado el camino de la ciencia y de la técnica. Sin embargo, algunos de ellos han sobresalido en la especulación pura, y el mayor poeta de Marte es un *murki.* Son una raza triste y orgullosa, muy altiva pese a desempeñar los oficios más humildes. Entre ellos y nosotros existen muy buenas relaciones, aunque las uniones entra nuestras dos razas son rarísimas, casi inexistentes, y siempre estériles.

El individuo verde regresó a los pocos instantes con una gran bandeja, en la que Chantal y Johnny vieron algunos platos de un metal que parecía oro, una botella de bellas formas semejante a una enorme gota de ámbar, y una gran fuente de la que se exhalaba un delicioso perfume.

El sirviente colocó sendos platos ante los tres comensales, y a indicación de Muir les sirvió una buena porción de asado de *tarpoil.* Junto a cada plato colocó un tenedor de dos púas y un cuchillo de bello mango cincelado. Luego llenó tres copas muy altas del licor ambarino que contenía la botella. Pero lo que más sorprendió a Johnny fue el cestillo con rebanadas de pan, de un aspecto completamente terrestre.

—¡Esto es pan! — exclamó, pinchando una rebanada con su tenedor para examinarla —. Creía que esto sería una comida marciana, doctor Muir.

—Y, en efecto, es una comida completamente marciana — repuso el interpelado, sonriendo —. No hay nada más marciano que el pan y el trigo. A nosotros nos lo debéis, hijo mío. ¿No sabes que en la Tierra nunca ha existido el trigo en estado silvestre? Fuimos nosotros quienes os lo ofrecimos, hace ya de eso mucho tiempo. En vuestra antigua literatura religiosa, por ejemplo en las *Estancias de Dzyan,* relato alegórico de los más remotos tiempos del hinduísmo, se dice, si no recuerdo mal: «Frutos y granos, desconocidos sobre la Tierra hasta entonces, fueron traídos desde otros Lokas (esferas o planetas) por los Señores de la Sabiduría, en el propio interés de los que estos regían.»

Johnny y Chantal contemplaban estupefactos al doctor Muir. Chantal tomó su copa en la mano, y exclamó:

—¡Y esta copa es de oro!... como toda la vajilla.

—En efecto, es de oro — respondió Muir —. Procede de las minas de este metal que se encuentran en el hemisferio opuesto de la Luna... donde en tiempos remotos chocó y se enterró un gigantesco meteorito formado por millones de toneladas de oro. Constituye uno de los mayores misterios del cosmos, pues su composición es por completo desusada. La mayor parte de los meteoritos son de hierro o de níquel, como vosotros sabéis.

—¡Es delicioso! — exclamó Johnny —. Me refiero al *tarpoil.* ¿Verdad, Chantal?

—Espera a que lo pruebe.

—Probad también el *shanti* — dijo el doctor Muir indicando el vaso —. El poeta *murki* que antes os he citado, lo denominó «gloria y alegría del universo, fuego del sol y fresca y ambarina claridad de las estrellas», si la memoria no me es infiel y he conseguido traducir acertadamente.

Johnny paladeó el licor translúcido y un sabor extraterrenal llenó su boca, frío y ardiente al mismo tiempo. No halló comparación posible con ninguno de los vinos o licores de la Tierra que conocía,

—Ese... ese poeta tenía razón — dijo, dejando la copa sobre la mesa —. Es... tan distinto a todo lo que conozco...

En el transcurso de aquella velada, los dos jóvenes terrestres se enteraron de muchas cosas nuevas y asombrosas para ellos. Por ejemplo, que nuestro planeta está rodeado por una potente zona de radiaciones mortales para el hombre.

—Esa zona está determinada por el campo magnético terrestre — les explicó el doctor Muir —. Está constituida por iones captados por el magnetismo terrestre, y se extiende aproximadamente desde los 400 hasta unos 40.000 kilómetros de altura sobre la superficie de la Tierra.

—¿Y cómo se las arreglan ustedes para atravesarla? — preguntó Johnny —. Ahora mismo, nosotros acabamos de hacerlo.

—Sin recibir el menor daño — añadió Chantal.

El doctor Muir sonrió.

—Existen *dos* puertas de entrada y salida: las dos regiones polares de la Tierra. En sus proximidades, la zona mortal se combea y deja dos estrechos pasos... estrechos relativamente, pues miden en su punto de menor diámetro varios centenares de kilómetros. Por allí, entran y salen nuestras astronaves, para desparramarse después sobre toda la superficie de Thulcandra.

—¿De... Thulcandra? — dijo Chantal, intrigada.

—Perdón — dijo el doctor Muir —. He empleado el nombre marciano de la Tierra, sin darme cuenta. En la lengua de los *murki,* ese nombre significa *el mundo maldito.* Parece ser que, según sus leyendas, una antigua maldición cósmica pesa sobre vuestro planeta, donde en tiempos remotísimos unos ángeles orgullosos se rebelaron contra el Señor de todos los mundos.

—¡Pero esto es sorprendente! — exclamó Johnny —. Encaja de un modo perfecto con las más antiguas tradiciones terrestres.

—¿Y... tienen los *murki* la tradición de la Caída y del Pecado Original? — preguntó Chantal.

—No — dijo rotundamente el doctor Muir, mientras su semblante asumía una expresión grave —. Esa tradición sólo existe en vuestro mundo, de entre todos los mundos que conocemos. *Algo* terrible e inaudito sucedió en la Tierra en los albores de la Humanidad... de esta Humanidad a la cual nosotros también pertenecemos.

—Ha dicho usted antes que los *murki* eran la raza autóctona de Marte. ¿Es que ustedes no lo son? — preguntó atrevidamente Johnny.

Como la vez anterior, el doctor Muir evitó contestar directamente a esta pregunta.

—Nosotros pudiéramos ser unos segundos *Ben Elohim,* que vuestra Biblia menciona: «Y los Hijos de Dios (los *Ben Elohim),* descendieron a la Tierra, y hallaron hermosas a las mujeres de los hombres y se unieron a ellas.» No queráis saber demasiado por ahora. Algún día la verdad, la extraordinaria verdad, os será revelada. Pero antes tenéis que ver y aprender mucho

Terminada la cena, el doctor Muir se brindó a acompañar a los dos muchachos a sus habitaciones.

Saliendo del salón, los condujo a una casa situada en la misma calle. Después de cruzar un vestíbulo donde varios hombres conversaban tendidos en divanes, les mostró dos puertas de energía contiguas.

—Tú habitación, Johnny; la tuya, Chantal. En el armario hallaréis ropas, por si queréis cambiaros. El lavabo está en el fondo. A los pies de la cama veréis una esfera luminosa dividida en diez porciones oscuras, de las que siempre hay una encendida. Cuando se ilumine la superior, yo pasaré a buscaros. Entre tanto, descansad.

Con estas palabras Muir se despidió de los dos jóvenes.

CAPÍTULO VIII

EL GRAN SALTO

A la hora convenida, el doctor Muir pasó a buscar a los dos jóvenes. Pese al alud de novedades y emociones que le habían caído encima, Johnny durmió como un tronco, sin que ningún sueño ni pesadilla viniese a turbar su profundo reposo. Tras vestirse su maillot sintético, Johnny y Chantal siguieron al doctor Muir hacia uno de los extremos de la base lunar.

—Iremos a pie hasta el borde del Mare Imbrium — les dijo el doctor Muir, una vez hubieron llegado ante el *airlock* o gran compuerta neumática que se abría en uno de los lados de la cúpula, que en aquel punto era de metal y no de energía. Viendo la muda expresión interrogadora de Johnny, Muir se apresuró a explicar:

—Para las salidas y entradas individuales se utiliza el tipo corriente de compuerta, pues las redes de energía pura son de tal potencia que aniquilarían a un ser vivo no protegido. Con nuestros trajes moleculares, si bien no sufriríamos gran daño, experimentaríamos un molesto choque. Tras colocarse los videoscafos transparentes, y trasponer la compuerta neumática, los tres salieron al desolado paisaje lunar exterior. Ante ellos se extendía una atormentada región pedregosa, formada por peñascos de agudas aristas y tonos blancos y grises, con algunos ocres y bermellones. Los contrastes de luz eran violentísimos, en aquel mundo sin atmósfera. Se pasaba de la luz a la sombra sin transición, sin penumbra. En el cielo lucían las esferitas azules y rojas de las estrellas, que a veces se arremolinaban formando nubes y enjambres cósmicos. El sol era un gran ojo de fuego, sin párpados, de un Polifemo gigantesco. Acostumbrado a la gravedad artificial que reinaba en la Base, Johnny fue a dar un paso y pegó un brinco fenomenal de varios metros de altura. Aquello había de enseñarle a refrenar sus impulsos cuando se hallase en un mundo de menor gravedad. En la Luna, en efecto, Johnny pesaba seis veces menos que en la Tierra. Al dar su brinco fenomenal y elevarse sobre el paisaje circundante, Johnny descubrió con asombro, a pocos centenares de metros, una superficie grisácea y lisa que se extendía hasta el curvadísimo horizonte, que parecía mucho más curvado y más próximo que el horizonte terrestre. Era el Mare Imbrium, el Mar de las Lluvias, hacia el que los tres se dirigieron dando saltos enormes, que pronto henchieron de un gozo infantil el corazón de Johnny, que se creía estar viviendo un sueño.

Los tres se detuvieron al llegar a la orilla del mar lunar. Johnny observó que aquella lisa superficie llenaba todas las entradas y recovecos de la «costa» rocosa. Cerca de ella, divisó también algunas «islas» y «escollos». Aquella materia grisácea no era agua, pero tampoco era un cuerpo sólido, según comprobó Johnny al inclinarse y hundir su mano enguantada en ella. Estaba formada por un polvillo impalpable, que se elevó ingrávido en todas direcciones cuando Johnny retiró la mano. El muchacho paseó la mirada por la superficie de aquel mar espectral, y a su pesar se estremeció. Nada como aquel mar de la Luna, absolutamente inmóvil y quieto, sin rompientes ni oleaje, evocaba la idea de la Muerte. Era el mar helado de un mundo muerto, de un

mundo que no conocía la caricia del viento, el susurro de la brisa ni la canción de los pájaros. Jamás resonaría sobre aquel mar el chillido estridente de las gaviotas, ni las olas coronadas de espuma correrían por su superficie. Involuntariamente, Johnny pensó en la Laguna Estigia, y esperó ver aparecer de un momento a otro la fatídica barca de Caronte. Pero no fue esta mitológica embarcación la que vieron sus ojos, sino otra mucho más asombrosa, oculta tras un promontorio hacia donde les condujo el doctor Muir. Este les indicó con un gesto una larga y esbelta navecilla, provista en su centro de una semicúpula de plástico transparente, dos hileras de asientos y un tablero de mandos. La esbelta nave brillaba como plata fundida bajo los rayos del sol, no atenuados por atmósfera alguna. Johnny hizo un guiño involuntario al mirarla.

Los tres humanos se acomodaron en la navecilla y Muir empuñó los mandos de la misma. Sin el menor ruido, la nave se separó de la orilla y partió hacia el este a velocidad de vértigo sobre la superficie del Mare Imbrium, rozando apenas con su quilla la materia impalpable de que estaba compuesto. Mirando hacia atrás, Johnny distinguió una gigantesca parábola formada por un chorro continuado de polvillo gris, arrojado a lo alto por los reactores de la nave, la cual avanzaba rauda y silenciosa, abriendo un surco a modo de estela en el mar selenita. Pronto el Mare Imbrium les rodeó por todas partes. Inmóvil ante los mandos, el doctor Muir seguía haciendo avanzar la nave en línea recta, virando luego al nordeste, hacia un destino desconocido. Johnny calculó que iban a una velocidad de varios cientos de kilómetros por hora, y no pudo evitar el pensar en el «Pájaro Azul» del famoso Donald Campbell, que a su lado parecería una tortuga. Aquella vertiginosa carrera por el mar de un mundo muerto en medio del silencio más absoluto sobrecogía el ánimo más templado, y hubiera hecho peligrar a la razón de mentes menos equilibradas y sanas que las de Chantal y Johnny.

De pronto Johnny observó con asombro que algo empezaba a surgir por el horizonte, precisamente en el punto hacia donde ellos se dirigían. Su corazón empezó a latir con fuerza. Tan espantosa era la velocidad de la nave y tan acentuada la curvatura del astro, que el lejano picacho rocoso, agudo como el cimborio de una catedral, se veía surgir materialmente de la superficie de aquel mar desolado. Otros picachos más bajos surgieron poco después en el horizonte, y Johnny tuvo al poco tiempo la certeza de que se dirigían hacia una enorme «isla», que se alzaba al norte del Mare Imbrium (1). La navecilla no tardó en «atracar» junto a un muelle evidentemente artificial, sobre el cual Johnny distinguió unas masas cuadradas. Saltando a tierra, el doctor Muir les condujo hacia ellas, y los jóvenes se encontraron en presencia de unos extraños vehículos con ruedas de oruga. Montando en uno de ellos, embocaron una rampa que les condujo del muelle a un estrecho camino encajonado entre fragosos riscos. Tan profunda era la garganta en algunos puntos, que reinaba la más absoluta oscuridad en ella. En tales ocasiones, Muir hacía funcionar los potentísimos faros del vehículo, que hendían las tinieblas lunares como un cegador cuchillo de luz. La carretera, de piso perfectamente liso y uniforme, serpenteaba y ascendía por las laderas del picacho más alto de la isla, cuya cumbre, según conjeturó Johnny, se hallaría a más de 2.000 metros sobre la superficie del Mare Imbrium. La cumbre del picacho se hallaba constituida por

(1) Estaban llegando a los Montes Pico, en cuya región tan inexplicables cambios han venido observando desde hace tiempo los astrónomos terrestres. (N. del A.)

una gigantesca plataforma a un lado de la cual se alineaban varias pequeñas cúpulas de energía. El centro de la misma se hallaba ocupado por una gigantesca astronave discoidal.

Acercando su casco transparente al de Johnny y poniéndolo en contacto con el mismo, el doctor Muir dijo:

—Esta es la primera base que establecimos en la Luna. A decir verdad, no hacía falta que os trajese aquí, pues podíamos partir de cualquier otro punto, pero he querido, que realizaseis este viaje para que pudieseis daros cuenta cabal de las características de vuestro satélite. La astronave que veis es la que nos ha de llevar a Marte. Dirijámonos a ella.

Traspuesta la compuerta de entrada, los tres se despojaron de sus videoscafos al hallarse en el interior de la nave. El Capitán de ésta les recibió sonriente, acompañado de algunos de sus hombres. A Johnny le pareció reconocer al capitán Mirkios.

—En efecto, es Mirkios — dijo el doctor Muir, como si hubiese leído el pensamiento de Johnny. — Nuestro amigo el capitán Mirkios, que nos llevará a Marte —. Volviéndose hacia el capitán, preguntó:

—¿Se sabe algo de Semenov?

El semblante de Mirkios se ensombreció.

—Las últimas noticias son de que los *djinni* se dirigen con él hacia el cinturón de asteroides. Sin embargo, no creemos que sea éste su destino, sino los mundos exteriores. Seis de nuestras naves han salido en su persecución.

—¿Cree usted que podrán darles alcance? — preguntó Johnny.

—Lo dudo — repuso Mirkios —. Tienes que pensar que emplean las mismas naves que nosotros, y por lo tanto lo más probable es que conserven la ventaja adquirida.

—De momento no podemos hacer otra cosa sino dirigirnos a Marte — intervino el doctor Muir.

—¿Por qué, doctor Muir? — preguntó Chantal, rompiendo el mutismo que había mantenido hasta entonces.

Volviéndose hacia la joven, el doctor Muir, repuso:

—Porque en Marte se están dando los últimos toques a lo único que puede servirnos para arrebatar al profesor de manos de los *djinni.* Confío en que podremos utilizarlo antes de que transcurra mucho tiempo.

—¿De qué se trata, doctor Muir? — preguntó Chantal.

El interpelado sonrió.

—No se puede explicar en dos palabras. Ya lo verás cuando lleguemos allí. Es algo... un aparato... que vosotros llamaríais «muy revolucionario». Puede dar al traste con nuestros medios de transporte actuales y convertir a nuestras astronaves en algo anticuado, de la noche a la mañana. Por ahora llamémoslo el «convertidor de espacio-tiempo».

El capitán Mirkios hizo un ademán invitador.

—Seguidme. He de mostraros vuestros alojamientos.

Los tres avanzaron por el corredor toroidal, que ya iba siendo familiar para Johnny. El doctor Muir carraspeó:

—Johnny;.. Chantal... — dijo, hablando mientras andaban sin mirar a los dos jóvenes —. Este viaje, que va a iniciarse inmediatamente, será muy largo... 208 días, dada la posición en que se halla actualmente Marte. Para los... pasajeros y miembros de la tripulación que no están en servicio activo, tenemos por costumbre emplear un método que hace que este viaje les parezca

extraordinariamente más corto. Es mi deber decíroslo ahora, pues colijo que vosotros dos no teníais la menor idea del mismo. Se trata de algo de uso corriente y generalizado. Es, sencillamente, la hibernación.

Johnny dio un respingo y Chantal se llevó una mano a la boca para no lanzar un grito.

—¿Hibernación? — dijo Johnny —. Yo he leído algo de eso... creo que se refería a las marmotas... o a los osos polares, no lo recuerdo bien.

El doctor Muir sonrió.

—En efecto, eso es la hibernación.

—Es algo parecido a lo que le sucedió al Rip Van Winkle del cuento, ¿eh, doctor Muir? — dijo Chantal —. El pobrecillo estuvo dormido cien años, para despertarse y ver que nadie le conocía en su aldea.

—No conozco al Rip Van Winkle ése — dijo el doctor Muir, deteniéndose y volviéndose hacia los dos jóvenes, mientras el capitán Mirkios hacía lo propio para escucharle —. Pero, en efecto, la hibernación es algo parecido. Suspender la vida vegetativa, o si lo queréis disminuir al máximo el metabolismo orgánico, por tiempo indefinido, es cosa común y corriente para nuestra ciencia. Esto se consigue gracias a bajas temperaturas y la inyección de productos adecuados, que retardan considerablemente el ritmo vital. Las pulsaciones del corazón se hacen lentísimas y espaciadas, todo el ser queda sumido en un profundo letargo, sin daño alguno para su salud. De este modo, el viaje por el espacio, los largos y monótonos meses de travesía, que tan funestos resultados podrían tener para el equilibrio mental humano, quedan suprimidos. Nuestras naves, con sus tripulantes y pasajeros en estado de hibernación, trasponen los abismos cósmicos, sólo con un reducido número de astronautas en pleno uso de sus facultades, para vigilar los instrumentos de a bordo. E incluso estos tripulantes van siendo relevados, para que el viaje les resulte más cómodo, por otros que son despertados de su letargo. Ahora que ya conocéis este método, ¿queréis someteros a él?

Johnny y Chantal cambiaron una mirada.

—¿Qué te parece, Chantal? — preguntó el muchacho.

—Hombre, verás... la perspectiva de convertirme en una marmota no me seduce particularmente. Pero siete meses de viaje encerrados en este tiovivo, tampoco me hacen mucha gracia. Mire usted, doctor Muir — añadió la joven, volviéndose hacia el marciano — yo creo que podríamos adoptar una solución intermedia. De momento, seguir bien despiertos y despabilados, para someternos a la hibernación así que empecemos a aburrirnos. ¿Qué te parece, Johnny?

—Por mi parte me parece bien. Esperemos a ver qué dice el doctor Muir.

Éste permanecía inmóvil y silencioso. Por último habló:

—Desde luego, no podemos obligaros a hibernar contra vuestra voluntad. Pero mi larga experiencia de los viajes espaciales me demuestra que éste es el mejor método. En cuanto a mi, voy a someterme a la hibernación dentro de cinco minutos. Y si mi consejo vale para algo, os diré que lo hagáis también. El Espacio es temible, y vosotros sois muy - jóvenes aún. La locura del Espacio es lo único que nuestros médicos nunca han conseguido curar. Es insidiosa; se va filtrando de un modo sutil y solapado en la mente. Puede haceros sus víctimas en muy poco tiempo. Vuestra mutua compañía os defendería algo contra ella, pero no mucho. Sólo hombres muy curtidos han conseguido realizar sin dormir artificialmente el largo viaje Tierra-Marte. Si os sometéis ahora a la hibernación, os despertaréis al llegar a nuestro destino como si sólo hubiesen transcurrido

cinco minutos desde que cerrasteis los ojos y no siete largos y tediosos meses. Habréis traspuesto sumidos en una bienhechora inconsciencia el espantoso abismo donde han naufragado tantas almas. Creedme, el Hombre no está hecho a la medida del Cosmos. La sensación de su propia pequeñez puede aniquilarlo.

Chantal, impresionada por el tono solemne del doctor Muir, musitó:

—Como usted quiera, doctor. Nos someteremos a la hibernación, ¿verdad, Johnny?

Éste asintió, con una muda inclinación de cabeza.

Johnny abrió los ojos, para ver inclinado sobro él el noble semblante del doctor Muir, que le sonreía con afabilidad. El muchacho se hallaba tendido en la caja transparente que ocupó a la salida de la Luna, y en la que había permanecido en estado de hibernación durante los siete meses que durara la travesía. A un lado, sobre el suelo, se veía la tapa, que el médico de a bordo había alzado. El cuerpo de Johnny había sido sometido de nuevo a la temperatura normal, y una oportuna inyección había anulado los efectos de las drogas letárgicas. En una caja parecida, a su lado, Chantal abría en aquellos momentos los ojos.

—Hola, Bella Durmiente — dijo Johnny, dirigiéndose a su compañera. Resultaba maravilloso no sentir sueño ni torpor alguno. A Johnny le parecía que acababa de cerrar los ojos.

—Pero han transcurrido siete meses, Johnny — dijo suavemente el doctor Muir, quien siempre parecía leer los pensamientos del muchacho. (Más tarde éste había de saber que, en efecto, los leía. El doctor Muir era telépata) —. Estamos ya en órbita alrededor de Marte. Ven a echar un vistazo.

Johnny y Chantal se levantaron y siguieron al doctor Muir. Éste les condujo hacia la sala central de mandos de la astronave, a la cual treparon por la escalerilla radial que partía del corredor. Encontraron en ella al capitán Mirkios y a sus oficiales, muy atareados ante el gran tablero de mandos.

Sin volverse apenas, el capitán Mirkios saludó con un gesto a los dos jóvenes.

—Hola, muchachos. Ya hemos llegado.

Johnny observó que el capitán Mirkios tenía el semblante demacrado y mostraba unas profundas ojeras.

El doctor Muir siguió la mirada de Johnny.

—El capitán Mirkios no se ha sometido a la hibernación durante la travesía — dijo —. Sólo los astronautas curtidos como él son capaces de soportar el tremendo salto. Ahora podrá disfrutar de un merecido reposo.

El doctor Muir se dirigió hacia Mirkios, y le dijo algo al oído. El capitán hizo un gesto de asentimiento y ordenó algo a uno de sus oficiales. Éste se dirigió a la gran pantalla televisora colocada a un lado, y oprimió un botón al píe de la misma. La pantalla se iluminó, y algo que parecía un enorme escudo rojo y que ocupaba la mitad de ella apareció ante los asombrados ojos de los terrestres.

—El disco de Marte — dijo el doctor Muir — visto sin aumento, poco más o menos desde la distancia donde gravita Fobos, su segundo satélite. En la parte inferior izquierda se ve un extremo de lo que vuestros astrónomos llaman la Gran Sirte — y sonrió maliciosamente —. Vosotros seréis los primeros terrestres que conoceréis su auténtica naturaleza. A propósito, os advierto que llegar a un mundo nuevo no es una operación tan simple como la muestran vuestros escritores de fantasía científica. La exploración completa de la Tierra, por ejemplo, nos ha requerido largos años y un acopio impresionantes de informes y datos. Si bien os visitábamos desde hace siglos, sólo últimamente — desde

1947 — hemos emprendido la exploración sistemática y por zonas de vuestro planeta. Un mundo es algo inmenso, y generalmente muy diverso. De haber creído a nuestras primeras naves, que aterrizaron en los desiertos de Arizona y Nevada, vuestro planeta era casi un mundo muerto y árido. Otras naves visitaron los hielos del Polo; otras, las selvas amazónicas; otras, la poblada Europa. Resulta pueril afirmar que se conoce un mundo el primer día que se pone la planta en él. Pese a nuestros perfeccionadísimos medios de transporte y de observación, la Tierra sigue siendo algo muy grande, muy diverso y vasto, incluso para nosotros. No podemos tragárnosla de un bocado ni abarcarla de una mirada. Algunas cosas aún nos resultan incomprensibles e inexplicables. Os advierto esto, para que no pretendáis conocer a Marte a los dos días de haber desembarcado en éL Nuestro mundo también es vario y multiforme y, sobre todo, grande y abrumador como todos los planetas —. Los tres observaron en silencio la pantalla por un rato. Muir prosiguió —: Recuerdo a este propósito una anécdota típica, que se cita con frecuencia. Una de nuestras primeras naves exploradoras abordó la Tierra por el lado del Océano Pacifico y su capitán, harto, impulsivamente mandó un informe diciendo que, según su parecer, la Tierra era un mundo exclusivamente líquido. A las doce horas tan sólo, la Tierra había girado sobre su eje, mostrando las enormes extensiones ocupadas por los continentes. Si la nave exploradora hubiese arribado entonces a la Tierra, probablemente su capitán hubiese dicho lo contrario. Recordad siempre esto; estáis en *un mundo* nuevo... y un mundo es algo casi inconmensurable.

Reinó un nuevo silencio, que fue roto otra vez por el doctor Muir:

—Y ahora seguidme. Iremos a ocupar nuestros puestos en las dos navecillas exploradoras que nos conducirán a la superficie de Marte. Habéis de saber que esta nave permanecerá fondeada en su órbita, pues no ha sido construida para los desplazamientos atmosféricos. Dentro de una hora pisaréis la superficie de mí mundo.

CAPÍTULO IX

EL CONVERTIDOR DE ESPACIOTIEMPO

El escudo rojo se iba agrandando sensiblemente. Su borde se hallaba ceñido por algo que parecía una bruma ligera, como una delgadísima corona. El disco se hacía inmenso... su superficie aparecía empañada por manchas verdosas y abolladuras grisáceas. El extremo superior derecho era una gigantesca mancha blanca. Los dos jóvenes terrestres se sentían verdaderamente abrumados. Johnny ocupaba un asiento en la navecilla exploradora que le transportaba, al lado de un oficial de la astronave. En otra navecilla iban Chantal y el doctor Muir. Pronto un halo anaranjado rodeó ambas naves, cuando éstas penetraron en las primeras capas de la atmósfera marciana. Johnny coligió que se dirigían hacia un punto situado muy cerca del Ecuador del planeta, a orillas de la Gran Sirte. De pronto el enorme disco rojo, que ya ocupaba casi todo su campo visual, pareció hundirse bajo sus pies, mientras sus bordes se levantaban en el horizonte. Era un efecto óptico familiar a los pilotos estratosféricos terrestres. El planeta se convertía en una inmensa marmita, hacia cuyo fondo caía el aparato.

Con los ojos muy abiertos y contenida la respiración, Johnny seguía el fabuloso descenso. Diríase que la navecilla descendía sobre un continente. Unas nubéculas blancas parecían arrastrarse a ras del suelo, sobre inmensas extensiones rojizas. El negro del espacio interplanetario se había convertido en un azul pálido y desvaído. Un globo brillante lucía en un extremo del horizonte... Fobos o Deimos, pensó Johnny. Pronto éste no tuvo ninguna duda de que descendían hacia un continente. Le pareció distinguir cordilleras montañosas, y hacia el lado de la Gran Sirte, una extensión azul turquesa, que en su centro brillaba con luz cegadora. Pronto se hallaron a unos cuatro o cinco mil metros de altura, y Johnny empezó a ver motas verdes sobre la extensión parduzca o rojiza.

Hacia una de aquellas motas verdes se dirigió la navecilla. La mota se fue ensanchando, y pronto pudo ver Johnny que tenía varios kilómetros de diámetro. A unos cuantos cientos de metros sobre ella vislumbró una especie de oasis en medio de un desierto de tierras rojas, limitado por cordilleras de montes bajos y erosionados. La navecilla se dirigía directamente hacia un claro del bosque, en el que Johnny creyó distinguir algunas construcciones. Trató de identificar la vegetación, pero le fue imposible hacerlo. A primera vista le parecieron coníferas, abetos, quizás. La navecilla se posó en el centro de un extenso prado verde, a un lado del cual se alzaban caprichosamente unas construcciones bajas, con pórticos de columnas y elegantes peristilos que a Johnny le recordaron la arquitectura griega. Unos hombres vestidos con túnicas azules corrieron hacia la nave.

—Estamos en Ulmia — dijo el acompañante de Johnny —. Ulmia es uno de los centros más importantes de la Confederación Central.

Diciendo estas palabras, oprimió el botón que abría la cúpula de la navecilla. Un aire fresco y cortante acarició el rostro de Johnny, como si se hallase en lo alto de un monte terrestre, a cuatro o cinco mil metros de altura. Johnny jadeó.

—Ya te acostumbrarás, muchacho — observó sonriente el piloto de la navecilla —. Eso les sucede a todos los terrestres que llegan aquí, pero sólo es momentáneo.

Johnny saltó a tierra. Se sentía ligero y feliz. Chantal había saltado de la otra navecilla. Ambos jóvenes corrieron uno al encuentro del otro, para estrecharse las manos, mientras jadeaban apresuradamente.

—Estamos en Marte, Johnny — dijo Chantal con voz entrecortada.

—Sí, Chantal... en Ulmia... de la Confederación Central...

Chantal sonrió.

—Te veo muy enterado, Johnny... Aunque yo también lo sabía.

El doctor Muir se les acercó, sonriente.

—Bienvenidos a Ulmia. ¿Veis? Se confirma lo que os decía allá arriba. Ya no estamos en Marte, sino en Ulmia. Empiezan los localismos, los particularismos y los hechos diferenciales. ¡Cuan distinta hubiera sido vuestra llegada a Marte, y la impresión que os hubierais llevado de mi mundo de haberlo efectuado solamente a cien kilómetros de aquí, en el Gran Desierto Rojo!

Les indicó con un ademán las construcciones.

—Ved. Esto es un ejemplo de lo que podríamos llamar... arquitectura civil de la Confederación Central. En el Sur construyen de modo muy diferente y si vieseis las ciudades *murki* del Noroeste de Aulia — Aulia es el continente en que nos encontramos —, seguramente vuestra sorpresa no conocería límites.

Colocándose entre ambos jóvenes, tomó a éstos del brazo y los condujo hacia uno de los edificios próximos.

—Ulmia es lo que vosotros llamaríais un centro científico, o de investigación, aunque no sea exactamente eso, pues tiene un aspecto metafísico que por lo general falta en vuestros centros de investigación pura. Vive aquí una *élite* de sabios e investigadores, el equipo que precisamente está dando los últimos toques al aparato de que os hablé a nuestra salida de la Luna...

—¿El aparato que puede permitirnos rescatar al profesor Semenov? — preguntó Chantal.

—Creo que entonces usted lo denominó «transformador de espaciotiempo» o algo parecido, ¿no es verdad? — dijo Johnny —. En realidad, me parece que hace sólo una hora y minutos que usted nos lo ha dicho... El recuerdo de nuestra salida de la Luna se mantiene vivo en mí, como si sólo hubiese transcurrido ese corto plazo.

El doctor Muir sonrió.

—Ventajas de la hibernación. Hace siete meses os hablé de un modo muy vago del «convertidor de espaciotiempo». En realidad no es un aparato, sino una serie de ellos, que permiten anular la dimensión espacial-temporal presente mediante potentes campos magnéticos, y proyectar a los objetos o seres sometidos a su influjo fuera de ella, en la dirección que se desee del Espacio (dimensión espacial; distancia en esta dimensión) y en el Tiempo (dimensión temporal, Pasado y Futuro).

—La Máquina del Tiempo de Wells — observó sonriendo Chantal.

—Algo mucho más perfeccionado — repuso el doctor Muir —. ¿Comprendéis cuál puede ser su utilidad para el caso que nos ocupa? Uno cualquiera de nosotros, o todos nosotros, podemos ser *proyectados* en el Espacio y en el Tiempo, en la dirección que se desee. De este modo, podremos anticiparnos a todas las acciones de los *djinni* y hallarnos en el lugar probable adonde éstos se dirigen, antes de su llegada. El único inconveniente que esto ofrece es que, por el momento, y según los últimos informes que poseo, el proceso es irreversible;

es decir, que aquel que sea proyectado mediante el convertidor, deberá regresar a su tiempo y a su espacio por sus propios medios, desde el punto del complejo cuatridimensional adonde haya sido enviado.

Con esto los tres llegaron ante el elegante peristilo del edificio. De pie entre las columnas, en lo alto de la escalinata, un venerable anciano de luengas barbas blancas, envuelto en lo que a Johnny le pareció una toga romana, les esperaba.

—Voy a presentaros al verdadero creador del convertidor de espaciotiempo... el doctor Krais Bion.

Los dos jóvenes saludaron tímidamente al anciano, el cual les dio la bienvenida con voz grave y musical.

—Bienvenidos a Ulmia, hijos míos. Ya estaba prevenido de vuestra llegada y de todo cuanto ha ocurrido. El profesor Semenov se contaba entre mis mejores amigos. No tuvimos ocasión de tratarnos durante mucho tiempo, pero en seguida se estableció entre nosotros una sólida amistad. A la Tierra le hacen falta hombres como Semenov, de mente amplia y corazón generoso, que sepan situarse muy por encima de las mezquinas rivalidades de clan y de partido. Ahora seguidme. Llegáis a tiempo de presenciar un experimento muy interesante.

El doctor Bion precedió a los recién llegados por el amplio vestíbulo de la mansión, decorado con pinturas al fresco que recordaban vagamente el arte cretense monoico: efebos, flores, peces y majestuosas procesiones hieráticas de sacerdotisas. Tras recorrer algunas estancias desiertas, penetraron en una especie de paraninfo en cuyos escaños se sentaban unas dos docenas de personajes, la mayoría barbudos y cubiertos de holgadas togas. Aquello le recordó a Johnny una reunión del Senado romano.

—Podéis sentaros aquí — les dijo el doctor Bion, indicándoles unos asientos libres de segunda fila —. No tardaremos ni cinco minutos en comenzar.

Los dos muchachos y el doctor Muir tomaron asiento en el lugar indicado.

El doctor Bion se dirigió al centro del hemiciclo. Entonces observó Johnny que sobre el mismo se hallaban suspendidos unos a modo de enormes reflectores planos, seis en total, de forma lenticular y de una substancia en su cara inferior parecida al vidrio opaco y brillante. Los seis convergían hacia el centro del hemiciclo, donde en aquel mismo instante se detuvo el doctor Bion, para volverse hacia la asamblea. Inmediatamente cesó en la sala todo rumor de conversación.

—¡Qué interesante! — susurró Chantal —. ¿Qué sucederá ahora, Johnny?

—¡Chitón! — ordenó en voz queda el doctor Muir, llevándose un dedo a los labios.

El doctor Bion levantó su venerable cabeza y comenzó a hablar:

—Queridos colegas, hoy me dirijo a vosotros en inglés, lengua que todos entendéis, en atención a dos distinguidos visitantes terrestres que se encuentran entre nosotros —. Johnny notó que por un instante todas las miradas convergían sobre ellos —. Hace un momento les decía que han llegado a tiempo de presenciar el resultado de nuestro primer experimento con el convertidor de espaciotiempo. En honor de nuestros visitantes, y aprovechando los cinco minutos de que aún disponemos, haré un breve resumen de las investigaciones que han permitido llegar al resultado que todos sabemos. Cuando en la Tierra, Einstein enunció su teoría del espacio curvo como consecuencia matemática de su Ley General de la relatividad, nuestros sabios ya se ocupaban de la cuestión desde hacía varias generaciones. Como todos sabéis, fue el ilustre Parmon quien- sentó las bases teóricas que nos han permitido construir prácticamente

un convertidor del espaciotiempo. En realidad, este aparato genera una fuerza que proyecta los objetos y las cosas fuera del espacio normal de tres dimensiones. Llamemos a este espacio de más de tres dimensiones el «hiperespacio». En él, los axiomas de la Geometría euclidiana, válidos para todos los mundos tridimensionales, son falsos o incompletos. ¿Cuál sería nuestra geometría, tradicionalmente basada en tres dimensiones, si pudiésemos introducir en ella una cuarta? Esto nos permite sacar conclusiones curiosísimas. Supongamos el espacio reducido a una superficie plana; en él, una circunferencia lo limitaría totalmente. Supongamos unos hipotéticos seres de dos dimensiones encerrados dentro de esta circunferencia. Si pudiésemos concederles la facultad de desplazarse hacia una tercera dimensión, se evadirían con toda facilidad del círculo que los encerraba, pasando sencillamente sobre el mismo. Un hombre encerrado entre las cuatro paredes, el techo y el piso de una mazmorra, no podrá salir de ningún modo de ella, como no sea practicando una abertura en una de las superficies que limitan su espacio de tres dimensiones. Pero concedamos a este hombre, a este prisionero, la facultad de moverse en una cuarta dimensión, y saldrá tan fácilmente de su encierro como si se tratase de saltar una línea trazada con tiza en el suelo. Un ser o un objeto que se desplace en esta cuarta dimensión se hallará completamente fuera de lo que nosotros denominamos universo; se convertirá en un ser invisible para nuestros ojos. Esta cuarta dimensión, si bien inconcebible para la mente humana, no deja por ello de tener una realidad objetiva. Llamémosle hiperespacio, cuarta dimensión o como queramos: ella existe realmente; encierra nuestro mundo de tres dimensiones como éste encierra a su vez el de dos. De todo ello, y resumiendo, nos es lícito sacar la conclusión de que el espacio de cuatro dimensiones, que implica la posibilidad de un número indefinido de universos al lado del nuestro, constituye una hipótesis matemática perfectamente legítima y aceptable. Faltaba su demostración experimental, y ello es lo que hemos conseguido aquí, tras largos años de trabajo ininterrumpido. El convertidor, concentrando potentes campos magnéticos, altera localmente la curvatura del espaciotiempo, permitiendo proyectar un cuerpo del espacio tridimensional al hiperespacio. En realidad, esta simple operación resultó relativamente sencilla desde los primeros momentos, pero se hacía de una manera desordenada. Nuestro trabajo principal ha consistido en encauzar y regular esta proyección de materia en el Espacio y en el Tiempo, y asegurarnos de que los seres vivos sometidos a ella no sufrirán daño. En los primeros experimentos hicimos desaparecer cantidades considerables de conejillos y ratones, que ahora andarán perdidos por las más remotas y extrañas regiones del Tiempo y el Espacio. Hace unas semanas tan sólo, conseguimos realizar el primer experimento controlado con un conejillo, al que enviamos a un lugar del Espacio y del Tiempo fijado de antemano por nosotros y que luego pudimos verificar, y ahora — el doctor Bion dirigió la mirada a una esfera fosforescente y numerada que se hallaba en el fondo de la pieza — vamos a comprobar si ha tenido éxito el primer experimento realizado con un ser humano. — El doctor Bion miró a los dos jóvenes terrestres, como si se dirigiese especialmente a ellos —. Hace dos días, amigos míos, un joven voluntario se sometió a los efectos del convertidor espaciotiempo. Ajustamos el aparato de modo que lo proyectase al futuro, pero a dos días solamente. El lugar elegido del espacio fue la puerta de entrada de esta sala... allí donde mi dedo señala ahora.

El majestuoso anciano levantó la diestra, y su índice apuntó hacia la puerta de entrada del edificio. Todos los presentes miraron en la dirección señalada, hacia la puerta abierta y vacía.

De pronto sucedió algo que hizo abrir desmesuradamente los ojos a Johnny. Donde dos segundos antes no había nada, se materializó una figura humana... un joven moreno vestido con una túnica verde, que miró muy sorprendido a los presentes, empezando acto seguido a descender las gradas del hemiciclo en dirección al doctor Bion. Una estruendosa salva de aclamaciones y aplausos resonó en el anfiteatro. El doctor Bion, sonriente, levantó la mano reclamando silencio. El joven aparecido subió con paso ágil al centro del hemiciclo, y se volvió hacia los reunidos, de pie al lado del doctor Bion. Este volvió a tomar la palabra:

—Queridos colegas, como veis el experimento ha sido un completo éxito. Tenemos aquí, sano y salvo, al valiente joven que hace dos días se prestó a esta prueba, de extraordinario interés científico. Voy a pedirle ahora que nos relate sus impresiones. — El doctor Bion estrechó afectuosamente las manos del joven, y le preguntó: — ¿Qué sentiste al someterte a los efectos del campo magnético?

—Nada en absoluto, doctor Bion. Creo poder afirmar que el efecto ha sido instantáneo. Me encontraba aquí, y de repente me he encontrado en la puerta. Eso es todo.

—¿No has tenido la sensación del paso del Tiempo o del desplazamiento en el Espacio?

—Nada en absoluto, doctor Bion. ¿Pero, es que han transcurrido realmente esos dos días?

—Ya lo creo, hijo mío. — Volviéndose a la asamblea, el doctor Bion prosiguió —: Eso demuestra, a mi entender, que en el hiperespacio se anulan las nociones corrientes de Espacio y Tiempo.

—Pero, ¿dónde he estado entonces, profesor?

—Aunque yo pudiera explicártelo (y no puedo), tú no podrías concebirlo. Bástenos con saber que el paso al hiperespacio no es peligroso para un ser humano.

De pronto el joven lanzó un grito.

—¿Qué es esto, profesor? — exclamó, mirándose a la mano izquierda —. Yo antes tenía una cicatriz muy visible en esta mano, y ahora ha desaparecido.

Con la mayor calma, el doctor Bion le dijo:

—Examina tu mano derecha, hijo mío.

El joven obedeció, y exclamó estupefacto:

—La cicatriz... la tengo ahora en la mano derecha...

—Busca ahora tu corazón — le ordenó el doctor Bion.

El joven se llevó una mano al pecho, y se puso intensamente pálido.

—No noto sus latidos, profesor.

—Busca en el lado derecho, hijo mío.

Lentamente, el joven llevó la mano al lado derecho, y su cabeza hizo lentos gestos de asentimiento.

—Sí... aquí está... — balbució con voz ronca.

Volviéndose hacia la asamblea, que guardaba un silencio de muerte, el doctor Bion dijo con voz grave:

—Amigos míos, este es el único efecto apreciable del paso por el hiperespacio. Este hombre se ha convertido en el negativo de sí mismo, en su propia imagen reflejada al otro lado del espejo. Un nuevo paso por el hiperespacio lo devolvería a su condición normal. — Volviéndose hacia los dos jóvenes

terrestres, el doctor Bion dijo: — Precisamente fue un pensador de vuestro planeta, el matemático Newcomb, quien a fines del siglo XIX enunció por primera vez esta posibilidad. Hasta el último de los átomos del cuerpo de este joven ha sido vuelto del revés, por decirlo en términos vulgares, sin que ello haya afectado en absoluto a su integridad orgánica. No ha hecho más que pasar «al otro lado del espejo».

El joven parecía querer decir algo y tendió su mano izquierda hacia el doctor Bion.

—Ahora que usted lo ha dicho, doctor Bion, ya estoy más tranquilo, pero me doy cuenta de que me he convertido en un zurdo, por decirlo de algún modo. ¿Sería posible que me enviasen de nuevo al hiperespacio? Eso de sentirme el corazón en el lado derecho me pone nervioso.

En la sala resonaron algunas carcajadas. El doctor Bion, sonriente, hizo un gesto de asentimiento.

—Creo que no habrá ningún inconveniente. Te enviaremos a., mañana a esta misma hora. ¿Te parece bien?

El joven hizo un gesto de asentimiento. El doctor Bion prosiguió:

—Colócate ahí, en el centro del hemiciclo, bajo las lentes generadoras del campo.

El joven obedeció, mientras el doctor Bion se apartaba hacia un lado. Johnny vio que se dirigía hacia un ángulo del hemiciclo, donde había un tablero de mandos que hasta entonces le había pasado desapercibido. El anciano realizó algunos ajustes, haciendo girar varios botones, y luego oprimió uno de ellos. Sin que se oyese el menor ruido, el joven desapareció instantáneamente.

El doctor Bion regresó al centro del hemiciclo.

—El experimento ha sido concluyente, amigos míos. Actualmente, nuestro convertidor se halla preparado para mandar seres y objetos a distancias verdaderamente fabulosas, tanto en el Espacio como en el Tiempo. Sin embargo, subsiste una dificultad, ante la cual nuestra ciencia se ha visto impotente: los viajes al hiperespacio son irreversibles; es decir, que un ser enviado a un futuro o a un pasado muy lejanos debe permanecer en ellos para siempre. Lo mismo se aplica al Espacio. Cuando el futuro y el espacio son próximos, los regresos son posibles, pero siempre que el sujeto se valga de sus propios medios para hacerlo. En cuanto al pasado, por próximo que sea, no hay regreso posible... por ahora. Ya sabéis que estamos trabajando asiduamente en la resolución de este magno problema. Algún día podremos regresar también del Pasado. — El anciano hizo una pausa, y volvió a mirar de nuevo hacia los jóvenes —. Poco podíamos imaginar, mis queridos colegas, que el convertidor de espaciotiempo se iba a utilizar, apenas terminado, para una misión del mayor interés para todos. Como habréis podido ver, se halla entre nosotros el doctor Muir acompañado de dos jóvenes terrestres, pertenecientes al reducido grupo de amigos nuestros que tenemos en su planeta. Su visita se debe al hecho infausto que todos conocéis y que nos ha apenado tan profundamente: el rapto por los *djinni* del profesor Alexis Semenov, ese ilustre hijo de la Tierra, esa mente preclara, ese espíritu privilegiado que honra verdaderamente a su planeta. Se va a utilizar el convertidor para enviar a algunos voluntarios al punto de destino probable de sus captores, lo que nos permitirá anticiparnos a sus acciones y desbaratarlas. Sin embargo, el procedimiento ofrece enormes peligros, que no quiero ocultaros. En principio, y puesto que el convertidor no cubre más que un campo de espacio tridimensional de unos pocos metros cúbicos, se ha pensado en enviar una navecilla exploradora del tipo más pequeño con dos tripulantes solamente. Estos y la navecilla serían proyectados

al lugar designado de antemano por el mando de nuestras Patrullas de Vigilancia Espacial. Sin embargo, no hay prisa por el momento, pues los *djinni* viajan en naves corrientes, que aún tardarán algunos meses en llegar a su punto de destino. Se podrán enviar tantas navecillas exploradoras como se desee, pero sólo una cada vez. Dentro de pocos días, esta sala estará habilitada para ello. Cuando el Mando lo considere necesario, comenzarán los envíos de hombres y aparatos. Según tengo entendido, se trata de organizar una expedición reducida pero selecta, formada por hombres aguerridos y armados hasta los dientes. Nuestros amigos terrestres la llamarían un comando, ¿no es eso?

Johnny estaba maravillado. La ciencia terrestre, al lado de lo que habían visto sus ojos, era física recreativa. Con las anteriores palabras el doctor Bion terminó su discurso, y descendió del estrado para dirigirse hacia el doctor Muir y los jóvenes. Los demás espectadores se fueron levantando y abandonaron el hemiciclo solos o en grupos.

Entonces comenzó para los dos jóvenes terrestres una existencia de ensueño en Ulmia. Ocuparon con el doctor Muir un elegante pabellón situado en el lindero del bosque. Con gran sorpresa. Johnny observó que éste estaba formado por abetos

—Son abetos, efectivamente — les explicó el doctor Muir —. Fueron traídos aquí desde la Tierra. Es uno de los pocos vegetales terrestres que se ha podido aclimatar en Marte. Antes esto eran extensiones áridas y desiertas, pero desde hace varios siglos han surgido por doquiera estos oasis.

Paseaban los tres por el bosque. Hacía varios meses que vivían en Ulmia, y en ese plazo de tiempo habían aprendido infinidad de cosas sobre Marte. Una de ellas era que el ambiente de los oasis era más bien un remedo de la vida terrestre.

—No conoceréis a Marte hasta haber estado en territorio *murki* — les dijo el doctor Muir —. Tal vez algún día vayamos allí.

Siguieron caminando en silencio. El bosque se aclaraba por momentos, y entre los árboles se divisaban ya las rojizas arenas del desierto marciano. Johnny y Chantal vestían túnicas escarlata, y a pesar de que era mediodía, notaban en sus caras un aire frío y cortante. El doctor Muir carraspeó. Johnny ya había aprendido a conocer aquéllo como una señal de que se avecinaban revelaciones importantes.

—El Mando ha fijado la salida de las primeras naves por el hiperespacio para dentro de dos días, Johnny — dijo el doctor Muir sin ambages, yéndose al grano como era su costumbre —. Irán treinta hombres en quince naves. Se ha dejado libre un lugar por si hay... algún voluntario.

—¿Qué quiere usted decir, doctor Muir? — preguntó Chantal, alarmada —. No irá usted a indicar que ese voluntario tiene que ser Johnny.

—Precisamente es eso lo que quería decir. — El doctor Muir levantó la mano, para acallar los comentarios de los dos jóvenes —. Un momento. Quiero recordarles únicamente que el profesor Semenov es un terrestre. Según la ética de la Tierra, como según la ética de Marte o de cualquier mundo donde haya hombres, yo creo que en esa expedición debe figurar al menos un terrestre. Y no creo a nadie más indicado que Johnny.

El aludido estaba verdaderamente entusiasmado. No así Chantal, que se puso muy enfurruñada.

—Su idea no me hace maldita la gracia, doctor Muir. Y no me parece correcto disponer así de las vidas ajenas.

—Repito que se trata de una cuestión de ética, Chantal — dijo el doctor Muir —. Y sé, por haber sondeado su pensamiento, que Johnny acariciaba en secreto ese anhelo. ¿No es verdad, Johnny? Johnny se sonrojó y sólo supo balbucir:

—Pues yo... sí... claro... me gustaría...

Chantal se encogió de hombros.

—Como vosotros queráis. Aunque lo comprendo muy bien. Esta es una de las pocas ocasiones en que me gustaría ser hombre.

Y se enjugó una furtiva lágrima que asomaba en el rabillo del ojo.

CAPÍTULO X

EN LOS MUNDOS EXTERIORES

El Mando — o más exactamente lo que un terrestre llamaría Servicios de Inteligencia marcianos — había fijado, con un margen de error de un dos por ciento, el punto de destino de las astronaves *djinni,* así como la fecha de su llegada al mismo. El punto de destino de los *djinni* era Titán, la mayor de las nueve lunas de Saturno, poseedor de una atmósfera de metano y patria de origen de los monstruosos arácnidos inteligentes. Titán, el mayor satélite de todo el sistema solar, era un verdadero mundo, pues su diámetro era incluso superior al de la Luna. En resumen, este era el plan ideado por el Mando para el rescate del profesor Semenov: Unas horas antes de la llegada a Titán de la astronave que transportaba al sabio terrestre, la fuerza expedicionaria se materializaría, saliendo del hiperespacio, en un punto situado a varios cientos de kilómetros sobre la superficie de Titán. Su misión sería entonces interceptar a la nave o naves raptaras, rescatar al profesor y regresar a la Tierra en una de las naves marcianas, que seguían desde hacía meses a las *djinni.* Sólo en caso de extrema necesidad se aterrizaría en la superficie del satélite, que se consideraría territorio hostil. Se había pensado antes en interceptar a las naves raptoras durante su ruta por el Espacio, pero este plan fue descartado por ofrecer un gran margen de error, ya que el convertidor de espacio-tiempo aún no reunía las condiciones requeridas de precisión para una operación de esta naturaleza. Conocidas las órbitas de Saturno y sus satélites, resultaba mucho más fácil enviar a la fuerza expedicionaria directamente a Titán, en vez de hacerlo a un hipotético punto del Espacio por donde debían pasar las naves *djinni,* que podían alterar su velocidad y su rumbo a voluntad. Y aun así, cabía el llegar demasiado pronto o demasiado tarde. Como margen prudente de espera, se eligieron veinticuatro horas terrestres.

El gran anfiteatro donde se hallaban instaladas las lentes del convertidor de espaciotiempo se había habilitado para recibir y expedir las navecillas tripuladas. Se construyó una gran rampa desde la puerta de entrada hasta el centro del hemiciclo. La puerta se había ensanchado considerablemente, para dar paso a las navecillas. Estas descenderían una a una y con lentitud por la rampa, con la ayuda de cables y rodillos metálicos, ya que en las cercanías del convertidor no podían utilizar su propio campo magnético antigravitatorio. Cuando cada una de las navecillas hubiese ocupado su lugar bajo el convertidor, montarían en ella sus dos tripulantes, completamente armados y pertrechados, para ser expedidos a su lejanísimo punto de destino.

Vistiendo su ajustadísimo maillot negro, Johnny esperaba que le llegase el turno de montar en su nave, que ocuparía con el propio doctor Muir. Pese a su flema imperturbable, el muchacho estaba algo nervioso, aunque procuraba ocultar su estado de ánimo a Chantal que, muy pálida y silenciosa, permanecía a su lado contemplando el lento pero ininterrumpido descenso de navecillas por la rampa y la brusca desaparición de las mismas y sus tripulantes al sufrir los efectos del convertidor.

—Otra más — murmuro Chantal —. Ya van trece. Prepárate, Johnny.

El muchacho y el doctor Muir, que había sido nombrado jefe de la expedición, iban en la última.

Johnny oprimió fuertemente las manos de Chantal, cubiertas de un sudor helado, y besó sus fríos labios.

—Adiós, Chantal. No te enamores de un *murki* durante mi ausencia.

—Te seré fiel, Johnny. Aún sigo prefiriendo a los terrestres.

Chantal se esforzó por sonreír, pero sólo hizo una lamentable mueca.

—Vamos, Johnny — dijo el doctor Muir, muy sereno.

Haciendo un último gesto de adiós, Johnny se dirigió con paso resuelto hacia la navecilla, la última de la serie, colocada ya bajo las grandes lentes. El doctor Bion, de pie ante el tablero de mandos del convertidor y con el dedo puesto sobre el botón correspondiente del mismo, esperaba a que los dos tripulantes de la navecilla ocupasen su lugar en ésta. Veinticuatro rostros graves y expectantes contemplaban la escena. Johnny se metió en la cúpula, el doctor Muir cerró el dosel transparente y el joven miró por última vez la carita pálida y seria de Chantal, que levantaba desmañadamente una mano, en un último gesto de despedida.

El doctor Bion se dispuso a hacer funcionar el convertidor.

La carita de Chantal se convirtió de pronto en un sol minúsculo y pálido, y el hemiciclo de Ulmia en el inmenso espacio cósmico, tachonado de miriadas de astros sobre un fondo de un negro aterciopelado.

—Mira, Johnny — dijo quedamente el doctor Muir, sentado de espaldas al muchacho ante los mandos de la navecilla. Johnny se fue volviendo lentamente y vio, flotando a su alrededor, las catorce navecillas que les habían precedido en el prodigioso salto. Pero lo que más le sobrecogió fue la visión de un gigantesco astro, de un tamaño aparente cuatro veces superior al de la Luna, que gravitaba en el espacio ceñido por un colosal anillo, que en aquel momento se les presentaba casi de canto.

—Saturno — dijo el doctor Muir —. Asómate un poco por tu derecha, Johnny.

El joven obedeció, para hallarse contemplando un inmenso disco azulado, en el que se veían brillar grandes manchas blancas.

—Titán, hijo mío — dijo el doctor Muir —. Como podrás observar, aquí hay mucha menos luz que en Marte. Nos hallamos muy lejos del Sol, junto al segundo de los Mundos Exteriores.

En efecto, pensó Johnny, allí había mucha menos luz que en Marte. El negro del espacio interplanetario se hacía allí más absoluto y amenazador. Pese a su sangre fría, no pudo evitar un estremecimiento. La voz del doctor Muir rompió de nuevo aquel terrible silencio:

—Nos hallamos sobre el lado de Titán que mira hacia el Sol, o sea en el punto más indicado para interceptar a los raptores del profesor Semenov, que forzosamente tienen que pasar por aquí. Nuestro ultrarradar está ya funcionando, y nos advertirá instantáneamente de su proximidad. Entre tanto, voy a comunicar con cada una de las otras naves.

Las restantes navecillas comunicaron hallarse sin novedad, y la reducida flotilla permaneció anclada en el espacio, en espera de los *djinni.* Así fueron transcurriendo lentamente las horas. Johnny no se cansaba de contemplar aquel maravilloso espectáculo. Habían ingerido ya dos veces extractos alimenticios, cuando el doctor Muir observó:

—Han transcurrido ya veinticuatro horas, y las pantallas no acusan la presencia de naves. Seguiremos esperando.

Fueron transcurriendo las horas, lentas, monótonas, amedrentadoras. El silencio sólo se interrumpía por los breves diálogos que sostenían los dos tripulantes de la navecilla. Johnny examinaba de vez en cuando su escogido arsenal, formado por armas de una potencia como no podría soñar ningún terrestre, y cuyo manejo le había enseñado Muir durante las semanas de espera en Marte. El arma más eficaz, en opinión de Johnny, era un rayo paralizador que suspendía por un tiempo determinado las funciones vitales, sin matar a sus víctimas. Los bondadosos marcianos utilizaban casi exclusivamente aquella arma, de preferencia a las que tenían efectos mortíferos, que, según órdenes de Muir, sólo debían ser empleadas *in extremis.* Cada una de las navecillas transportaba además el equipo y el instrumental necesarios para forzar las compuertas más resistentes, aunque el plan de Muir consistía en paralizar en primer lugar a los ocupantes de todas las naves *djinni.*

—Han transcurrido ya treinta y seis horas desde que estamos aquí, y los *djinni* no vienen — murmuró el doctor Muir —. Las órdenes del mando son de esperar hasta cuarenta y ocho horas. Después de este lapso de tiempo, se me permite tomar, la iniciativa de las operaciones.

Transcurrieron las cuarenta y ocho horas, y veinticuatro más, sin que se registrase el más leve cambio en la situación. De no haber estado aquella expedición formada por la flor y nata de la astronáutica marciana, aquella espera se hubiera hecho insoportable. Pese a su flema, Johnny empezaba a estar cansado. Fue entonces cuando el doctor Muir dijo:

—Ahora ya no hay duda. Un retraso tan considerable no puede tener más que una explicación, conocida la velocidad y el rumbo probable de las naves.

—¿Cuál, doctor Muir?

—Que éstas han llegado ya, quizás pocos momentos antes de que nosotros nos materializásemos.

—¿Y qué plan vamos a seguir ahora?

—Lo vas a oír inmediatamente.

El doctor Muir habló quedamente por el micrófono que le mantenía en comunicación permanente con las restantes navecillas:

—Atención, naves exploradoras. Os habla Muir, desde la nave capitana. Es casi seguro que los *djinni* han llegado a Titán antes que nosotros. Por lo tanto, adoptaremos este plan: nos desplegaremos en abanico y descenderemos hacia Titán para cubrir toda la superficie del satélite, de polo a polo del mismo. De este modo daremos una vuelta completa a Titán, convenientemente espaciados, y aquel de nosotros que primero descubra algo sospechoso, lo comunicará a los demás. Propongo una altura de 200 kilómetros sobre la superficie del astro. Enviaremos por delante y a ras de suelo, como de costumbre en estos casos, los ojos telecaptores.

Las quince navecillas picaron hacia la superficie de Titán en un vertiginoso descenso, mientras se alejaban unas de otras. Pronto se colocaron en la formación ordenada, que las mantenía separadas entre sí varios centenares de kilómetros. Titán empezó a ser barrido metódicamente de Este a Oeste. En la pantalla televisora de la navecilla Johnny empezó a ver extrañas cosas: desoladoras superficies cubiertas de hielo, rotas únicamente por las negras aristas de peñascos que parecían monstruos deformes... paisajes de pesadilla, bañados por una luz mortecina... imponentes cordilleras que se alzaban sobre un cielo azul pálido... pero ni el menor rastro de vida ni de vegetación... Aquello parecía un mundo muerto.

De esta manera las quince navecillas dieron la vuelta a Titán, para regresar al punto de partida sin que ninguna de ellas hubiese descubierto nada. El doctor Muir parecía algo preocupado.

—Daremos otra vuelta modificando ligeramente nuestras posiciones. Voy a comunicarlo así al resto de la flotilla.

Aproximadamente a la mitad de la segunda vuelta, una de las navecillas, que sobrevolaba el hemisferio septentrional de Titán, comunicó haber descubierto algo.

—Es la entrada de una inmensa caverna — comunicó el piloto de la nave — que se abre en la pared de un acantilado. En el fondo de la caverna hemos distinguido un resplandor rojizo.

El doctor Muir ordenó a todas las naves que se dirigiesen hacia aquel punto. La flotilla se reunió sobre el lugar indicado, y Muir ordenó el descenso. Pronto todos vieron la entrada de la gran caverna *sin* ayuda de los ojos telecaptores. En su interior, en efecto, se percibía un resplandor rojizo.

Las quince naves se posaron en semicírculo en el suelo, a la entrada de la enorme oquedad. El doctor Muir ordenó a todos los hombres que se pusiesen el videoscafo y saltasen al exterior, debidamente armados. Dejando a cuatro hombres de guardia junto a las naves, el doctor Muir y los restantes se dirigieron hacia la boca de la caverna. Al entrar en ella, observaron que el piso rocoso e irregular cedía el paso a un pavimento liso y compacto, evidentemente artificial. A los pocos instantes comprendieron la causa del resplandor rojizo que tanto les había intrigado. Procedía de una enorme astronave discoidal incandescente, posada en el suelo. Aquellas grandes astronaves no estaban hechas para el vuelo por la atmósfera, y probablemente su roce con la atmósfera de metano y amoníaco de Titán la había puesto en aquel estado. Ello demostraba, por otra parte, que la astronave había llegado allí hacía muy poco tiempo, quizás tan sólo minutos, pues la pérdida calórica por irradiación era muy considerable en aquel mundo helado.

Para aquella ocasión, los videoscafos de los expedicionarios habían sido provistos de pequeñas emisoras-receptoras individuales. El doctor Muir ordenó la máxima precaución a todos, mientras rodeaban la astronave para dirigirse al fondo! de la caverna. Johnny, como los demás expedicionarios, empuñaba fuertemente en la mano izquierda — no hay que olvidar que todos habían sido *invertidos* — el proyector de rayos paralizadores, mientras que de su cinto pendía la mortífera arma atómica a la que sólo debía apelar como último medio.

La caverna era inmensa, y tras la primera astronave descubrieron otras seis. Pero éstas, a diferencia de la primera, no estaban incandescentes. Eran únicamente gigantescas siluetas oblongas, apenas discenibles en aquella penumbra.

—Se trata, sin duda, de la flotilla que andamos buscando — dijo el doctor Muir por medio de la radio a sus compañeros —. En cuanto a la primera, debe acabar de llegar de alguna otra misión.

Al tiempo que pronunciaba estas palabras, el doctor Muir encendió el proyector que llevaba colgado sobre el pecho, y ordenó a dos de sus hombres que hiciesen lo propio, pues la oscuridad era casi total en el fondo de la caverna.

Los *djinni* tenían numerosas bases como aquélla esparcidas por todo el satélite. Sólo el hecho casual de que una astronave acabase de llegar, permitió que aquélla fuese localizada. Pero el doctor Muir se equivocaba al suponer que las otras seis naves eran las que ellos iban buscando...

La caverna se terminaba bruscamente por un muro. El doctor Muir tanteó su lisa y bruñida superficie, sin encontrar el menor resquicio. Entonces empezó a seguirlo hacia el lado izquierdo, ordenando a cinco de sus hombres que hiciesen lo propio por el otro lado. De este modo Muir y Johnny llegaron sin novedad al punto donde el muro se unía con la pared de roca. Fue entonces cuando una excitada voz resonó en el interior del videoscafo de Johnny:

—¡Por aquí, pronto! ¡Vengan todos! He encontrado una entrada por el lado derecho.

Todos corrieron hacia el lugar indicado. El grupo de cinco hombres que Muir había enviado hacia el otro lado de la caverna se hallaba reunido ante un orificio circular de unos dos metros de diámetro, que se abría en el muro liso, muy cerca de donde éste se unía con la pared de roca. El doctor Muir se adelantó e iluminó con su lámpara el interior del orificio. Este daba acceso a un túnel cilíndrico de paredes mate, que penetraba en línea recta en el muro para torcer bruscamente a la izquierda a los pocos metros. Parecía el interior de una alcantarilla moderna o la tubería de un *pipeline.*

—Recordad que nos enfrentamos con arañas, no con hombres — murmuró el doctor Muir —. A mucha menor escala, éste sería el acceso del nido de una araña terrestre, por ejemplo.

Como corroboración a estas palabras, algo largo y peludo asomó por el recodo del túnel. Los hombres más próximos a la entrada se hicieron atrás instintivamente. Unas enormes patas de araña se hicieron visibles, seguidas a los pocos instantes por una diabólica cabeza verde, en la que brillaban docenas de malignos ojillos. El doctor Muir encañonó rápidamente la criatura con su arma paralizadora, y el gigantesco arácnido se desplomó entre sus ocho patas, casi obstruyendo con su enorme cuerpo verde y escamoso la entrada del orificio.

—Retiradlo de ahí — ordenó el doctor Muir a sus hombres.

Seis de éstos se adelantaron y, sujetando al monstruo por sus velludas patas, provistas de garfios en sus extremos, lo sacaron a rastras del orificio. Por primera vez en su vida, Johnny pudo contemplar de cerca la espantosa fealdad de un *djinn.* Aunque sabía que el monstruo estaba paralizado y por lo tanto era completamente inofensivo, se apartó de él con repugnancia mezclada de temor. Aquella hirsuta cabeza de araña ocultaba un cerebro inteligente, capaz de manejar astronaves y de elaborar planes de conquista. Uno de los hombres tocó con la punta del pie la fláccida panza del monstruo, que yacía como un odre repleto a medias sobre el pavimento.

—Vamos — ordenó el doctor Muir —. Hay que entrar por ahí.

Uniendo la acción a la palabra, entró el primero, seguido por Johnny y los restantes hombres. Después de doblar a la izquierda, el corredor tubular continuaba en línea recta unos veinte metros, para torcer nuevamente hacia la derecha y descender en una inclinación de unos cuarenta y cinco grados hacia las entrañas de Titán. De este modo avanzaron por espacio de dos horas, en un descenso ininterrumpido que debería llevarles a gran profundidad bajo la superficie del satélite de Saturno. En su camino tuvieron que utilizar dos veces más sus armas paralizadoras, para hacer frente a otros dos *djinni,* que al parecer descendían por el túnel, y a los que dieron alcance. De pronto se encontraron en un ensanchamiento de la galería, una especie de plaza esférica, en la que se abrían a intervalos regulares seis orificios que sin duda daban paso a otros tantos corredores tubulares. Los seis orificios estaban colocados en el mismo plano horizontal. El doctor Muir ordenó a sus hombres que se detuviesen.

—Tú, Johnny, te quedarás conmigo. Los demás os dividiréis en seis grupos de cuatro y penetraréis por los túneles. Nosotros esperaremos aquí a recibir vuestras noticias por radio.

Los seis grupos desaparecieron por los negros orificios. Transcurrido un cuarto de hora, Muir empezó a recibir llamadas casi simultáneas de los seis grupos. Las llamadas denotaban gran exaltación, y poco más o menos estaban todas concebidas en estos términos:

«¡Atención, doctor Muir! ¡Atención! [Nos encontramos en una gran caverna, poblada por centenares de *djinni,* que se abalanzan sobre nosotros! ¿Qué hacemos?»

«¡Retroceded inmediatamente, paralizando antes a todos los *djinni* que os sea posible!» — les ordenó Muir por su transmisor individual.

—Por lo visto — dijo, volviéndose hacia Johnny — los *djinni* habitan en inmensas ciudades subterráneas bajo la superficie de Titán, y ahora hemos dado con una de ellas.

—¿Poseen armas? — le preguntó Johnny.

—Las mismas que nosotros, excepto el rayo paralizador. Afortunadamente supimos detener a tiempo nuestra equivocada política colonial antes de entregarles esta arma.

—Esto quiere decir que poseen armas atómicas...

—Por desgracia, sí. Y, a diferencia de nosotros, no dudan en utilizarlas. Creo que lo más prudente será emprender la retirada hacia la superficie del astro, y huir luego a escape hacia el espacio exterior.

—¿Y el profesor Semenov? — preguntó Johnny.

—Habiendo perdido ya la ventaja de la sorpresa, que hubiera compensado nuestra inferioridad numérica, creo que podemos dar la partida por perdida, pues no podríamos resistir un ataque concertado por parte de una cantidad tan abrumadora de *djinni* armados. Pero vamos a poner en práctica un plan que nos permitirá escapar. Tú te quedarás aquí, Johnny, en espera de los hombres que regresan por los seis corredores. Entre tanto, yo me adelantaré hacia la salida, para apoderarme de una astronave *djinni* e inutilizar las seis restantes, para evitar que de momento nos persigan en ellas. Asimismo, inutilizaré nuestras quince navecillas de exploración, antes de que caigan en manos del enemigo, con ayuda de los cuatro hombres de guardia.

Con estas palabras el doctor Muir partió a escape por el corredor de entrada, mientras Johnny permanecía de pie en el centro de la cámara esférica, empuñando nerviosamente su proyector de rayos y contemplando con ansiedad las negras bocas de las restantes galerías. Estas pronto empezaron a vomitar hombres. Algunos de los grupos venían completos; otros, reducidos a la mitad o a un solo hombre; tres grupos no regresaron. Muchos hombres venían heridos, mostrando terribles desgarrones o quemaduras atómicas. Dos de ellos cayeron exánimes en el fondo de la cámara esférica, viéndose obligados sus compañeros a recogerlos y a cargar con ellos en la retirada.

Pisando los talones a los últimos fugitivos, docenas de peludos monstruos que empuñaban tubos brillantes en sus garras brotaron de las galerías. Muchos de ellos cayeron al fondo de la sala esférica, paralizados por los poderosos rayos de los que se habían quedado a cubrir la retirada de los hombres que ya ascendían a toda prisa por el tubo de entrada. Pero, saltando por encima de los cuerpos de los *djinni* caídos, docenas y docenas de dantescas arañas verdes corrieron en pos de los supervivientes. Varios de éstos cayeron para no levantarse más durante aquella huida de pesadilla, fulminados por las armas atómicas de los *djinni.* Una docena escasa de supervivientes, entre los que se

contaba Johnny, salieron por fin a la gran caverna, donde ya les esperaba el doctor Muir.

—¡Pronto! ¡Apresuraos! — les gritó el doctor Muir por el transmisor —. ¡La astronave está a punto!

Todos corrieron hacia el enorme disco, para penetrar en tropel por la escotilla abierta, que se cerró inmediatamente tras el último hombre. En aquel mismo instante empezaron a brotar *djinni* por la boca del túnel. La astronave se levantó silenciosamente a medio metro de altura sobre el suelo, para ladearse y girar en un lentísimo movimiento de peonza. Recorrió entonces su enorme ala circular un fulgor anaranjado, que se trocó al instante en una serie de irisaciones que la rodearon como un halo, y la máquina extraterrestre dio un enorme salto para partir rauda hacia la boca de la caverna, mientras los enjambres de *djinni* se desparramaban por su interior, dirigiéndose a las restantes astronaves posadas en el suelo, que el doctor Muir ya había inutilizado.

La astronave que transportaba a los supervivientes de la atrevida incursión se elevaba vertiginosamente hacia las capas superiores de la atmósfera de Titán. Todos los hombres conservaban los videoscafos puestos, pues en el interior de la astronave existía una atmósfera irrespirable. Sentado ante los mandos, el doctor Muir conducía con pulso seguro el enorme ingenio, de un tipo casi idéntico al que ellos mismos utilizaban. Uno de sus hombres había ocupado el puesto destinado al observador, ante la gigantesca pantalla de radar. De pronto aquel hambre lanzó un grito por el transmisor:

—¡Seis astronaves vienen hacia nosotros!

El doctor Muir se volvió hacia él.

—Algo debe de haber fallado en los cálculos — dijo con calma —. Sin duda esas seis astronaves son las que estábamos esperando.

CAPÍTULO XI

LAS EXEQUIAS

La nave apresada ostentaba en su cúpula la enseña de Djinn: una horrenda máscara cuyo significado ningún hombre descubrió jamás. Esto dio una leve esperanza de éxito al doctor Muir.

—¿Cómo estamos de armamento? — preguntó al hombre que hacía las veces de su segundo.

—Además del gran proyector paralizador de su navecilla, que hemos conseguido traer a bordo, tenemos catorce proyectores individuales y otras tantas armas atómicas del mismo tipo.

—Montad inmediatamente el gran paralizador — ordenó el doctor Muir —. Voy a dirigirme al encuentro de esas naves.

El gran proyector de rayos paralizadores podía atravesar los blindajes más gruesos. El doctor Muir confiaba en poder realizar un ataque de flanco, que pillase de refilón a las seis naves *djinni,* cuyos tripulantes resultarían paralizados uno tras otro.

Del mismo modo como ellos habían detectado la presencia de las seis naves, éstas habían observado la proximidad de la suya. En la pantalla de la televisión de las seis, aparecía la nave pilotada por el doctor Muir mostrando claramente la enseña imperial de Djinn. Docenas de diabólicos ojillos prismáticos contemplaban perplejos aquella aparición de una de sus naves, que parecía salir a darles la bienvenida. De pronto la nave se desplazó vertiginosamente a un lado, como si quisiera apartarse del camino que iba a recorrer la formación en V de los seis discos.

Pero a los pocos instantes la nave del doctor Muir se abatía como un rayo sobre las naves *djinni,* enfilándolas una tras otra con los rayos invisibles de su paralizador. La flotilla continuó su curso, como si aparentemente nada hubiese sucedido, pero en su interior los monstruosos arácnidos yacían inertes, con el furor y la sorpresa hirviendo en sus impotentes cerebros. Con una hábil maniobra, el doctor Muir se colocó en el centro mismo de la formación *djinn.* Utilizando sus armas atómicas de pequeño calibre a modo de reactores individuales, seis de sus hombres se desplazaron por el espacio para dirigirse a las astronaves reducidas a la impotencia. Cada uno de ellos llevaba el instrumental adecuado para forzar la escotilla de entrada. La operación fue relativamente breve. Uno de los hombres comunicó excitadamente por radio que había descubierto al profesor Semenov. Inmediatamente, el doctor Muir le envió a otro hombre provisto de un videoscafo de repuesto y un completo traje negro para el espacio.

A los diez minutos los dos hombres regresaban, sosteniendo entre ambos un inerte muñeco con la cabeza encerrada en la esfera transparente de un videoscafo. Johnny se quedó horrorizado al ver los ojos hundidos y las demacradas facciones del profesor, que al parecer se hallaba inconsciente. El doctor Muir ya había enviado a otros dos hombres para apoderarse del equipo generador de oxígeno que había mantenido vivo hasta entonces al profesor, y que se proponía instalar en su propia nave.

A la media hora escasa, ésta se alejaba definitivamente de Titán, a tiempo que el generador de oxígeno empezaba a funcionar y la ponzoñosa atmósfera de metano iba siendo sustituida poco a poco por aire respirable. Transcurrida media hora más, los hombres pudieron despojarse ya de sus videoscafos. Johnny y el médico de la expedición, que por fortuna había resultado ileso, se inclinaron ansiosamente sobre el exánime profesor Semenov, que entonces empezaba a abrir los ojos. El médico no ocultaba su pesimismo.

_—Este hombre tiene vida para muy poco tiempo; unas horas quizás. Más que su cuerpo, es su alma la que ha sido destrozada. El sondeo telepático de su mente me ha mostrado abismos de horror, que el espíritu humano puede difícilmente concebir.

E1 profesor paseaba de unos a otros su mirada extraviada.

—Dónde... dónde estoy... sois hombres... no es posible... Esto es un sueño...

Jadeaba entrecortadamente y su rostro se hallaba cubierto de sudor. Su frente ardía a consecuencia de una fiebre elevadísima.

—Este desgraciado ha permanecido casi un año en poder de los odiosos *djinni.* Desde luego, hay para volverse loco — murmuró el doctor Muir.

—Le encontré encerrado en una cámara dotada de una atmósfera de aire — observó el hombre que lo había rescatado —. Uno de los lados de esta cámara era transparente, para que los *djinni* pudiesen observarle. El profesor yacía inconsciente en el centro de la cámara, en medio de su propia inmundicia.

—Es espantoso — susurró Johnny —. ¿Y cómo consiguió sacarlo usted de allí sin que sucumbiese bajo los efectos de la atmósfera de metano?

—La cámara tenía una compuerta neumática de tipo corriente. Fue muy sencillo entrar y ponerle el videoscafo.

Se hallaban todos en el corredor toroidal, datado ya de gravitación artificial gracias a la fuerza centrífuga. Uno de los hombres descendió por la escalerilla del techo, que conducía a la cabina de mando.

—Nuestra pantalla acaba de señalar seis naves más, doctor Muir — dijo sin poder ocultar su excitación.

Los ojos del doctor Muir brillaron,

—Que intenten comunicar con ellas en seguida — dijo.

—¿Cree usted que...?

—Tienen que ser ellas. Las que seguían a las astronaves *djinni* desde más allá de la órbita de la Luna.

En efecto, se trataba de aquellas naves. A los pocos instantes, las siete se dirigían en formación hacia el cinturón de asteroides, abandonando las desoladas y tenebrosas regiones de los Mundos Exteriores.

Durante el larguísimo viaje de regreso, el estado del profesor Semenov no hizo más que empeorar. Pese a todos los cuidados que se le prodigaron, murió a los dos meses de travesía, sin haber recobrado ni un solo instante el conocimiento ni haber salido de su febril delirio. Cuando la astronave llegó por fin a Marte, el que en vida fuera el ilustre profesor Semenov, gloria de la ciencia terrestre, no era más que una pobre momia reseca que apenas pesaría una docena de kilos. Marte conocía ya al detalle toda aquella odisea desde hacía muchos meses, pues las comunicaciones por radio con el planeta habían podido restablecerse a poco de abandonar Titán. Una numerosísima flotilla de pequeñas naves exploradoras esperaba a las siete grandes astronaves, cuando éstas se colocaron en su órbita prevista alrededor del planeta rojo. En una de aquellas navecillas fueron bajados a tierra los restos del profesor Semenov. En otra descendieron el doctor Muir y Johnny, el cual no tardaba en pisar los

verdes prados de Ulmia... donde ya le esperaba Chantal. Los dos jóvenes se fundieron en estrecho abrazo.

—¡Ya no creía volver a verte más, Johnny! — exclamó la llorosa Chantal, riendo a pesar de sus lágrimas.

—Hacen falta muchos *djinni* para acabar conmigo, Chantal — repuso Johnny, que se sentía todo un héroe —. ¡Lástima que haya muerto él profesor Semenov!

—Ha muerto por vosotros, muchachos — dijo el doctor Muir, que se había acercado a tiempo de oír estas últimas palabras —. Ha muerto por todos los terrestres, por defender una causa noble y grande. Mañana Marte entero le rendirá un postrer tributo.

En el centro de la gran explanada central de Ulmia, frente al edificio que albergaba el convertidor de espaciotiempo, se alzaba el catafalco mortuorio del profesor Alexis Semenov: Una gran pirámide truncada, con sus lados orientados hacia los cuatro puntos cardinales. Tendido en un féretro de cristal y rodeado de flores terrestres y marcianas, el profesor Semenov parecía contemplar con sus muertos ojos la inmensa bóveda azul del cielo. A los pies de la pirámide se alzaba un estrado, en el que se sentaban el doctor Bion, el doctor Muir, Johnny, Chantal y los veinticuatro sabios de Ulmia. Era una mañana radiante; una fresca mañana marciana, llena del aroma de los abetos. Unas cuantas nubéculas blancas cruzaban el cielo. De los cuatro puntos cardinales fueron afluyendo gentes, en ordenada procesión: del Norte descendieron los verdes *murki,* hieráticos y altivos, cubiertos con sus largas hopalandas y con sus peladas cabezas inclinadas tristemente; del Sur subieron los pequeños pueblos de la estepa, hombrecillos peludos y de cortos brazos, que avanzaban dando saltitos y contemplándolo todo con sus grandes ojos admirados de niños. Del Este y del Oeste llegaron caravanas de hombres y mujeres vestidos con túnicas de colores; Johnny observó rubias doncellas junto a esbeltos jóvenes morenos de gran estatura. Todos acudieron con sus ofrendas a los pies de la pirámide: los *murki* amontonaron en el suelo las doradas mieses que habían recolectado en sus campos, junto con grandes ánforas repletas del ambarino *shanti;* los pigmeos del Sur dejaron docenas de *tarpoil* gruñidores que llevaban al hombro, con sus seis patas atadas; los hombres y mujeres del Este y del Oeste ofrecieron al muerto cestas repletas de frutos de la Tierra, desde doradas naranjas hasta fragantes manzanas.

Cuando aquella ceremonia tocó a su fin y las gentes venidas de los cuatro puntos cardinales se retiraron a respetuosa distancia de la pirámide, para encerrar a ésta en un inmenso cuadrilátero vivo, el doctor Bion se levantó para hablar. Su voz, transportada en alas del viento por docenas de amplificadores, resonó poderosa en medio del silencio total:

—[Hombres de la Tierra y de Marte, pueblos *murki* del Norte y vosotros, laboriosos pueblos del Sur! Con vuestras ofrendas diversas de flores y frutos, habéis honrado la memoria del que fue gran amigo de todos, sin distinción de razas, credos ni colores: de Alexis Semenov, hijo de la Tierra, pero que en su generoso corazón abrazaba a todos aquellos que pertenecen a la estirpe del Hombre. Al vivir muy por encima de su época, ésta le condenó al ostracismo espiritual y a la incomprensión de que son víctimas todos los grandes precursores. El fue el primero que creyó firmemente en nuestra existencia y en nuestros amistosos propósitos hacia el género humano. Él fue el primer espíritu clarividente que, por el hecho de ser grande, supo también ser humilde e inclinarse ante poderes más altos. La Ciencia oficial de su tiempo,

roída por el pecado de la soberbia, lo tachó de impostor, pues la aceptación de sus revelaciones hubiera significado un duro golpe para el orgullo de los engreídos y petulantes que, espiritualmente, siguen viviendo en tiempos de Tolomeo y haciendo de la Tierra el centro de todo el Universo... sin comprender, los muy necios, que sólo en la humildad están la sabiduría y la grandeza. Grande fue aquel sabio terrestre que reconoció que «sólo sabía que no sabía nada». Grandes han sido todos aquéllos que, desde Copérnico a Semenov, se han inclinado ante la realidad inevitable de los hechos, y no han tratado de deformarlos para satisfacer su egocentrismo. Ulmia, centro espiritual e intelectual de Marte, capital de la Confederación Central de pueblos libres de Aulia, rinde el postrer tributo de admiración a este hombre ejemplar y modesto, que fue el primero en tener la valentía de decir públicamente *yo creo,* jugándose al hacer esta afirmación todo su inmenso prestigio científico, ganado en una vida de trabajo duro y agotador. Pero la semilla ha fructificado: docenas de terrestres están hoy a nuestro lado, como estos dos jóvenes — y al decir esto se volvió hacia Johnny y Chantal — que hoy nos acompañan. Poco a poco, la Gran Idea se irá abriendo paso, y aquellos versos clarividentes de Virgilio se harán realidad: «Ya una nueva progenie desciende del cielo...». «Ya se acerca la última Edad profetizada por la Sibila». En todas las épocas, la Humanidad ha tenido voces aisladas que han predicho este encuentro, que no es más que un regreso... Grandes misterios se encierran en los arcanos del Tiempo. Lo que ayer fue mito, mañana será realidad, y viceversa. Toca a su fin una Era para la Humanidad, y nosotros somos los heraldos de la nueva. Entre tanto hay que preparar a los pocos elegidos, a los escasos grupos de iniciados esparcidos por todo el planeta. Éstos prepararán el advenimiento de la Sexta Era, tras las cinco que hasta ahora ha conocido la Humanidad terrestre. Estamos sólo en los comienzos de su Sexto Avatar; conviene ir preparando a los hombres para el gran acontecimiento, convenciéndoles ante todo de nuestras pacíficas intenciones. Sólo su bien deseamos; somos el hermano mayor y con más experiencia, que quiere únicamente el bien del hermano menor, díscolo y turbulento. Pero las locuras de juventud tocarán a su fin, y una nueva Era de paz y serenidad, una nueva Edad de Oro reinará otra vez sobre la Tierra. Así sea.

Erais Bion tomó asiento, recogiendo los majestuosos pliegues de su toga, mientras de millares de gargantas se elevaba el armonioso himno a las Esferas de la Creación.

CAPÍTULO XII

«E PUR SI MUOVE...»

Las dos navecillas exploradoras que habían transportado a Chantal y Johnny a la superficie de la Tierra se alejaron raudas, hasta convertirse en dos puntitos brillantes y por último desaparecieron. Los dos muchachos contemplaron la mansa superficie del mar y, tomándose de la mano, empezaron a andar en silencio por la playa. La noche era estrellada y cálida; de lo lejos llegaba el rasgueo de una guitarra y una voz quejumbrosa que cantaba. Las siluetas de las palmeras se recortaban inmóviles sobre el cielo de un azul oscuro, sobre el cielo casi tropical de Florida. Johnny sabía que se hallaban **a** muy poca distancia de Cabo Cañaveral, de donde había salido hacía más de dos años para verse envuelto en la más fabulosa de las aventuras. Vestía de nuevo sus ropas de *marine,* que el doctor Muir le había devuelto, junto con su chapa de identificación militar. Chantal era otra vez una joven estudiante, con su falda escocesa y su blusa blanca. Formaban una pareja de lo más vulgar y anodino, y esto es lo que pensó el soldado que les dio el alto a la entrada del campo de pruebas de Cabo Cañaveral.

—Por aquí no se puede pasar, muchachos — les dijo el fornido MP, sin molestarse siquiera en apuntarles con el rifle.

—Tengo que ver a los jefes del campo — dijo aburridamente Johnny, como si cumpliese una formalidad ineludible.

—¿A los qué? — preguntó estupefacto el soldado —. Anda, mocoso, lárgate tú y tu novia, y déjame en paz.

—Diles tan sólo que Johnny Brown, *marine* de primera clase, desea verles.

—¡Ni que fueses un general! Ya te estás largando, o te atizo con el rifle — y el MP hizo un ademán amenazador.

Johnny empezaba a perder la paciencia.

—Mira, cabeza dura, que vas a conseguir ponerme nervioso. Te pido como un favor especial que les pases únicamente esto.

Y se descolgó del cuello la chapa de identificación.

El MP la tomó con gesto receloso, sin apartar la mirada de Johnny.

—A ver si resultará que sois espías... Esto no me gusta nada. No os mováis de aquí u os abraso.

Encañonó a los dos jóvenes con el rifle, que sostenía con una mano, y con la otra se llevó un silbato a los labios.

Al oír el estridente pitido, otros dos soldados acudieron corriendo. El MP pasó la chapa a uno de ellos.

—Mire usted, sargento, haga el favor de llevar esta chapa al jefe. Me la ha dado este tipo. Yo le mantendré encañonado a él y a su dama mientras la superioridad decide lo que se debe hacer.

El sargento contempló con suspicacia a la pareja, y se alejó sin pronunciar palabra en compañía del otro soldado.

Apenas habían transcurrido diez minutos, cuando del interior del campo llegó un *jeep* a velocidad de vértigo. Iba ocupado por el chófer y el sargento de marras. Éste venía con semblante muy excitado.

—¡Atiza, Dick!—exclamó dirigiéndose al MP—. Parece que se trata de algo muy gordo. Tengo órdenes de conducir inmediatamente a este tipo y a la chica al mismísimo Estado Mayor.

Al MP casi se le cayó el fusil al suelo de la sorpresa. Johnny pasó ante él sin dignarse ni mirarlo, y montó con Chantal en el *jeep,* que se alejó como una exhalación, haciendo chirriar los neumáticos al tomar las curvas.

Los dos muchachos fueron introducidos en el moderno edificio prefabricado donde se albergaba el Estado Mayor. Una docena de altos jefes se hallaban reunidos en una espaciosa sala de juntas, brillantemente iluminada. Habían sido convocados a toda prisa al conocerse que se había presentado un soldado trayendo la auténtica chapa de identificación del *marine* Johnny Brown, desaparecido tan misteriosamente hacía más de dos años y reemplazado, en el lugar que ocupaba en el primer satélite tripulado norteamericano, por la perra *Troika.* Pero la sorpresa de los reunidos subió de punto cuando reconocieron sin lugar a dudas al propio Johnny Brown, vistiendo el mismo uniforme con que fue enviado a la ionosfera.

Todos le contemplaron en silencio y casi aterrados. El teniente coronel John L. Curtiss fue el primero en romper aquel amedrentador silencio:

—¿Pe... pero eres tú... verdaderamente tú... Johnny Brown?

—A sus órdenes, señor — repuso el muchacho, cuadrándose militarmente, pero sin que pudiese borrar la expresión de hastío de su semblante.

—¿Y... esa... muchacha? — preguntó el teniente coronel Curtiss.

—Es Chantal, mi esposa. Nos casamos hace ocho meses en Marte, según el rito *murki.*

—¿En... Marte? — exclamó estupefacto el teniente coronel Curtiss, al tiempo que se le caía el cigarrillo que sostenía en la mano izquierda.

—Es allí donde he estado hasta ahora, señor, salvo un viaje a las cercanías de Saturno y una estancia de un día en la Luna.

Entonces, como si se hubiese roto un hechizo, todos los reunidos salieron de su inmovilidad y se abalanzaron sobre Johnny, acribillándolo materialmente a preguntas. Al cabo de seis horas las preguntas aún no habían cesado. El pobre Johnny yacía medio tumbado en un sofá, con la guerrera desabrochada, los ojos abotargados y los cabellos revueltos, respondiendo con voz ronca al chaparrón de preguntas. Chantal, sentada a su lado, le sostenía una mano entre las suyas. Por la ventana abierta entraban las primeras luces del alba.

A partir de aquel día comenzó para los dos jóvenes una existencia de pesadilla. En realidad, se convirtieron en dos prisioneros del Estado; se les asignó una zona de Cabo Cañaveral que no podían abandonar bajo ningún pretexto, y tenían guardia de vista permanente, día y noche. Se les consideraba como rehenes valiosísimos para la seguridad nacional; fueron reiteradamente psicoanalizados, sondeados y careados, hasta que sus declaraciones no dejaron de ofrecer la menor duda. Los altos jefes militares de los Estados Unidos tuvieron por último que rendirse a la evidencia, pero, como ya era de esperar, no dieron ningún paso en ningún sentido, limitándose a poner en práctica su acostumbrada política de «wait and see», que es también una versión de la política del avestruz. Transcurridos varios meses, empezaron a cansarse de aquel juego, y un día Johnny y Chantal recibieron la visita, en su encierro, de dos altos funcionarios del FBI.

—Parece que por fin van a dejaros tranquilos, muchachos — les dijo uno de los dos hombres, un sujeto corpulento y rubicundo, tocado con sombrero flexible y que lucía una chillona corbata de colores —. Os traigo esto.

Y tendió a los dos muchachos una documentación completa a nombre de Donald E. Ozab y Pauline Lesage.

Los dos jóvenes estaban sentados muy juntos en el diván de su alojamiento. Sus facciones eran macilentas, ambos habían perdido mucho peso y su expresión denotaba los largos meses de tortura mental a que se habían visto sometidos.

—Con estos papeles podréis empezar una nueva vida. El marino Johnny Brown ha desaparecido para siempre. Y os recomiendo que no tratéis de resucitarlo, pues podríais pasarlo mal. Ya sabéis lo que les sucede a los que saben demasiado. Y aquí tenéis también unos miles de dólares, para ir tirando.

Y con estas palabras, los dos hombres del FBI abandonaron la habitación, dejando la puerta abierta, tras la que ya no montaba la guardia ningún soldado...

Pocos meses después de esto, conocí en Idaho a Donald E. Ozab, un joven mecánico que había montado hacía poco tiempo un taller para reparación de motocicletas. Me fue simpático, y no sé cómo le invité a tomar unas copas. La conversación derivó hacia temas del espado, y de pronto Ozab se puso a hablar atropelladamente, diciendo que iba a hacerme revelaciones sensacionales. A la hora de cerrar, el dueño del establecimiento vino a rogamos que nos fuésemos, pero la conversación continuó en casa de Ozab — de Brown, si hemos de creerle — donde conocí a Pauline — o a Chantal, de ser cierto todo cuanto me contaron.

Y lo que me contaron es lo que tú has leído» amigo lector. De ser cierto, nos hallamos en el umbral de acontecimientos fabulosos. Pues yo estoy seguro de que Ozab no mentía, y de que era verdaderamente el marino Johnny Brown, que fue lanzado a los espacios, vivió en Marte y regresó a: la Tierra con el mensaje de otro mundo…

SOSIA

El Dr. Horimichi se incorporó penosamente.

—Es inútil — dijo, moviendo la cabeza con lentitud —. Este hombre ha muerto.

Todos miraron consternados el cuerpo inmóvil del astrogator, extendido en la estrecha litera metálica. Kane, el capitán de la astronave, carraspeó ligeramente. Todos se volvieron hacia él. Kane siempre carraspeaba cuando quería decir algo.

—Bates, ¿tiene usted sus últimas coordenadas?

El flaco y cetrino segundo oficial se adelantó solícito.

—Sí, señor; como de costumbre, él me las iba pasando a medida que las tomaba. Pero de nada nos servirán.

Hizo una pausa. Todos le miraron en silencio, esperando que prosiguiese.

—Como usted ya sabe, señor, Hopkins — y señaló con el dedo el cadáver — estaba completamente desorientado desde hacía catorce horas. Todos sus cálculos fallaban, y terminó confesándome, con lágrimas en los ojos y sollozando, que estábamos completamente perdidos. Fue entonces cuando cometió la tremenda equivocación, presa de una crisis nerviosa.

—Sí, ya sé que usted no pudo evitar que se suicidase — comentó fríamente el capitán.

—¡Yo no podía hacer nada, señor! — protestó vivamente Bates —. ¿Cómo iba a saber yo que llevaba encima una cápsula de cianuro?

—Bien, eso ahora no nos interesa — dijo con sequedad el capitán Kane —. Le he pedido a usted si tenía la última posición de Hopkins.

—¡Pero le repito que de nada nos servirá, señor! — protestó Bates —. Es falsa, como todas las anteriores en catorce horas.

—Usted démela y déjese de comentarios. Quiero ver si consigo descubrir la causa del error.

Los cuatro hombres reunidos en la pequeña cabina de la astronave se miraron, sombríos. Horimichi, el pequeño biólogo japonés, era el que mostraba mayor impasibilidad en su rostro achatado. Bates miraba ceñudo a Kane, y a un lado, el joven Booth, el geólogo, se mordisqueaba nerviosamente la uña del pulgar.

Se encontraban a más de cien años-luz de la Tierra, en la primera expedición galáctica organizada por el hombre. La maravillosa nave utilizaba una aplicación práctica de la teoría einsteniana del espacio curvo, que le permitía reducir la dimensión tiempo a unidades increíblemente pequeñas. Aquel viaje sólo había durado unos días, según el cómputo terrestre... Claro que todo era una ilusión. Y ahora se hallaban perdidos en el seno de la Galaxia.

El geólogo intervino tímidamente:

—Si usted me permite, señor...

—Diga, Booth.

—Hace un momento he mirado por el portillo de babor, y he creído ver el extremo este del Cisne. ¿No es ahí donde deberíamos estar, según el plan del viaje?

—Zapatero, a tus zapatos — contestó el capitán Kane —. Cisne quedó atrás hace dos días. Ahora tendríamos que estar dirigiéndonos hacia Lira.

—Perdón, señor — dijo confuso el joven geólogo —. Lo dije con ánimo de ayudar.

Saliendo de la cabina sin dirigir una sola mirada al cuerpo inmóvil de Hopkins, el capitán Kane se dirigió hacia la cúpula de observación seguido de Bates. El joven Booth lanzó un suspiro y miró al pequeño japonés. Éste le dirigió una mirada de simpatía con sus ojos oblicuos, y sonrió.

—No se preocupe, Mr. Booth — dijo —. El capitán Kane es muy bueno, y nos sacará de ésta.

—Ojalá — dijo Booth —. No me gustaría estar vagando eternamente entre las estrellas.

—Ni a mí tampoco — dijo sonriente Horimichi —. Además, tengo que volver a Yokohama a terminar un estudio muy importante sobre biología comparada. Pero venga ahora conmigo a mi camarote. Le invito a una taza de café. ¿Acepta? El geólogo asintió, agradecido.

En la cúpula, Kane estaba inclinado sobre las hojas atiborradas de cálculos que le había dado Bates. Indicó con el dedo un punto.

—Hasta aquí, todo iba bien, ¿no es eso? —En efecto, señor — repuso Bates —. Aquí comenzamos a perdernos.

—Justamente en un cambio de campo, ¿eh? Lo que me suponía. Parece como si hubiésemos *caído* en otro espacio, en lugar del que se deduce de estas coordenadas.

—Así es, Capitán.

—Y mire usted fuera de la cúpula. ¿Qué me dice de este cielo?

—Absolutamente desconocido, señor — replicó Bates —. No veo una sola constelación que me sea familiar.

—Viajar entre las estrellas no es tan fácil come ellos se figuraban — murmuró Kane entre dientes.

—¿Decía usted algo, señor?

—Nada. Sólo que esto es el Mar de los Sargazos y nosotros vamos en una carabela de Cristóbal Colón. ¿Conoce usted la fábula griega de Escila y Caribdis?

—No, señor.

—Tanto mejor para usted. Si la navegación estelar prospera, tendremos que crearle una mitología adecuada... pues estamos todavía en los tiempos mitológicos, Bates. Nos movemos por un *Mare Incognitum,* por un *Oceanum Tenebrosum,* amigo.

Bates ya sabía que el capitán era muy aficionado a soltar latinajos, pero no le pareció aquél el momento más apropiado.

—Lo peor es que ha fallado también el cerebro electrónico — dijo Bates —. Hopkins se limitaba a comprobar los cálculos que éste le iba dando, y ajustándolos a las tablas de astrogación. No lo entiendo, señor.

—Aún tenemos mucho que aprender, Bates —. El capitán hablaba sin dejar de repasar cuidadosamente las hojas de cálculos —. Los vikingos descubrieron América, pero Colón se llevó la gloria de ello. Ojalá no nos corresponda hacer el papel de vikingos... Pero al menos... Esta coordenada es falsa... pero al menos... comprendo que se suicidase... ellos volvieron.

Enderezándose, dijo:

—Bates, llame a los demás. Ahora mismo.

—Sí, señor.

Bates oprimió un botón en el tablero de mandos, y se encendió una luz verde en el mismo.

—Avisados, señor.

A los dos minutos, Horimichi y el joven Booth se encaramaban a la cúpula.

—A la orden, señor — dijo Booth.

El japonés permaneció silencioso, escrutando a Kane tras los cristales de sus gruesas gafas con montura de carey sintético.

Kane carraspeó:

—Señores, estamos perdidos —. Hizo una pausa. Se hubiera oído caer un alfiler —. Así como suena: perdidos. Por una causa desconocida — recuerden que estamos en los comienzos de la navegación estelar, y el espacio está lleno de enigmas y asechanzas aún ignoradas — hemos perdido totalmente el rumbo previsto, y ahora nos movemos por un espacio completamente desconocido. De nada serviría tratar de volver *atrás,* porque aquí, las nociones de arriba y abajo, atrás y adelante, han dejado de tener valor. Sin embargo — y levantó una mano temiendo posibles objeciones — nada nos amenaza por el momento. Esta nave, como ustedes saben, está equipada con ultrarradar, que la gobierna automáticamente, evitando toda colisión con cuerpos celestes con mucha antelación. Aún en el caso improbable de que todos nosotros permaneciésemos inconscientes o muertos, la nave seguiría navegando... exactamente durante seis meses, con toda normalidad. Pero el inconveniente es el aire, señores; el oxígeno comprimido sólo alcanzará a un máximo de cuatro meses y medio. Y no podemos malgastarlo en una búsqueda inútil; hay que pensar en el retorno.

Con la lengua reseca, Booth preguntó:

—¿Y qué propone usted, capitán Kane?

—Descender a un planeta. Aproximarnos a la estrella amarilla más próxima y que resulte más parecida a nuestro Sol, y buscar entre sus probables planetas el que se parezca más a nuestra Tierra. Una vez en un planeta con aire, recargaremos los depósitos de oxígeno vacíos y estudiaremos la situación con más calma. Entre tanto, la nave no consumirá combustible inútilmente. La muerte de Hopkins, desde luego — el Capitán tenía el rostro ensombrecido — ha complicado bastante las cosas. Pero creo poseer los suficientes conocimientos de astrogación para devolver la nave a la Tierra, si consigo encontrar un punto de referencia. Bates también me ayudará. Ahora lo más urgente, como digo, es descender a un planeta habitable. — El espectroscopio electrónico, Bates.

La estrella elegida dijérase una réplica del Sol. Los cálculos efectuados rápidamente gracias al espectroscopio electrónico y otros instrumentos de una precisión y perfección incomparables, demostraron que si aquella estrella no era el Sol, era por lo menos su hermano gemelo. La astronave puso rumbo hacia ella. Kane calculó que sólo tardaría cuatro horas en aproximarse lo suficiente como para localizar un posible planeta habitable.

La estrella se agrandaba a ojos vistas. Los cuatro tripulantes vivos de la astronave se agrupaban en la cúpula en torno al Capitán, ocupado constantemente en sus complicados instrumentos de observación y cálculo.

—Les anuncio que acabo de descubrir un planeta, señores, a una distancia correspondiente a la que estaría la Tierra de ese Sol — dijo Kane separando el ojo del ocular del telescopio electrónico —. Parece ser lo que necesitamos. Miren.

Uno tras otro, todos fueron mirando por el ocular. En el centro del mismo se veía un globo opalino, de un maravilloso tono azulado.

—Observen esas bandas — dijo Kane —. Nubes. Hay atmósfera. Esperen. Voy a acoplar el par termoeléctrico y el espectroscopio.

Incorporándose a los pocos momentos, Kane dijo, con una emoción algo desusada en él-

—Asombroso. La atmósfera tiene *exactamente* la misma composición que la atmósfera terrestre. Y la temperatura en la superficie muestra la misma distribución térmica que en la Tierra.

Todos guardaron silencio, impresionados. El mundo azulado aumentaba de tamaño. Pronto se vieron unas borrosas manchas de un verde parduzco sobre la uniforme extensión azul.

—Continentes — dijo Booth, que en aquel momento tenía el ojo pegado al ocular —. ¡Esperen! ¡No es posible!...

Booth permaneció silencioso, mientras un temblor ininterrumpido recorría su cuerpo delgado, encorvado a la sazón para observar por el telescopio.

—¡Esperen! — volvió a exclamar —. Capitán... mire usted... o es que estoy loco.

Con rostro demudado, cedió su lugar al capitán Kane. Este se inclinó gravemente para mirar. Permaneció largo rato observando, y luego se enderezó lentamente.

—Creo que sí, Booth...

—¿Pero qué han visto ustedes, por Dios? — gritó Bates, en el colmo del nerviosismo.

—Mírelo y verá — le dijo simplemente Kane.

Bates se precipitó hacia el ocular, pegó su ojo al mismo y acto seguido se separó del aparato, restregándose furiosamente los ojos para volver a mirar inmediatamente.

—¡Cielos! ¡No es posible! ¡Veo América!

—Exactamente — dijo Kane, flemático —. América del Norte y América del Sur... la doble V superpuesta.

Reinó un tenso silencio en la cúpula. Horimichi dijo reposadamente:

—Pero esto no es posible. Estamos en una zona de la Galaxia completamente desconocida, ¿no es eso?

—Así es, Dr. Horimichi — asintió Kane.

—Pero, ¿cómo es posible entonces?...

—No sabemos. Hay que esperar a ver. De momento, este planeta tiene algunos rasgos que le dan un parecido ocasional con la Tierra, pero de eso a decir que es la Tierra, media una gran distancia. Ninguna de esas constelaciones que nos rodea nos es conocida. Ningún...

—¿Pero ese Sol... — le interrumpió Booth.

—Otro parecido ocasional — respondió pacientemente Kane, sin molestarse por la interrupción —. Hemos de creer que la Tierra no tiene la exclusiva universal de una atmósfera con un veintidós por ciento de oxígeno y un setenta y ocho por ciento de nitrógeno. Es una casualidad, pero cae dentro de los limites de lo posible. En cuanto a ese parecido del continente que hemos visto con América, puede ser otra casualidad. No hagamos juicios prematuros. Esperemos. Puede ser algo que esté *in rerum natura.*

«¡Hasta en este momento!», pensó Bates. Y en voz alta dijo:

—De todos modos, es una suerte. Si tan parecido es a la Tierra, posiblemente podremos encontrar allí otro astrogator.

El chiste no hizo gracia a nadie. Todos siguieron mirando el planeta, que ahora se agrandaba a simple vista, sin necesidad de tener que observarlo por el telescopio. Su parecido con la Tierra era realmente asombroso. El casquete polar se veía claramente, así como *Groenlandia,* gran parte del *Océano Atlántico* y casi todo el *continente americano.*

—Hasta Groenlandia, fíjese — murmuró Booth, estupefacto —. Es la cosa más asombrosa que he visto en mi vida.

—Vivir para ver — dijo filosóficamente el capitán Kane —. *Nihil novum sub solem.*

—Pero es que se trata de este *solem,* señor, y no del nuestro — dijo Bates, alarmado.

—Ya veremos, ya veremos, Bates — repuso Kane —. Prepare todo para describir la elipse acostumbrada de aterrizaje en torno al planeta.

La velocidad de la astronave se hizo sublumínica, entrando en las lentas categorías supersónicas. Las estrellas dejaron de verse como lentejas tumbadas en el sentido de la marcha las más próximas, y como trazos de luz las más lejanas. Pero aquel firmamento seguía siendo completamente extraño.

La astronave entró en la larga elipse que, reduciéndose paulatinamente, llevaría a la astronave varias veces alrededor del planeta antes de frenarla lo suficiente para permitirle la entrada en la atmósfera. El planeta empezó a girar lentamente bajo sus ojos. *América* fue desapareciendo lentamente, tragada por el borde del horizonte, y todos vieron como por el borde opuesto del disco iba surgiendo *Europa,* lo que a decir verdad no les sorprendió nada, pues ya lo esperaban.

Pero de pronto Bates se sobresaltó: —¡Europa y todo, capitán! Aquellas palabras parecieron arrancarlos a todos de un extraño ensimismamiento.

—Sí, es raro... — y Kane se acarició la barbilla —. Son demasiadas coincidencias... una casualidad demasiado casual...

En aquellos momentos pasaban por encima del *Oriente Medio, y* pronto el *Japón* apareció en su campo visual, a la derecha del disco.

Horimichi, sonriendo, señaló con el dedo:

—Miren... hasta creo que se ven las luces de Yokohama...

—¿Dónde aterrizaremos, señor? — preguntó Bates, olvidándose momentáneamente del enigma insoluble y obrando de nuevo como segundo de a bordo.

—En la base, Bates — repuso lentamente el capitán, con la vista fija en el suelo —. En Nevada...

—Pero... — dijo Booth.

El capitán le atajó con un gesto.

—En algún sitio hay que aterrizar, Booth. Lo mismo da allí que en cualquier parte. Y si sigue ese cúmulo de coincidencias, quién sabe si...

Dejó la frase sin terminar.

Cuando la astronave fue descendiendo lentamente sobre la parte meridional de los *Estados Unidos,* y sus tripulantes vieron dibujarse claramente sobre el desierto de Nevada el inconfundible rectángulo que marcaba la base K-27, del Ejército norteamericano, tuvieron que pellizcarse para convencerse de que no soñaban. Horimichi, pensativo, llamó a un lado a Booth.

—Oiga, Booth... ¿ha pensado usted en la posibilidad de fenómenos de sugestión telepática a distancia... hipnosis colectiva... y todas esas cosas?

—¿Cree usted que?...

—No creo nada, Booth, pero es muy raro. *No estamos* en la Tierra, de eso todos estamos más que convencidos.

—¿Y pues?...

—Quizá vemos un reflejo de nuestros propios recuerdos, algo así como la proyección de nuestros pensamientos en...

En aquel momento la radio rompió a hablar.

—Aquí, Base K-27 a astronave *Asgard.* ¿Por qué no comunican con Base? Comuniquen.

El capitán Kane se dirigió reposadamente al transmisor. Oprimiendo un botón, iluminó la pantalla y se colocó ante ella.

—Aquí astronave *Asgard* — dijo tranquilamente — comunicando llegada a Base K-27. Preparen terreno para aterrizaje.

—Listo terreno para aterrizaje — respondió la Base —. ¿Por qué han vuelto?

En la pantalla iluminada aparecía ahora, de medio cuerpo para arriba, la imagen de un ceñudo comandante, de bigotes grises y gorra de plato algo ladeada.

—Es el comandante Roberts — susurró Booth a Horimichi, como si temiese ser oído —. Cada vez lo entiendo menos.

El capitán Kane respondió a la pregunta de Roberts.

—Ha muerto Hopkins, nuestro astrogator, y hemos perdido el rumbo. Redactaré informe completo luego de aterrizar. Corto.

El recibimiento tributado a los tripulantes del *Asgard* fue más bien frío, lo cual no les extrañó, pues su regreso no se esperaba hasta dentro de cuatro meses, y entonces debían hacerlo cargados con la gloria del descubrimiento de nuevos mundos. Además, la presencia de un cadáver a bordo complicaba ligeramente las cosas.

Al hallarse entre caras conocidas y en un ambiente familiar, las extrañas preocupaciones que habían precedido al aterrizaje se borraron del primer plano de las conciencias de los cuatro sobrevivientes, y se agazaparon en lo más hondo de su subconsciente, prestas a salir a la menor provocación. Durante los primeros momentos, todo cuanto hicieron estuvo teñido por una ligera aprensión, pero, al menos para Booth, ésta desapareció totalmente cuando telefoneó a su esposa Margaret desde la Base, y ésta le respondió, emocionadísima, al saberle de regreso tan impensadamente.

Cuando Kane hubo rendido su informe y los forenses hubieron certificado la defunción de Hopkins por la acción del cianuro potásico, se les permitió salir libremente de la base. En el informe, Kane se guardó muy bien de manifestar el desconcierto de todos ante el aspecto desusado del cielo — esto lo hicieron de común acuerdo —, limitándose a decir que habían regresado a causa de la muerte de Hopkins.

Aquella noche, Booth se sentó alegremente con Margaret en la terraza de su casa de Los Angeles, dominando el mar. Oscurecía. Por oriente se elevaba una luna roja y enorme.

—Es maravilloso, John, tenerte de nuevo aqui — dijo Margaret, poniendo un plato de sopa delante de su marido —. Únicamente lo siento por ese pobre muchacho... por Hopkins. Hacía sólo un año y medio que se había casado, ¿recuerdas?

—Sí, me acuerdo perfectamente — dijo John, llevándose una cucharada a la boca. Fue un jueves, ¿verdad?

—Sí, un jueves.

Mientras tomaba una segunda cucharada, Booth miró distraídamente la Luna, que seguía alzándose lentamente sobre el horizonte. La tenía a su derecha, y para hablar con Margaret tuvo que mirar de nuevo hacia la izquierda. Iba a introducirse otra cucharada de sopa en la boca, cuando se quedó con la cuchara en el aire y la boca abierta, mirando a un punto lejano.

—¿Qué te pasa, John? — le preguntó Margaret.

—¿Qué... qué es eso? — dijo Booth, señalando hacia el Oeste, por encima de los tejados de la ciudad.

—¿Eso? Pues Duna, que está saliendo.

—¿Duna? ¿Qué es Duna? — preguntó estupefacto Booth, mirando el pálido creciente sobre el que se recortaba una chimenea.

—¿Qué es Duna? Pero, hombre, ¿qué te pasa? Mira que preguntar qué es Duna.

Booth se puso en pie. Al hacerlo vertió el plato de sopa.

—Margaret... yo no me siento bien... ¿verdad que aquéllo es la Luna? — y señaló hacia oriente.

—Pues claro que aquéllo es la Luna... Y eso es Duna... el otro satélite gemelo. Siempre ha salido por ahí, pues gira en sentido contrario a la Luna, como sabes.

Booth se dejó caer sobre la silla, oprimiéndose la cabeza con ambas manos.

—¡Yo estoy loco, Margaret! ¡Yo estoy loco!...

Margaret se precipitó solicita hacia él, abrazándole.

—¡John, qué te pasa, por Dios!

En aquel momento sonó el timbre del teléfono en el *living.* Dejando a John, Margaret corrió hacia allí.

Desde el *living* llamó a John.

—John, es el doctor Horimichi. Quiere hablar contigo. Es algo urgente.

Como un autómata, Booth se levantó y se dirigió al teléfono.

—Diga... ¿Usted también? — se enderezó y una llama de esperanza brilló en sus ojos —. ...Entonces no estoy loco... Sí, dos lunas... eso es... ¿Que los llama usted?... ¿En su casa?... Voy inmediatamente.

Colgando el teléfono, salió corriendo a la terraza.

—Adiós, Margaret... volveré en seguida. No te preocupes... estoy bien. Estaré en casa de Horimichi.

En casa del menudo japonés ya encontró al capitán Kane y a Bates. El capitán fumaba su pipa, pensativo.

—Siéntese, Booth — dijo Horimichi — y sírvase una copa de *whisky...* ¿o prefiere *scotch?*

—*Scotch,* gracias... — dijo Booth, distraídamente —. De modo que ustedes también.

Todos asintieron. Horimichi señaló hacia el balcón:

—Ahí *las* tenemos.

Todos se dirigieron al balcón. En el cielo brillaban dos hermosas lunas, una llena y la otra en cuarto creciente.

—Parece que no hay error posible — balbució Bates —. Y lo peor es que todo el mundo se asombra de que nos asombremos.

—Sí, y a *ésa* la llaman Duna — dijo Kane, señalando con la boquilla de su pipa. Y se enfrascó en una silenciosa contemplación de las dos lunas, dando chupadas con aire pensativo.

—¿Usted qué cree, doctor? — preguntó Booth a Horimichi

El japonés se encogió de hombros.

—No sé. Estoy desconcertado. Pero una cosa sí puedo asegurarles. No estamos en la Tierra, en *nuestra* Tierra.

El capitán Kane, vuelto ahora de espaldas al balcón, hizo un mudo gesto de asentimiento, sin dejar de fumar su pipa.

—¿En dónde estamos, pues? — preguntó Booth.

—No sé. Ahí está el enigma... el gran enigma — respondió Horimichi.

—*Sosia* — dijo brevemente Kane.

Todos se volvieron hacia él.

—¿Qué dice usted, capitán? — preguntó Bates.

—*Sosia.* Es el título de una comedia de Plauto. Aunque también serviría *Heautontimouromenos...* los gemelos. A Shakespeare le inspiró su famosa *Comedia de las Equivocaciones:* Antífolo de Efeso y Antífolo de Siracusa.

Todos, menos Horimichi, se miraron consternados.

—Pobre capitán — murmuró Bates — ha perdido el juicio.

Horimichi sonreía, complacido.

—Muy bien, capitán; puede ser que haya dado usted en el clavo — dijo —. Aunque *Sosia* no es el título de una comedia de Plauto, sino el nombre de un personaje suyo... el criado de *Anfitrión.*

—Oh — dijo consternado el capitán —. Es imperdonable. Lo siento. Aunque también *quando que bonus dormitat Homerus.*

Horimichi esbozó un gesto de disculpa.

—No importa. Se ha ganado usted con creces el perdón. — Mirando a Booth y a Bates, dijo —: Señores, el capitán Kane, aquí presente, nos acaba de exponer en pocas palabras cuál es nuestra situación.

—¿Eh? — dijo Bates dando un respingo.

—Así es, amigo Bates — dijo Horimichi, sonriendo —. Ha aventurado la teoría de que, igualmente como existen hombres y seres gemelos, pueden existir mundos gemelos.

—¿Pero y esa... Duna? — preguntó Bates, incrédulo.

—Es la peca que sirve para evitar que los gemelos se confundan en el baño. Desde luego, sabemos algo (aunque no mucho, lo confieso, y hablo como biólogo) acerca de la formación de los gemelos humanos. Por lo que se refiere a la formación de los gemelos estelares, estamos por completo en ayunas. Este puede ser el primer caso que se presenta para nuestro estudio.

—Le creeré, doctor — dijo impulsivamente Booth —, si dentro de cuatro meses *regresamos* con la *Asgard.*

—Bien — repuso Horimichi, tranquilo — pues esperaremos *nuestro regreso.*

Y esperaron.

En los cuatro meses de espera, si bien en lo externo la vida de los cuatro siguió el cauce acostumbrado, todas las noches se reunían en case de Horimichi para dar nuevos toques a la teoría que iban elaborando lentamente, sobre todo gracias a las aportaciones del capitán Kane — acotaciones casi monosilábicas muchas veces, pero siempre acertadísimas, mezcladas con enrevesadas citas de clásicos griegos y latinos — y a los grandes conocimientos científicos de Horimichi.

En resumen, la teoría de los mundos gemelos era la siguiente: en la infinita variedad de los mundos estelares, cada uno de estos mundos estaba repetido hasta en su menor detalle *al menos* una vez. La ley de la probabilidad y lo que se llamaba casualidad se convertía en certeza matemática, al hallarse elevados sus factores a un potencial infinito.

—¿Pero... y nuestras esposas? — preguntaba ingenuamente Bates —. ¿Cómo explican ustedes su existencia?

—El cálculo de probabilidades admite eso y mucho más — respondía imperturbable Horimichi.

Y prosiguió:

—En *esta* Tierra todo es idéntico a la nuestra... todo, salvo dos cosas: la existencia de una segunda Luna, llamada Duna; y también el aspecto de las constelaciones. Eso es inequívoco, y demuestra más que nada que no estamos en nuestro Universo... que hemos cambiado de Universo. Como consecuencia de estos dos factores, he observado la presencia de leyendas relativas a Duna en el folklore local, y una nomenclatura distinta de las constelaciones, si bien muy

parecida a la nuestra. Casi ni vale la pena esperar el regreso de la segunda *Asgard*... con *nosotros* a bordo, para estar seguros. Pero cuando vuelva la *Asgard* bis, daré estado oficial a mi teoría, en una comunicación a la Academia Imperial de Ciencias de Tokio.

—Darán — corrigió Bates.

—Sí — asintió con una extraña sonrisa Horimichi —, yo... y el *otro* Horimichi. Aunque no sé si le pondré al corriente de ella.

—¡Pero esto es espantoso, doctor Horimichi! — exclamó Booth —. Imagine lo que sucederá... con *mi* mujer, por ejemplo.

—Tendrá que cedérsela al otro Booth — dijo Horimichi —. Le corresponde más que a usted.

—¡Pero es Margaret! — exclamó Booth.

—Sí... es Margaret. Pero en la Tierra (en la auténtica Tierra) hay otra Margaret... la de usted. A esa hay que volver... y volveremos. ¿No es verdad, capitán?

Kane asintió en silencio, sin dejar de fumar.

—¿O es que se habían figurado ustedes que yo pensaba realmente presentar mi comunicación a la Academia Imperial de Ciencias de *aquí?* — dijo Horimichi sonriendo, y con una lucecita maliciosa en sus ojos.

El día señalado para el *regreso* del *Asgard,* Kane, Horimichi, Bates y Booth estaban sentados en la Base, conversando con el comandante Roberts en el despacho de éste.

—Sí, hoy tenían que regresar ustedes — dijo Roberts —. Exactamente dentro de media hora.

—En efecto — asintió Kane con estudiada indiferencia —. Así hubiera sido, en efecto.

—¿Y a qué han venido? — preguntó Roberts, burlón — ¿A presenciar su llegada tal vez?

—Está usted más cerca de la verdad de lo que se imagina, comandante — respondió Horimichi.

—Somos unos románticos — dijo Kane, distraído.

—Oiga, capitán — le dijo Roberts — ayer estuvo aquí el coronel Leprevost, y dijo que el Mando piensa ponerle a usted de nuevo en la línea Tierra-Marte.

—¿Ah, sí? — dijo Kane, sin abandonar su actitud negligente.

—Sí, señor. Y no creo que le vuelvan a confiar una nave estelar, después de su fracaso con la *Asgard.*

—No fue culpa mía — contestó fríamente Kane —. Y le advierto que pienso solicitar que se me conceda una nueva oportunidad.

En aquel momento zumbó el teléfono interior que había sobre la mesa del comandante Roberts.

—«Comandante Roberts, le llaman del Estado Mayor. Urgente.»

—Con su permiso — dijo Roberts —. Es una consulta breve. No tardaré. Ustedes sigan aquí, si quieren... aún tendré tiempo de darles la *bienvenida.*

Y sonriendo irónicamente, Roberts se marchó.

—Es extraño — dijo Bates, consultando su reloj — faltan diecisiete minutos y aún no se ha recibido ningún mensaje. *Debíamos* haber comunicado hace tres minutos.

Y señaló hacia la pantalla televisora, completa mente silenciosa y oscura.

Booth se agitó en su silla, intranquilo.

—¿Ha dicho que quieren mandarle a Marte, capitán?

Este asintió.

—¿De modo que incluso los planetas...? Esto no se me había ocurrido. Ya van siendo demasiadas coincidencias.

Kane levantó la mano derecha.

—Alto ahí. Por el contrario, es una prueba más en favor de nuestra teoría. He estado hablando con varios pilotos, y he sabido que, además de las líneas regulares a Luna, Duna, Marte, Venus, los asteroides y los satélites de Júpiter y Saturno, acaban de inaugurarse viajes regulares a Proción.

—¿Proción? — dijo Booth.

—Eso mismo... un planeta cuya órbita está situada entre las de Júpiter y Saturno.

—Nuestro mellizo tiene más lunares de los que nos figurábamos — dijo Horimichi.

—La *Asgard* no viene, señor — dijo Bates —. Ya tendría que haber aterrizado.

—Desde luego Algo le habrá sucedido.

—¿No es eso un golpe a su teoría, Doctor? — preguntó Booth a Horimichi.

—En absoluto Hasta cierto punto la confirma.

Entonces zumbó el teléfono de la mesa.

«Aquí Roberts Lo siento, pero me retendrán aquí algún tiempo. Si lo desean pueden marcharse. Buenas tardes.»

—Vámonos, amigos — dijo Kane, levantándose perezosamente.

A los pocos momentos, los cuatro se elevaban en el cóptero de Booth. Volaron pensativos algún tiempo, sumidos cada cual en sus propias cavilaciones. De pronto Bates dijo:

—Es que… francamente, me cuesta creerlo. Mi mujer es mi mujer, de carne y hueso. Ahí no hay engaño.

—La mía también es de carne y hueso — murmuró Booth, sin volverse, desde el puesto del piloto.

Horimichi, sentado atrás al lado del capitán Kane, sonrió.

—Pero no son las suyas, amigos; no son las suyas. ¡Imagínense que hubiesen vuelto... *los otros*!

—¿Pero qué les puede haber sucedido? — preguntó Booth.

—No sé — dijo Horimichi — aunque, si llevamos nuestra teoría hasta sus últimas consecuencias, ahora tienen que estar ocupando nuestro lugar en la Tierra... con sus mujeres, amigos.

—¡Esto no es posible!

—Quién sabe... Pueden haber *caído* a nuestro Universo, tal como nosotros hemos *caído* al suyo. Aunque tal vez hayan muerto. Quién sabe. De lo que no hay duda, repito, es que no estamos en nuestra Tierra. Para convencerse, basta con asomarse por la noche a una ventana y mirar al cielo.

—Desde luego... — asintió Booth, pensativo —. En *ese* caso, se impone el regreso. Y por mi parte, me será imposible seguir conviviendo con una mujer que no es la mía.

—Hombre — dijo Bates, con expresión de duda —, al fin y al cabo, está tan perfectamente imitada que... Y uno no va a estarse siempre mano sobre mano.

—Pero no puede ser, Bates; comprenda que no es moral. Sí, hay que volver. ¿Qué opina usted, capitán?

—Ya lo han oído; el Mando no confía en mí. Y luego de haber fallado hoy la que creíamos que sería la prueba decisiva. . Pero en fin, confiemos.

—Volveremos — dijo Horimichi —. Y, entre tanto, déjense todos de escrúpulos morales. La situación es tan extraordinaria, que está más allá de toda lógica. Su mujer no le comprendería, Booth, por más que tratara de explicárselo. Usted insista, capitán, y volverán a concederle el mando de la *Asgard.* Por lo que

a mí respecta, ya les dije que sólo presentaré mi comunicación a la Academia Imperial de Ciencias *auténtica.*

Y el menudo japonés se arrellanó en su asiento, convirtiéndose en una brillante calva y unas enormes gafas de carey (sintético).

Los turborreactores y los tres motores del cóptero de Booth seguían zumbando regularmente mientras volaban en silencio, enfrascados en sus propios pensamientos. En el horizonte, a ambos lados de la vasta superficie del planeta, empezaban a alzarse las dos lunas gemelas, Luna y Duna.

ÍNDICE